

UNA HISTORIA DE
ROJO



PABLO POVEDA

VENGANZA

Un asesinato en un bar de carretera se convierte en el mayor desafío de su carrera. Su vida da un vuelco al conocer que el detenido es el hijo del mafioso más peligroso de la región. Tiene dos opciones: meterlo en prisión o desentenderse del asunto. Sin embargo, algo huele a podrido en la comisaría y está relacionado con la investigación.

Lo que comienza como un caso más, se convertirá en una obsesión que terminará salpicando a su entorno. En esta ocasión, Rojo pondrá en peligro su vida y la de quien más le importa, determinando su camino para siempre.

Pablo Poveda

Venganza

Inspector Rojo - 3

A mis lectores, lo mejor de todo esto.

La mejor venganza es no ser como tu enemigo.
Marco Aurelio

Capítulo 1

Otro golpe de mala suerte. Así es como lo llaman cuando la vida se venga por los errores del pasado pateando el trasero tan a menudo que ya no se siente dolor.

Otro maldito golpe de infortunio.

Con las manos apoyadas sobre la barra, observó el vaso cilíndrico de cristal que tenía delante mientras el camarero rociaba el whisky entre los hielos.

—Ahí va bien, Félix —dijo indicándole que se detuviera con un gesto de mano—. Gracias.

Sin mentar palabra, el dueño del bar levantó las cejas y enroscó el tapón de la botella.

El cigarro humeaba entre los dedos del oficial. Todo se había ido al carajo.

Su mujer, su vida profesional, su centro de gravedad.

Todo lo había mandado al carajo.

Dio un trago, sin pensárselo demasiado, a pesar de que el brebaje no había llegado a enfriarse bajo el hielo. Sintió los cubitos rozarle los labios y el ardiente sabor del whisky al cruzarle la garganta, fuerte como el combustible de un coche.

Para Rojo, en la vida había tres tipos de personas: los que tenían mucha suerte, los que tenían poca y los que conocían su significado.

Siempre había creído que estaba en medio, ni mucho ni tan poco, agraciado en ocasiones, abatido en otras, pero siempre con fuerzas suficientes para agradecer estar vivo.

Por desgracia, su mejor momento personal quedaba bien lejos, como un recuerdo pasado que se diluía en la memoria, perdiendo color, convirtiéndose en blanco y negro hasta desaparecer para siempre.

—¿Todo en orden, Rojo? —Preguntó Félix al otro lado de la barra, echándose el trapo blanco al hombro.

Las cuencas enrojecidas, fruto del alcohol, el humo de los cigarrillos y la falta de sueño, miraron de reojo.

Después esbozó una mueca.

—Sí, mientras siga aquí.

El camarero asintió y se dirigió a una mesa al otro lado del bar.

Rojo comprobó el reloj de pared que había junto a la bufanda del *Efesé* y se percató de que todavía eran las diez de la noche.

Desde hacía un tiempo, el bar Dower's era su refugio personal, la estación de autobuses que nadie desea abandonar por miedo al abandono, a enfrentarse a la realidad. Una verdad que se encontraba a varios metros de allí, en la misma calle, en el quinto piso del bloque de ladrillo que podía ver desde la puerta del bar.

Había cambiado, había renunciado a sí mismo y no hacía falta irse muy lejos para encontrar a otros hombres como él apoyados en la barra o echando monedas a las máquinas de juego.

Tipos que habían decidido dejar las horas morir lentamente entre tragos y partidos de fútbol, buscando el placebo de la camaradería, el anonimato o la conversación íntima aunque mundana que les podía dar el camarero.

Hombres que le habían dado la espalda a la felicidad por evitar una discusión marital o un panorama desolador.

Cobardes. No tenían otro adjetivo.

Dio una calada y un trago.

Después del tercero, todo sabía mejor.

Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la suela de la bota.

Cuando se dio cuenta eran las once de la noche.

Allí los minutos pasaban más rápido y pensó que Felipe, el pequeño de la casa que ya tenía dos años, estaría dormido, soñando

con imágenes más agradables que la de su padre ebrio y apestando a jornada laboral.

—Dime qué te debo —ordenó alzando la voz sin mucho esfuerzo.

—Tranquilo, muchacho. Estás perdonado —dijo el camarero.

La respuesta no le sentó demasiado bien.

Hacía días que Félix no aceptaba el dinero del oficial. Conocía la situación, sabía que estaba pasando por un momento delicado, pero el salario de inspector todavía le permitía costearse algunos vicios. Empero, Félix miraba por él como un amigo, más que como un cliente.

Eran de sobra conocidas las escenas que Elsa, la pareja del inspector y madre de su hijo, había montado en el supermercado del barrio por no tener dinero suficiente con ella. Dramas en plena calle, propios de la necesidad y del hambre, que iban siempre cargados de insultos y amenazas hacia quienes decidían no fiarle las deudas.

La reputación del oficial y su pareja en el barrio se deterioraba como una fotografía bajo el sol de verano. Pronto, los vecinos no tardarían en echarlos de allí y el casero llamaría a su casa para romper el contrato de alquiler.

Nadie sabía que Rojo le había restringido a Elsa el acceso a las cuentas y al dinero en general.

No fue una decisión fácil de tomar para él, tampoco de llevar a cabo, pero no tuvo otra opción. Elsa era una adicta a las drogas y cortar el problema de raíz era lo único que le importaba, aunque no sirviera de mucho.

A la vez que su relación moría como una maceta plantada en el desierto, el oficial era incapaz de aceptar que sus sentimientos hacia esa mujer jamás habían sido correspondidos.

Tal vez todo fuera un capricho efímero, un golpe de pasión.

Le llevó años comprender que ella era la mujer fatal que tanto tiempo había evitado, la misma por la que se convertía en un ser débil e indefenso.

Y era tarde para dar marcha atrás, para cambiar la historia y fingir que nunca había existido. Era tarde para borrarla de su vida de

un barrido. No podía echarla sin más. De un modo u otro, compartían algo para siempre: él, su hijo Felipe, el único vínculo entre los dos.

La misma causa por la que seguía anclado en aquel dique de tinieblas.

Un duro golpe. Otro maldito golpe de mala suerte.

Echó hacia atrás el cuerpo para levantarse del taburete y sintió la presencia de un par de hombres que reían en la barra.

Estaba ebrio, podía sentir los efectos del licor en la sangre. Aún así, se sentía confiado para mantener el temple y regresar a casa por su propio pie.

Los dos hombres llevaban bigote, lucían canas y tenían aspecto de pasar más horas en una fábrica que en aquel bar. Sin vacilar, el oficial le clavó la mirada al único que fumaba, un tipo de ojos grandes y verdes con la nuez pronunciada y los carrillos hinchados como dos ciruelas.

Impasible, el desconocido siguió farfullando bajo el ruido, haciendo reír a su amigo, que miraba de reojo al oficial.

Unos segundos bastaron para darse cuenta de que hablaban de Elsa.

El oficial sintió un ligero calor en el pecho, producto de la bebida y el orgullo irritado. Ya podía ir todo mal, pero esa mujer seguía viviendo en su casa.

Agarró el vaso de tubo y se bebió el último trago de un golpe.

Se escuchó cómo el culo del cilindro golpeó la barra metálica y dio un paso al frente. Félix, el camarero, sirvió los dos botellines de cerveza Águila con recelo.

Más rápido que el desconocido, tomó una botella por el cuello y le dio un trago sin quitarle el ojo a aquel tipo. Después sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. El hombre que tenía delante se mostraba sereno, con la mirada entornada y la espalda recta.

Su acompañante parecía más nervioso, pero eso no le importó al policía, ya que estaba demasiado lejos como para tirarse sobre él.

La tensión era palpable. Le habían provocado y él había acudido a la llamada.

—Creo que te has equivocado de cerveza —dijo el tipo del bigote, menos sonriente que antes y con el ceño fruncido.

Había tardado en reaccionar, o tal vez no, pensó el policía.

Parecía molesto. Rojo podía olfatearlo.

Levantó el botellín y alargó el brazo acercándose a la mano de aquel extraño. Después se encendió el cigarrillo y tiró el humo hacia el aire viciado.

—No, no lo creo —contestó, aguantó el silencio y dio media vuelta hacia la salida.

—Menudo pirado hijo de perra... —murmuró el tipo con la cabeza agachada.

Rojo se detuvo, sintió las miradas sobre los hombros.

—La próxima vez que hables así —dijo y giró la cabeza—, tendrás que buscarte un buen dentista.

Capítulo 2

Había sido una noche tranquila, por catalogarlo de algún modo en su cabeza, si la comparaba con el resto de veladas de las últimas semanas.

Elsa ya no le recriminaba que se metiera bajo las sábanas oliendo como el cenicero de un bingo. Pese a ello, aún podía oír su voz al cruzar la puerta, por lo que el oficial solía tomar una ducha rápida antes de abrazarse a ella en busca de un poco de calor y quedarse dormido.

Durante un tiempo, le preocupó desconocer lo que ocurría en la mente de la mujer que fingía descansar a su lado.

Después, llegó un momento en el que todo eso careció de importancia. Al fin y al cabo, no era más que una desconocida, el cuerpo de alguien que ya no le abría sus puertas del paraíso.

Tenían un pacto verbal, el de pertenecer juntos, pero nunca sabía cuándo se rompería. Al oficial le abrumaba la tranquilidad que dos extraños se podían conceder mutuamente.

Si algo temía, más allá de la adicción de la mujer, la infancia quebrada del hijo o la soporífera situación laboral en la que se encontraba, era terminar como su compañero y aliado, su némesis más personal.

Gutiérrez jamás llegó a aceptar la enfermedad de su hija.

El año de excedencia por asuntos personales derivó en doce meses de alcohol y alejamiento familiar. Nunca lo superó y tampoco quiso compartirlo con nadie.

El VIH seguía presente en la sociedad llevándose cada año a una gran cantidad de personas por delante. Las campañas informativas que el Gobierno ponía en marcha para alentar a la población, simplemente, no funcionaban.

Más y más jóvenes caían bajo las garras de un virus letal sin cura.

Tras doce meses desaparecido sin dar señal de vida, Gutiérrez llamó una mañana desde un bar irlandés para reunirse con el oficial. La misma jornada en la que sus vidas empezarían a rodar cuesta abajo. Poco después regresó a los despachos de la comisaría de Cartagena.

Entre lágrimas y pintas de cerveza, el oficial le confesó que aquel había sido el revés más duro que la existencia le había dado. Aceptar que debía decir adiós a su hija, en algún momento, antes de que él se marchara para siempre. Lo más doloroso era que, a pesar de formarse toda una vida para enfrentarse en cualquier momento a la muerte, nunca estuvo preparado para dejarla entrar cuando esta tocó a su puerta.

Ver cómo enfermaba y moría lentamente era algo que no logró asimilar.

La primera y la última conversación profunda que ambos policías habían mantenido de paisano, sin complejos ni reminiscencias del pasado. Una charla honesta en la que Rojo se limitó a escuchar sin preguntarle dónde se había escondido.

Tras aquella tarde, de nuevo, al igual que había hecho otras veces, Gutiérrez se olvidó de su amistad y se apoyó en los bares como terapia, en la bebida como analgésico, en la sombra de las barras como compañía, en la soledad de sí mismo como rendición.

Poco a poco, trago a trago, golpe a golpe, regresó a la ruidosa oscuridad de su realidad olvidándose de todo lo que había al alrededor: su familia, su trabajo, su hija, su vida y los pocos amigos que le quedaban.

La situación en la comisaría había cambiado desde la marcha de Pomares.

Sin el inspector encima de ellos, la normalidad se convertía en algo gris y soporífero. Trabajo de oficina y poco servicio de calle. La ausencia de agitación, el cambio de partido en la alcaldía, la falta de problemas y de incógnitas que resolver, lo hacían todo más lento y pesado.

Por otra parte, ver a Gutiérrez balbucear ebrio cada mañana moviéndose como una babosa, no era plato de buen gusto para nadie.

La voz se había corrido entre el resto de oficiales, aunque nadie parecía dignarse a abrirle un expediente o ponerle una sanción. El comisario jefe Del Cano ya le había advertido a Rojo sobre el comportamiento del compañero para que tomara una decisión al respecto. Aunque no era su niñera, sentía cómo un tigre lo desgarraba cada vez que lo veía. Rojo no soportaba contemplar a su compañero terminando con su carrera de esa manera. Después de todo, él había estado a su lado cuando más lo había necesitado.

Pero Gutiérrez no era fácil de tratar.

Perro viejo, su temperamento lo volvía violento e imprevisible y lo último que Rojo deseaba era llegar a las manos.

Esa mañana, Rojo cruzó la ciudad acompañado por una cinta de Led Zeppelin que había comprado en una gasolinera de Águilas.

Conducía de manera automática, sin prestar atención a la carretera, con el recuerdo agrídulce de su pareja desnuda bajo las sábanas.

«Maldita sea, le han lavado el cerebro», pensó al ver la imagen de Cristo sobre lo alto de un colegio público.

Lo que había comenzado como un pasatiempo sin mayor pretensión, había terminado envolviendo a Elsa en una secta de la que ahora era difícil sacarla.

El oficial sentía cierta culpa por lo sucedido, pues no había hecho nada al respecto. Tenerla ocupada la mantenía cansada y relajada en casa. Un parche para su relación con beneficios a corto plazo y

consecuencias nefastas a la larga. Aún así, era incapaz de pedir ayuda. Tenía demasiado orgullo para hacer de tripas, corazón.

Miró por la ventana y encontró grupos de personas esperando al autobús, caminando con prisa o conduciendo, como él, sin ningún tipo de interés.

A esas horas la ciudad era un hormiguero de viandantes y vehículos que tomaban siempre el mismo recorrido para evitar pensar mientras se abrumaban en sus preocupaciones más insustanciales.

Después se desvió por la rotonda de la plaza de España y dejó el Citroën BX rojo en el aparcamiento de oficiales como solía hacer cada jornada.

Saludó a los agentes que vigilaban la entrada y caminó con paso firme hacia el final del pasillo, donde se encontraba la puerta de la oficina que compartía con su compañero.

Para su sorpresa, esa mañana Gutiérrez se le había adelantado.

Estaba allí dentro, sentado junto al escritorio y la máquina de escribir Olivetti automática, una de las pocas que quedaban en la comisaría y de la que Gutiérrez se negaba prescindir. La informática le aterraba.

El agente leía un informe recién redactado sobre el último caso que llevaban entre manos.

Rojo husmeó, sofocado por el fuerte tufo a colonia varonil que había en la habitación.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó confundido y cerró la puerta.

El oficial rio por lo bajo, aunque no se molestó en mirarle a los ojos.

—En esta oficina ya no se dan ni los buenos días... —contestó con sorna regresando a su humor habitual—. Hay que joderse.

Algo extraño en él no encajaba con la imagen a la que Rojo estaba acostumbrado.

Encontró al inspector distinto, familiar.

Guardaba una apariencia descansada y el semblante desinflado, síntoma principal de que, probablemente, llevara varios días sin

probar gota de alcohol.

«Una buena noticia entre tanto desastre», pensó el oficial.

Se cuestionó cuánto le duraría aquello.

—Tienes buena cara... —dijo Rojo—. ¿A qué se debe?

Gutiérrez gruñó.

—No puedo decir lo mismo de ti —respondió y le ofreció el folio mecanografiado—. Estoy de resaca, así que no me toques las pelotas... Anda, dale un vistazo al informe, a ver qué te parece. Quiero terminar con esto ya.

Rojo agarró la hoja con desaire.

—¿Estás seguro? —Preguntó mientras leía por encima los párrafos—. Tan pronto como demos carpetazo a esto, nos darán algo similar...

—¿Peor que hacer guardias en la puerta de un colegio? No me jodas, hombre...

—Supongo que tienes razón —sentenció Rojo y dejó caer el informe sobre el escritorio de su compañero.

No le faltaba razón.

Los últimos meses se habían vuelto demasiado tranquilos.

Redadas en institutos, caza de camellos que trapicheaban con hachís, vigilancia sobre directores de colegio acusados de corrupción. Investigaciones que se abrían por falta de necesidad.

En la ciudad seguían ocurriendo desgracias, pero ellos se mantenían al margen de estas. La marcha de Pomares al norte del país no les libraría de que este operara desde allí. Un par de llamadas, varias conversaciones antes de largarse y la propia presencia de los oficiales bastaron para que, poco a poco, los que mandaban fueran apartándolos de la calle y de los casos que podían salpicar a los diarios locales.

—Desde que ese cabrón se fue al País Vasco —murmuró Gutiérrez—, esto se ha convertido en una mierda cada vez más difícil de digerir. No me extrañaría que tuviera algo que ver... Puede que estemos pagando todos los platos rotos de golpe.

Rojo estaba harto de escucharle decir aquello.

Llevaba meses así.

Lo que Gutiérrez no parecía entender era que había estado más de un año fuera, ajeno a lo que sucedía entre esas cuatro paredes, rodeado de botellas y formándose una película que él solo quería ver.

Un año lento y demoledor para la moral de cualquier oficial que Rojo había asimilado por cuenta propia. Tal vez estuviera en lo cierto su compañero, pero hubiese esperado por su parte agallas para aguantar allí, en lugar de desaparecer en busca del perdón que nunca había pedido.

—No digas tonterías, ¿quieres? —Dijo a regañadientes y se dirigió a su escritorio. El polvo reinaba sobre la madera. Los rayos de la mañana alumbraban parte del tablero y una nota adhesiva de color amarillo colgaba de la pantalla del Compaq 386. Rojo pulsó el botón y el ventilador del ordenador se puso en marcha—. Estoy seguro de que tiene mejores cosas por las que preocuparse. Todo pasará, Gutiérrez. El comisario jefe nos dirá qué hacer. Punto. Ese es nuestro trabajo, acatar órdenes y mantener la boca cerrada... Y deja de quejarte, cojones. Ni que fueras nuevo.

—¿Y si no lo hace, Rojo? —Preguntó. El oficial se detuvo de espaldas—. ¿Y si nuestras carreras se van al carajo? Tengo la sensación de que esto es un complot hacia nosotros y no todo tiene solución en esta vida. Quizá debiéramos ir y hablar con Del Cano antes de que cualquier listillo venga a ningunearnos, ¿no crees? ¿O es que estás tan ciego que tampoco lo ves?

—Quien no lo ve eres tú. Hace tiempo que los dos nos fuimos al cuerno.

—No quieres entender una mierda, colega.

—Aquí el único que se pone ciego antes de que caiga el sol eres tú, Gutiérrez —dijo tajante—. Déjalo estar.

Estaba agotado de oír las quejas de su compañero. Una y otra vez, la misma cantinela. Era obvio que no resultaba sencillo mantener a alguien bajo un escritorio después de tantos años pateando asfalto.

El rechoncho gruñón no se había molestado en ocultar su cara más agria. Si borracho era pesado, cuando tenía resaca resultaba inaguantable.

Las palabras del oficial no gustaron a su compañero, que se puso tenso en la silla donde permanecía sentado.

—¿Qué se supone que vamos a hacer hoy?

La discusión se vio interrumpida cuando alguien tocó a la puerta.

Sus cuerpos se congelaron. Desde hacía un tiempo, nadie preguntaba al entrar porque no tenían visitas del exterior.

Gutiérrez meneó el bigote hacia arriba con extrañeza y le lanzó una mirada permisiva a Rojo.

—¡Adelante! —Respondió con voz seca y autoritaria.

Cuando el grueso de la puerta se desplazó hacia dentro, la figura de un joven vestido de uniforme se mantenía firme al otro lado.

Rojo le dio un vistazo rápido.

Tenía cara de pardillo, gafas de cristal redondo y montura de pasta. Peinado hacia un lado, el cabello cortado a tijera por los laterales y un flequillo fijado al cráneo con brillantina, su mirada, agrandada bajo las lupas que usaba como lentes, era lo último en lo que fijarse.

El desconocido miró al frente a la espera de permiso para hablar.

—¿Y este quién demonios es? —Preguntó Gutiérrez al ver al cadete—. ¿Vienes a traernos la cinta para la impresora?

—¡Se presenta el cadete Miraflores, inspector! —Contestó con fuerza y nerviosismo. Gutiérrez lo miró durante unos segundos atónito por el comportamiento formal del chico. Por un momento, llegó a pensar que se encontraba en otra comisaría—. Tengo órdenes directas del comisario jefe Del Cano para que complete mi formación con ustedes, señor.

—Forma... ¿Qué? —Dijo Gutiérrez, sacó un cigarrillo, se lo puso entre los labios y echó a reír—. No me fastidies. ¿Has oído eso, Rojo? ¿O me está pasando factura la noche de ayer?

—Eres uno de los cadetes que llegaba este mes a la comisaría, ¿me equivoco? —Preguntó Rojo rascándose el mentón. El chico tenía

la frente húmeda y entendió que así era. Probablemente, los únicos oficiales que había tratado habían sido los de la academia—. ¿Estás seguro de que es aquí, Miraflores?

El joven miró a la puerta y comprobó los apellidos de los oficiales.

—Así lo creo...

—Sin ofender, no necesitamos una secretaria, *Muerdeflores*... — contestó Gutiérrez recostándose en la silla. Parecía divertirse con aquello. Rojo no pudo evitar reírse con el comentario—. Dile a Del Cano que te dé un trabajo de verdad, chaval.

—Miraflores, inspector Gutiérrez —respondió asustado por ofenderle—. Lamento decirle que las órdenes del comisario jefe Del Cano han sido claras... Si tienen alguna objeción, tal vez debieran hablar con él...

—Que sí, que sí... —dijo e hizo un gesto de mano para que se callara—. ¿Has visto, Rojo? Primero los colegios, ahora una guardería en la oficina. Al infierno se va todo.

—Cierra la puerta y pasa —ordenó el oficial Rojo. Después señaló al polvoriento escritorio que Pomares había dejado tras su marcha—. Aquel será tu sitio.

—Sí, inspector Rojo.

—Llámame Rojo, a secas.

—A mí mejor que no me llames, chico —añadió Gutiérrez.

—Gracias —respondió a las indicaciones y caminó hacia su mesa.

Encontró la mesa llena de polvo, papeles amontonados sobre el escritorio, manuales de armas y un viejo calendario.

Miraflores pasó la yema del dedo índice y arrastró un montón de polvo gris en línea recta para después mirar a su falange con asombro.

—Pomares —dijo Gutiérrez—. Se marchó hace dos años.

—¿Muerto?

—Casi —respondió—. Destinado al norte, ya sabes... No hemos tocado nada por si regresaba... pero puedes ponerte cómodo.

La expresión del cadete fue suficiente para que ambos oficiales volvieran a reírse.

Así era la vida.

Del Cano intentaba mantenerlos ocupados y estos no estaban dispuestos a darse por vencido tan rápido.

Rojo se acercó con el informe que Gutiérrez había redactado previamente y lo dejó encima del escritorio del novato.

—Y cuando termines de limpiarlo todo, no olvides corregir esto y enviárselo a Del Cano.

Capítulo 3

La llegada de Miraflores fue algo que ninguno de los dos oficiales esperaba en la oficina. Se habían acostumbrado tanto a la soledad del otro que les incomodaba la llegada de un tercero.

El Citroën BX rojo del oficial estaba aparcado frente a la puerta del colegio Virgen del Carmen.

Gutiérrez sacaba el brazo derecho por la ventana y sujetaba un Fortuna humeante entre los dedos. Recostado sobre el asiento de esponja, su imagen era lo más parecido a una loncha de queso caliente y deforme. Otra tarde que se escapaba como un reloj de arena, otra vez que estaban que allí frente a la puerta de aquel colegio en busca de indicios inexistentes.

—Esto ha sido cosa de Del Cano —dijo Gutiérrez mientras tiraba el humo por la nariz—. Lo creas o no, es así. Hay que joderse...

—No seas muy duro con él. Solo lo justo... Acuérdate de cuando eras un novato.

—No puedo acordarme de algo que nunca he sido, Rojo.

—Seguro, mejor ni pensarlo... —agregó el compañero quitándole importancia a la situación—. Míralo por el lado positivo... Ahora tendremos más tiempo libre.

—¿Hay algo de positivo en eso?

Rojo introdujo las llaves en el contacto.

—Ya lo creo.

Arrancó y abandonó la puerta del colegio tomando la carretera que salía de la ciudad.

—¿Hacia dónde diablos vamos? —Preguntó Gutiérrez sin aparente preocupación—. Empezaban a picarme las almorranas.

La guitarra de Carlos Santana sonaba en la radio. Antes de que el sol vespertino alcanzara el ocaso, se adentró por una carretera nacional de dos carriles que se dirigía a La Manga.

El atardecer dorado, manchado por las nubes de algodón que se repartían como pequeñas esponjas por todo el cielo, formaba un lienzo hermoso que cambiaba lentamente de tonalidad dejándose rascar por las palmeras.

Los faros del sedán francés iluminaban trazos oscuros de carretera que dejaban viejas villas a los lados, caseríos silenciosos y carteles de neón que crecían en cantidad a medida que alcanzaban la costa.

Un trayecto similar al que en tantas ocasiones habían recorrido juntos, en silencio, con la adrenalina apretándoles donde más dolía y el cargador siempre listo por si había que disparar.

Los baches de la carretera hacían mover en círculos la pequeña cruz de madera que colgaba del espejo retrovisor.

Gutiérrez seguía con la mano sobre la ventanilla, dando pequeños golpes con los dedos sobre la chapa, dejándose llevar por el ritmo de la batería, como si el rocanrol todavía significara algo más que una música para bailar.

Pronto, la noche cerrada se apoderaría de ellos, del polvo de la carretera, de los faros amarillentos y de la soledad que transmitía aquel paraje cuando la luz se marchaba.

Junto a una señal de tráfico con apenas visibilidad, una joven con minifalda y labios carmín esperaba levantando el brazo en busca de falsa diversión.

La fulana miró al coche y llamó la atención de Gutiérrez con aquellos ojos negros tintados de miedo y necesidad. Después vio a Rojo y supo al instante que eran policías.

El oficial mantuvo la velocidad y el coche pasó de largo.

—Todos cometemos errores, Rojo —murmuró Gutiérrez—. Echo de menos la época en la que nuestro deber era rescatar a niñas

como esa.

—Unos son más difíciles de perdonar que otros —dijo el compañero—. El tiempo es una mera ilusión. Hoy eres la reina del baile y mañana te conviertes en mercancía barata. Después te preguntas por qué te fue mal.

—Pues hay que ser un cretino para no hacerlo.

—El perdón más difícil de conseguir es el que no nos damos.

Se formó un ligero y tenso silencio entre los dos asientos frontales. Por un momento, Rojo no sabía muy bien si Gutiérrez hablaba de ellos dos, de él mismo o de esa joven prostituta que habían dejado pasar.

—¿Me vas a decir de una maldita vez a dónde vamos?

—A tomar una copa.

La respuesta sorprendió al oficial.

—No sé si debería, Rojo.

—Pues me la tomaré yo —asintió—. Alguien tiene que conducir. Te divertirás igualmente. Eso sí, no cometas ningún error.

El coche continuó su trayecto. Un gran cartel de neón con palmeras y una copa en forma de cóctel se veía a lo lejos en la bajada de la cuesta.

Un taxista esperaba en el interior del aparcamiento a su cliente. Era un club con más presupuesto que los que solían encontrar normalmente por las carreteras a esas horas.

Los tubos de neón ahora parpadeaban desde lo alto iluminando el capó del coche.

Dos hombres con el cabello corto y las espaldas anchas vigilaban la entrada principal, que estaba cubierta con un arco de flores e iluminación barata.

El local, amplio como una discoteca e insonorizado como un campo de tiro, hacía que no se pudiera escuchar nada desde la carretera.

Rojo dejó el vehículo entre un furgón blanco y un viejo Mercedes de color negro.

El semblante de Gutiérrez comenzó a cambiar.

Ahora parecía más entusiasmado con la idea de pasar la noche fuera de la ciudad.

—Vaya, vaya, *Vicent* —dijo con sorna frotándose las manos y subiéndolo el cristal de la ventanilla—. Desconocía que te las gastarás así.

—¿Así, cómo? —Preguntó y tiró de la palanca de freno.

—En un burdel, coño.

Rojo giró el rostro, agarró el paquete aplastado que había en el salpicadero y se puso un cigarrillo entre los labios.

—Te he dicho que voy a tomar una copa.

Una luz rosácea se puso sobre sus hombros. Aunque no era la primera vez que visitaba un local de alterne, nunca llegaba a sentirse cómodo en aquellos ambientes.

Por alguna razón, existía una fina línea entre lo real y lo ficticio. Entre la cordura y la locura más absoluta.

El interior del local tenía la misma decoración que un bar nocturno de copas, un poco más selecto de lo habitual que solía frecuentar, con luz tenue, baldosas blancas y negras y una barra con forma de óvalo.

Los cuatro camareros, dos hombres y dos mujeres, iban vestidos con los uniformes de un casino: camisa, pantalón de pinzas y pajarita negra. Eran educados, amables y no tenían reparos en preparar algún combinado especial si la ocasión lo requería. Las copas tampoco tenían precios desorbitados y eso lo volvía todo más extraño y aparentemente normal.

Allí las ganancias no estaban en la bebida, sino en quienes husmeaban por los taburetes.

Hombres de todas las edades, solitarios, en grupo, en pareja.

Llegaban en busca de un poco de diversión a cambio de billetes y una excusa con la que llenar su vida y la felicidad de sus esposas. El negocio más antiguo de la historia transformado en una experiencia onírica en la que el protagonista era el desgraciado que consumía y su víctima quien trabajaba.

Tan pronto como Rojo y Gutiérrez cruzaron el interior de la sala principal, una pareja de rubias despampanantes con vestidos apretados de licra pusieron la atención en los agentes.

Rojo era un hombre atractivo y Gutiérrez un pez hambriento y fácil de enamorar como otros muchos de los que iban a beber a aquel estanque y terminaban ahogados por la lujuria.

Altas, bajas; delgadas y más entradas en carnes; españolas, extranjeras, locales, foráneas... Existía lugar para todos los acentos que uno pudiera imaginar, siempre y cuando hubiese una cartera cargada de miles de pesetas por medio.

Como una coreografía repetida cientos de veces, las dos damiselas esperaron a que los oficiales pidieran el primer trago.

—Un J&B con hielo —dijo Rojo.

—¿Y para él? —Preguntó la camarera, una mujer de mediana edad con el cabello oscuro, largo, nariz puntiaguda y unos ojos de color azabache.

Bonita pero poco resultona. Atractiva pero invisible con ese atuendo y las mujeres que se movían por allí.

—¿Él?, que se pida lo que quiera.

Gutiérrez levantó la ceja y sonrió a una de las dos rubias que esperaban a unos metros de ellos, en el otro extremo de la barra.

Después se dirigió a la camarera.

—Ponme una tónica, guapa —dijo frunciendo el ceño.

—Mi nombre es Rosa —contestó la empleada con falsa amabilidad—. ¿Con ginebra?

—Con hielo, Rosa... —respondió el policía y dio una palmada sobre el tablero.

La mujer alzó los párpados espantada por falta de empatía del oficial, abrió una botella transparente de tónica y la dejó junto al

vaso de tubo.

Sabía moverse tras la barra. Era ágil y no hacía demasiado contacto visual con los clientes. Gutiérrez la miró y pensó en su hija. Esa muchacha no parecía pertenecer a aquel mundo. Se arrepintió de haber sido un cretino.

—No tenías por qué ser así con ella, hombre —dijo Rojo—. Solo hace su trabajo.

—No me toques la moral, Rojo —dijo y levantó el vaso de tubo. Gutiérrez dio un trago tan largo que el contenido desapareció segundos después—. La Virgen Santa, estaba seco... Todavía no entiendo qué cojones hacemos aquí.

—Ya te lo he dicho, despejarnos.

—¿Desde cuándo te despejas en un puticlub? —preguntó con un gruñido. Estaba molesto e incómodo—. Ni tú ni yo somos carne de estos sitios.

—Pensaba que...

—Pues no pienses tanto, listillo —interrumpió con resquemor—. Ya sabes lo que pienso de estas chicas y de lo que hay detrás. Me pone de los nervios. No me digas que ahora tú...

—No, joder —dijo Rojo y sacó un cigarrillo arrugado de un paquete aplastado de Fortuna—. Es bueno salir de la zona de confort. Solo eso.

—¿Dónde coño has leído esa estupidez?

—De un panfleto, en casa... En fin, qué más da. Nos tomamos la copa y nos largamos.

Se formó un ligero silencio entre los dos. Gutiérrez apoyó el culo del vaso sobre la barra.

—¿Va todo bien, Rojo? —preguntó con voz fraternal—. Con tu familia, digo.

De repente, algo se despertó entre los dos.

Le sorprendió que fuera su compañero quien diera el primer paso, pero uno de los dos debía romper el hielo.

Desde su regreso, no habían vuelto a hablar de sus asuntos personales.

A pesar de lo reservado que podía ser Gutiérrez en ocasiones, habían compartido demasiado para tratarse como meros colegas de despacho.

Rojo apreció el gesto y dio un sorbo al destilado antes de hablar. El whisky le quemó la boca y un efímero calor le atravesó el pecho.

—Necesito un cambio, Gutiérrez —dijo y apoyó el codo en la barra mirando a su alrededor. Percibió que las dos mujeres no tardarían en acercarse. Tan solo esperaban a que bebiera un poco más—. Desde hace tiempo, siento que estoy nadando en aguas estancadas.

—No has respondido a mi pregunta —contestó tajante—. Pero, está bien. No importa. En otro momento, tal vez...

—Siento que la estoy perdiendo, eso es todo.

—¿Te refieres a tu mujer o a la rubia de ahí en frente?

—A Elsa.

Gutiérrez murmuró moviendo el bigote.

—¿Todavía la quieres?

—Supongo.

—¡Eso no se supone, macho! —bramó dándole un golpe en el hombro—. La quieres o no. Punto. Es como las espinacas, te gustan o las vomitas. No hay más.

—Yo qué sé.

—Ya. Por eso estamos aquí. Para saberlo —respondió y se rio por primera vez en todo el día. La mirada del oficial veterano se cruzó con una de las mujeres que, al fin, se habían decidido a aproximarse. La timidez no era más que un velo en aquella sórdida fiesta de máscaras—. Mejor... pregúntaselo a ella.

Una estela de perfume barato y empalagoso rodeó a la pareja de policías. El dulzón del aroma cargó el aire y captó la atención de Rojo.

Las dos rubias llevaban los labios pintados de color carmín, el cabello peinado con tirabuzones y los párpados de maquillaje azul. Ambas lucían vestidos cortos y apretados por los que dejaban a la vista las piernas y la delantera.

La más atrevida se aproximó a Rojo y la segunda, algo más tímida y con una sonrisa artificial, puso su mano sobre el pecho de Gutiérrez.

—Hola, guapos... —dijo la mujer que había frente a Rojo mientras se enroscaba a su cuello como una serpiente—. ¿Cómo os llamáis?

La espina del policía se tensó como una columna de acero. La mirada esmeralda de esa mujer penetró con ansias en sus ojos.

Sabía lo que hacía, le gustara o no, pero se había equivocado de cliente.

Comprendió que había sido una estupidez ir allí.

—Me temo que no soy el hombre que buscas.

—¿Ah no? —preguntó seductora y lo agarró de la entrepierna. La mujer tocó el bulto y sonrió—. Vaya, yo creo que sí.

La compañera acariciaba el bigote de Gutiérrez y este disfrutaba del espectáculo que su compañero le estaba brindando.

—Eres una mujer hermosa, pero ya te he dicho que...

La mano apretó con más fuerza.

—Corta el rollo, tío —le susurró al oído dándole un ligero lametón sobre el lóbulo—. Sube conmigo, anda... Vamos a pasar un buen rato. Te haré lo que me pidas.

—Tú te vienes conmigo, ¿verdad, grandullón? —dijo la otra mujer.

—Con esa actitud, lograrás lo que desees en la vida, bonita —dijo el policía riéndose. Después le puso una mano en el hombro y la apartó—. Pero, no. No voy a ir contigo a ninguna parte. Podrías ser mi hija.

—¿Entonces qué, hombretón? —preguntó la mujer a escasos centímetros de Rojo—. ¿Te tengo que indicar el camino?

La mujer era atractiva, no cabía duda, pero aquella farsa no era del todo creíble.

Por su parte, Rojo no podía obviar la situación que tenía delante, un escenario tan tétrico como desagradable. Le sobraban escrúpulos.

Se preguntó en qué momento de la vida un hombre los perdía para siempre.

Harto de la tensión acumulada entre los dos cuerpos, separó con firmeza el de la mujer del suyo.

El rostro de ella se encogió, como si hubiera salido de escena, como si las cámaras hubiesen dejado de rodar. La razón no fue el rechazo por parte del inspector, ni tampoco la ausencia de atracción.

Había trabajado lo suficiente para sentir cuándo las visitas no eran bienvenidas.

—¿Ocurre algo, chica? —preguntó Gutiérrez con gesto más serio. Ambas se dirigieron una mirada furtiva de advertencia.

—No, nada.

—Pues a lo vuestro y la boca cerrada —dijo el oficial con una actitud más seria—. No tenemos intención de aguarle a nadie la noche, ¿entendido?

—Sí —respondió y miró a Rojo. Sus ojos tenían otro matiz, lejos del brillo seductor con el que se había acercado a él, ahora eran opacos y transmitían precaución—. Adiós, caballero.

Rojo asintió y las mujeres desaparecieron. Después alzó su copa y sintió el hielo casi deshecho en sus labios.

—¿Cómo diantres lo han sabido? —preguntó el compañero.

—Tendrán experiencia con policías. Deberíamos haberle sacado los nombres de sus clientes.

—Habría sido divertido.

Se escuchó un alboroto al otro lado del bar.

Procedía de una de las puertas que subían a las habitaciones. La pareja de inspectores se dio la vuelta alertados por el ruido.

Una mujer con el pecho descubierto y el maquillaje corrido gritaba en busca de auxilio. La empleada se tapaba con un brazo la delantera. Tras ella, un hombre de unos treinta años y estatura media salía de la puerta.

—¡Desgraciada! —bramó lleno de ira y con el rostro desencajado.

Rojo dio un paso al frente guiado por la costumbre, pero Gutiérrez le detuvo por el antebrazo y miró asintiendo.

—Sabrán cómo solucionarlo.

Un vaso de cristal cayó al suelo y se hizo añicos.

Los camareros se giraron para ver qué sucedía.

Frenado por su compañero y cargado de ansias, Rojo apretó el puño derecho aguantándose por dentro. Gutiérrez tenía razón.

Estaban fuera de servicio, en el lugar menos indicado para entrar en acción. Si movían un dedo, después llegaría el momento de las explicaciones. La historia correría por toda la comisaría y se convertirían en el hazme reír del cuerpo. Ninguno de los dos deseaba sepultar su carrera tan rápido.

La seguridad del bar no tardó en poner fin al espectáculo. Las dos bestias que protegían la entrada de indeseables entraron en el local.

Todo pasó demasiado rápido.

La mujer corrió despavorida en dirección opuesta en busca de cobijo. Su rostro manchado de lágrimas era un reflejo de lo que había sucedido en el interior de la habitación.

—¡Te voy a matar, cerda! —gritaba el energúmeno descamisado y cargado de furia. Uno de los hombres lo agarró del cuello y lo estampó contra la pared con la intención de neutralizarlo para después echarlo a la calle—. ¡No sabes quién soy, hijo de puta!

—¡A la calle! —respondió el vigilante y le asestó un puñetazo en el estómago.

Dada la superioridad de los dos gorilas, prefirieron no pasarse de la raya y deshacerse de él lo antes posible.

El hombre levantó las manos tras la sacudida para irse por su propio pie. La chica había desaparecido del bar y todo parecía volver a la normalidad cuando se escuchó otro grito.

Rojo echó la mano al interior de su chaqueta de cuero, pero fue demasiado tarde.

Furioso, el desconocido le asestó dos puñaladas en el costado al guardia de seguridad por la espalda. El cuerpo del forzado se tambaleó y cayó sobre las manos de su compañero.

La calma se convirtió en nervios.

La histeria reinó en el interior del local, las mujeres echaron a correr y los clientes que merodeaban se ocultaron bajo la barra. Sin mediar palabra ni pensar en las consecuencias, Rojo sacó el arma y apuntó al agresor desde el bar.

—¡Tira eso, vamos! —exclamó—. ¡No des un paso!

El sujeto dejó caer la navaja al suelo consumido entre la adrenalina y las risas. Gutiérrez, apoyado todavía en la barra, dio el último trago al refresco y se frotó la frente.

—De puta madre, Rojo... No podías estarte quieto —murmuró y se acercó a la camarera—. Oye, chica, hazme un favor y llama a la Policía. Diles que manden una ambulancia también. La fiesta se ha terminado por hoy... para todos.

Capítulo 4

Pero la función solo acababa de empezar. Rojo no tardó en cerciorarse de que había cometido un grave error.

Minutos después de la llamada, un coche patrulla con dos agentes llegó a las inmediaciones del local. Una ambulancia se llevó al hombre herido bajo la mirada protectora de sus compañeros de garita.

Gutiérrez y Rojo esperaban impacientes y en silencio con el detenido esposado.

—Se os va a caer el pelo, maderos —dijo el tipo poco antes de que llegaran los otros agentes—. No sabéis quién soy, tarados.

—Y a ti los dientes como sigas hablando —respondió Gutiérrez. El desconocido estaba alterado, no solo por lo sucedido sino por las sustancias que llevaba en el cuerpo. El oficial se dirigió a su compañero, que esperaba pensativo a la llegada de los refuerzos—. Esto nos va a pasar factura, Rojo. Lo sabes, ¿verdad?

Rojo lo miró con desidia. Detestaba los reproches.

—He hecho lo que tenía que hacer.

Gutiérrez refunfuñó con desacuerdo.

—No. Tendrías que haberte quedado quieto, calladito, con los cojones bien puestos y evitando el *fregao* este... —reprendió sin ánimo de ofender—. Pero, oye... lo hecho, hecho está. Nadie te va cambiar de la noche al día. Tampoco hay que darle tanta vuelta... Ahora vamos a ver qué le contamos a Del Cano.

Los dos oficiales vestidos de uniforme reglamentario entraron en el local acompañados de uno de los encargados.

La mirada del que iba primero se cruzó con la de Gutiérrez.

Cuando la pareja se acercó, se dibujó una ligera sonrisa.

—Menudo *follaero* hay *montao* y mira tú por dónde, qué sorpresa... —dijo el más adelantado de los dos sin esperar que lo escucharan. El subinspector Lozano, almeriense y unos años más joven. Llevaba poco en la comisaría y le costaba relacionarse con los que no trabajan con él. Era una de esas personas que faltaban al respeto con facilidad sin entrar en la grosería. Desde el principio se había mostrado claro: le gustaba trepar y no le faltaba ambición. Estaba dispuesto a hacer carrera, al precio que fuera. Los roces entre Gutiérrez y él en el campo de tiro eran de sobra conocidos por todos—, los *Blues Brothers* están aquí, de incógnito...

Gutiérrez sacó pecho y se acercó desafiante unos centímetros.

—Vaya, el andaluz lleva mal el turno de noche —respondió con desprecio—. Y yo que pensaba que a ti lo que te jodía era madrugar...

El agente esbozó una sonrisa amarga y fingió oler algo en el aire.

—¿Qué eso, inspector Gutiérrez? ¿Un refresco? —dijo con burla. Su altura era inferior a la del grandullón y este no tendría problemas para chafarlo de un puñetazo, pero sabía que no podía hacerlo—. Anda, si no huele a alcohol... ¿Ha *cambiao* de fragancia, jefe?

—Me cago en todos tus...

—Relájate, Gutiérrez. Aquí hemos terminado —intervino Rojo echando a su compañero a un lado. Lo último que faltaba era un numerito de los suyos—. Esto ahora queda en manos del subinspector Lozano, ¿verdad?

—No lo dude, inspector Rojo —contestó con recochineo pero reprimido por su presencia. A diferencia de Gutiérrez, Rojo se había convertido en la comidilla del cuerpo por su sonado temperamento y eso lo volvía más respetable—. Nos encargaremos de esto.

—Tiene pelotas el asunto... —comentó Gutiérrez.

Lozano miró al detenido y echó un vistazo por el bar.

Que dos oficiales estuvieran allí, no era nada nuevo. Sin embargo, algo había en esa escena que le hacía sentir incómodo.

—¿Pasa algo? —Preguntó Rojo—. Ni que haya visto un muerto.

—No, nada... —Respondió apurado. En su expresión, Rojo detectó que le ocultaba algo—. ¿Conocen a ese hombre?

—En absoluto. ¿Debería?

—No lo sé, solo preguntaba... —dijo Lozano e intercambió un gesto silencioso con su compañero—. ¿Cómo han llegado antes que nosotros?

Rojo dio un paso al frente y se acercó a la pareja de policías.

—Ya lo leerá en mi informe... Tenemos que seguir con lo nuestro —explicó Rojo con firmeza clavándole las cuencas—. Manténgame al tanto y haga el atestado.

Dejaron atrás los luminosos de colores que se perdían lentamente por el espejo retrovisor. Gutiérrez estaba de mal humor y se encendía los cigarrillos antes de terminar el que ya se estaba fumando.

Por la radio del coche, el locutor del informativo nocturno alertaba de una colisión en la carretera que iba hacia Murcia.

Pensativo, Rojo seguía buscando en la memoria el detalle que no había logrado encontrar en aquel bar. Una situación sórdida, no muy distinta a otras ocasiones, pero su carácter le impedía ignorar cierto tipo de momentos, más todavía cuando una persona abusaba de otra.

Sin duda, preferiría no haber estado allí, al igual que Gutiérrez, pero había sido su decisión, su error y ahora debía asumir las consecuencias.

La brisa helada de la noche cerrada entraba por ambos lados de los asientos, refrescando así el interior del coche francés.

—Si sigues fumando así, vas a combustionar —comentó Rojo con la atención puesta en la oscura carretera de doble sentido—. ¿Qué diablos te pasa, Gutiérrez?

—¿Seguir con lo nuestro? —preguntó finalmente rabioso levantando las manos y dando un golpe en el salpicadero—. ¡No me

jodas, Rojo!

—¿Qué querías que le dijera?

—Nada —sentenció—. Tendría que haberle partido la cara y punto. Ganas no me faltaban.

—Eso arreglaría la conversación.

—La nuestra y la suya. Mal de muchos...

—No seas bocazas. Lo que me preocupa es que Lozano no me haya contado la verdad.

Gutiérrez lanzó la colilla por la ventanilla y exhaló la bocanada de humo.

—Rojo, ¿a quién diantres le importa eso? —preguntó con las órbitas desencajadas. Tenía la cara hinchada y colorada, como si fuera un astronauta sin oxígeno—. Ese cretino nos ha pillado de pleno en un burdel. ¿Te das cuenta?

—Un desgraciado abusa de una mujer, le mete tres puñaladas a un portero... —comentó Rojo sin alterarse—, y tú solo piensas en que un *meapilas* de rango inferior te haya cazado en un bar de *striptease*...

—¡Eso no es del todo cierto!

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que Lozano conocía a ese tipo...

—Y tú con la misma cantinela —contestó Gutiérrez y se sacó un cigarrillo arrugado. Antes de que lo encendiera, Rojo giró el rostro, alargó el brazo y se lo quitó de la boca—. ¿Se puede saber qué haces ahora?

—Se acabó el fumar en mi coche, ¿entendido? —Ordenó—. Tienes que empezar a controlarte, Gutiérrez...

—Estás para dar consejos, Rojo. Lo que tú digas.

La conversación se volvió tensa y abrupta y decayó como la sintonía del informativo nocturno que llegaba a su fin.

El oficial condujo durante un buen rato mientras las canciones de rock se sucedían como un disco interminable. Una señal indicaba que estaban a punto de entrar a la ciudad de Cartagena y al fondo,

iluminadas por el alumbrado público, las chimeneas de las fábricas llenaban el cielo de polvo blanco.

Los números verdes del ordenador del coche marcaban las once de la noche.

La ciudad estaba tranquila, recogida bajo la luz amarillenta de las farolas y los rótulos fluorescentes que brillaban en los bajos de los edificios.

Una cruz de farmacia parpadeaba sin cese sobre el cartel del establecimiento y la guitarra de Neil Young tocaba por los altavoces del vehículo.

Aparcaron frente a la comisaría y Gutiérrez murmuró con desasosiego al apearse del vehículo.

Las palabras de Rojo le habían sentado mal. El oficial llevaba muy mal los golpes cuando no era él quien los daba.

Como una velada más de trabajo, la comisaría de la ciudad portuaria presentaba la actividad de una noche tranquila y sin sobresaltos. Era común ver allí a algunos de los toxicómanos detenidos en las calles, a víctimas de un atraco nocturno poniendo denuncias y a jóvenes radicales con cazadoras de aviación, botas militares y las manos manchadas de sangre. Situaciones desagradables a las que la mente humana se acostumbraba con el tiempo hasta hacerlas cotidianas y sin valor alguno, al igual que lo hacía con aquel tufo a rancio y a olor corporal que se apelmazaba en las paredes de esa sórdida oficina.

Cruzaron el umbral de la puerta principal y caminaron recto hacia el pasillo sin abrir la boca cuando vieron que la entrada del despacho estaba abierta. Rojo temió lo peor. Su ausencia podía haber sido razón suficiente para que alguien pusiera el despacho patas arriba, por muy ilegal que fuera. Raudó, no desestimó la posibilidad de que la voz se hubiese corrido antes de que llegaran.

—Esto no pinta bien —dijo Gutiérrez antes de empujar la puerta sin preguntar.

La situación era contraria a la que habían imaginado: un despacho limpio, ordenado, sin basura y con los documentos

fotocopiados sobre la mesa.

Miraflores, el nuevo cadete, se había esforzado en poner un poco de decencia en aquel lugar.

Parecía una oficina de verdad, tal y como la que tenía Del Cano, donde al entrar se respiraba cierta autoridad.

—Buenas noches, inspectores —dijo el chico echándose el despeinado tupé hacia atrás y colocándose las monturas. Estaba agotado.

—Anda, *Florinete*...

—Gutiérrez, haz el favor —reprochó Rojo.

—He puesto un poco de orden aquí. Hacía falta —dijo el cadete señalando a la habitación con la mano—. También he editado y entregado al comisario jefe lo que me ha pedido.

—¿Quién te ha dicho que tocaras una coma? —saltó Gutiérrez con el bigote torcido.

—No lo he hecho —respondió Miraflores sin ningún tipo de vergüenza—. Solo he corregido la ortografía y algunos errores graves de sintaxis. He pensado que aportaría claridad a la lectura.

El rostro de Gutiérrez tomó un color rojizo. Rojo no podía aguantar la risa.

—Ya veo... Empiezas con buen pie, ¿eh? —dijo frotándose el mentón al ver la expresión de Rojo. La barba cerrada de varios días sonaba como una lija entre sus dedos—. La próxima vez, límitate a hacer lo que se te pide, soplagaitas.

—Sí, inspector —dijo el cadete—. Así haré.

Gutiérrez se dirigió a su mesa y Rojo dio unos pasos para acercarse Miraflores.

—Buen trabajo —comentó quitándole importancia a las palabras de su compañero—. Puedes marcharte a casa, no hay mucho que hacer por aquí ya hoy.

—Como mande. Gracias, inspector.

Se escuchó un bullicio procedente del otro lado del pasillo.

El oficial Lozano acompañaba al hombre que habían detenido una hora antes en aquel club de carretera.

Para sorpresa de los agentes, todo sucedía con demasiada normalidad.

El detenido no se molestaba en gritar ni pedir clemencia. Actuaba con la mayor tranquilidad posible, calmado y relajado como si supiera lo que vendría después. Lozano, más que un policía, parecía el amigo que llevaba al borracho de vuelta a casa.

Impetuoso, Rojo salió en su búsqueda dejando atrás a Miraflores y a Gutiérrez en el interior del cuarto. Cruzó el pasillo y alcanzó la sala donde se encontraba el oficial Lozano.

—Vaya, sí que se ha dado prisa —dijo el almeriense con desprecio y sorna en su tono—. Aquí lo tiene, oficial, aunque me temo que poco va a poder hacer.

—¿Lo han identificado?

—Rafael Escudero, casado, treinta y dos años, cartagenero.

—¿Qué más?

—¿Qué más? Madre... ¿No le dice nada el nombre? —preguntó con las cejas alzadas—. Escudero, el de los hoteles.

Rojo se concentró durante unos segundos con tal de conectar los puntos. Pronto, entendió que Escudero era algo más que un apellido común.

Tal y como Lozano había mencionado, Lorenzo Escudero era el nombre que se asociaba a la empresa hostelera más grande de la región de Murcia. Un hombre alto, delgado y arrugado como una ciruela seca y con una larga barba de color blanco que le hacía peculiar. Se había convertido en uno de los personajes más influyentes de la comarca. Escudero había logrado transformar un negocio sin apenas competencia por falta de capital en un cómodo monopolio que no cesaba de generar beneficios.

A su vez, el empresario era un rostro familiar para los medios, la clase política, la burguesía y todo aquel adinerado que pusiera un pie en la comarca. Amigo de unos y de otros, su posición era más económica y estratégica que ideológica y ambos lados de la política lo querían como aliado.

O eso era lo que pretendía aparentar.

—Me empieza a resultar familiar.

—Este es su hijo —sentenció el almeriense con desidia—. El único que tiene.

Un ligero aunque tenso silencio se formó entre los dos.

—Pues ya le puede conseguir un buen abogado su padre... Le hará falta.

El subinspector frunció el ceño y apretó la mandíbula con incomodidad.

Después inclinó un poco la cabeza hacia su interlocutor. El amargo olor a café y cigarrillos llegó a Rojo en una sacudida de aire.

—¿Está seguro que quiere meterse en un berenjenal como este, Rojo? —Preguntó con voz grave y por lo bajo, procurando no ser escuchado por nadie más—. No vale la pena y menos en su situación.

—Mi situación, ¿eh? ¿Qué insinúa, Lozano? —Respondió ofendido—. ¿Que haga la vista gorda? Parece que no me conoce.

—No —contestó y volvió a su posición. La advertencia del andaluz no había servido de nada—. Yo solo le digo lo que hay, ya me entiende...

—Y yo le digo que ese tipejo le ha trinchado el abdomen a un hombre en un bar —replicó el inspector—. Como poco, se pasará una buena temporada a la sombra.

—Me temo que no será el único.

—¿Cómo dice? No vaya por ahí.

—Haga su trabajo, Rojo, si es lo que busca —dijo con desánimo al ver que su superior no iba a cambiar de parecer—, pero le intento decir que ir tras ese chico es un problema innecesario... *Usté* me cae bien, inspector, y le tengo más estima que a su compañero, pero no seré yo quien le detenga.

—Aprecio su sinceridad.

—¿Me estoy perdiendo algo? —Preguntó Gutiérrez en el pasillo.

Los dos oficiales se miraron y dieron por zanjada la conversación con una mirada cómplice.

—Todo en orden, Gutiérrez —dijo Rojo y Lozano desapareció de la escena—. Será mejor que nos larguemos.

—¿Qué te llevas entre manos con el andaluz?

—Nada que aporte algo útil a esta conversación.

Capítulo 5

La luna iluminaba las calles vacías de una ciudad que dormía antes de hora. Tras despedirse de Gutiérrez, se subió al coche y tomó rumbo a casa.

Buscando las llaves del apartamento en los alrededores del freno de mano, encontró un llavero metálico con el símbolo del *yin-yang*: un círculo mitad blanco y mitad negro con dos puntos opuestos en su interior y una serpiente separando los dos opuestos. Elsa lo había dejado allí.

Desde hacía un tiempo, era frecuente encontrar en el apartamento libros, símbolos y artículos fotocopiados relacionados con religiones orientales, esoterismo y terapias alternativas para el dolor. Todo aquello se estaba convirtiendo en algo insoportable y difícil de cuestionar, sobre todo, porque el policía siempre había sido escéptico con esos temas.

El fuerte auge, acompañado de los escándalos, de los Rajneesh, el culto liderado por el gurú indio Osho, había acercado a España el interés por las corrientes de pensamiento oriental, a la vez que el aumento del número de sectas y organizaciones terapéuticas que buscaban aprovecharse de los ahorros de sus miembros. Una sociedad que despertaba de un modelo religioso arcaico y que acogía con los brazos abiertos todo aquello que oliera a nuevo, a felicidad. La desesperación humana se abrazaba a cualquier cosa que tuviera respuesta a sus preguntas.

Rojo sostuvo el amuleto y lo observó unos instantes palpando el metal con las yemas de los dedos. Blanco y negro, lo masculino y lo

femenino, el orden y el caos. La paradoja de que el bien y el mal se necesitaran a sí mismos para que existiera el equilibrio.

El blanco nunca podía ser del todo puro, al igual que el negro, y ambos necesitaban del otro para completarse. Eso era lo que Elsa repetía.

«Sé la maldita serpiente», recordó mentalmente imaginando la voz de ella. Esas eran sus palabras.

Palabrería barata que no se aplicaba siempre. Lo sabía de primera mano, lo había visto, oído y tocado con sus propios dedos.

Algunas personas tenían el alma tan oscura como la noche y no existía filosofía que les hiciera cambiar porque, precisamente, lo último que había en ellas era un ápice de humanidad.

Mientras tanto, el resto seguía buscándole una respuesta a todo.

El cansancio se manifestó tan pronto como puso las manos sobre la goma del volante y la palanca de cambios. Al sentarse y notar el calor de la tapicería, una fuerte sensación de relajación se apoderó de él.

Demasiadas horas de pie, demasiadas horas fuera de casa.

En el fondo, eso era lo que había deseado un día más. Regresar al hogar y fingir mantenerse ocupado resolviendo las vidas de otros, jugando a ser luz entre tanta oscuridad.

Las aceras del centro de la ciudad portuaria derrochaban el típico hastío nocturno del otoño: bares vacíos, humedad absorbente, callejones fantasma y pasos de peatones sin presencia humana. Las hojas secas se amontonaban bajo los árboles y las bajadas de temperatura invitaban a no salir de casa después de la cena.

Rojo condujo con la ventanilla bajada para evitar quedarse dormido y sintió un fuerte latigazo en las tripas. Estaba hambriento y se preguntó si sería buena idea parar en el bar antes de subir a casa. Se negó, conocía el final de aquella historia y estaba empezando a cansarse de vivir en una espiral.

Atravesó el paseo escuchando el programa nocturno de radio y aparcó frente a la estación de radio taxi que había frente a su portal.

Al bajar del coche, levantó la vista y comprobó si Elsa seguía despierta.

Las luces del quinto piso estaban encendidas. Deseó que no hubiera sido así e imaginó que se apagaban para siempre. Regresar al pasado y cambiarlo todo de nuevo para no tropezar en la dichosa piedra.

Un fuerte nudo se le apelmazó en el estómago.

No sabía a qué tenía miedo, si a ella o a lo que pudiera desencadenar su reacción.

Durante los últimos meses, Rojo no había sido el amante ideal, ni tampoco el padre y mucho menos un hombre fiel a sus principios.

Pese a que su experiencia con las mujeres siempre había sido efímera, simple y tajante, Elsa le había hecho descubrir una parte en su interior que desconocía, abriéndole una puerta que nadie antes había conseguido encontrar. Rojo tenía sentimientos y eso lo volvía vulnerable, pero no pecaba de estúpido y sabía que enfriar la situación era el mejor remedio para dominar sus emociones.

Desde que Elsa había tomado parte en aquel sospechoso grupo de terapia, alejarse de ella, aunque fuese de un modo frío, era la única manera de salvarla sin terminar absorbido por la charlatanería que ella empleaba para llevarlo a su terreno.

Un mantra que se había repetido una y otra vez hasta sugestionarse. Todo para no aceptar que sus sentimientos hacia ella se habían marchitado.

Arrastró las suelas de las botas hasta el ascensor y apoyó la cabeza en el espejo. Cuando salió, sintió la televisión desde el exterior.

El volumen estaba tan alto que no hacía falta esforzarse para escucharlo desde la entrada. Rojo se puso nervioso y tensó la espalda antes de introducir la llave. No eran horas de hacer ruido y menos con un niño en la cama.

Al girar la cerradura, se oyó el fuerte golpe del cerrojo echándose hacia dentro.

Tan rápido como puso un pie en el interior de la vivienda, el volumen disminuyó.

Por la pantalla aparecía la imagen de un orador dando una charla mística a sus fieles. Rojo sabía de lo que se trataba.

«Ese cabrón de nuevo», pensó.

Hacía unas semanas que las cintas de vídeo se apilaban en la balda del salón. Cursos emocionales, decían, aunque para él todo aquello no era más que un lavado de cerebro a domicilio. Por eso le había racionado el dinero. Por eso actuaba como lo hacía. Pronto se olvidó del malestar que sentía por dentro y la rabia se apoderó de él.

Se acercó hasta la puerta del salón y se asomó por el marco.

Allí, sobre el sofá y con las piernas cruzadas hacia dentro, Elsa miraba hipnotizada la charla con los ojos abiertos y la expresión de alguien que había recuperado la esperanza por vivir de nuevo.

La escena sobrecogió al oficial con dolor, agarrando su corazón y apretándolo con fuerza hasta desangrarlo. Elsa lucía radiante y bella, pero también frágil e inocente. Sobria o no, algo de lo que Rojo dudaba con frecuencia, tenía el semblante de una niña pequeña y no el de la mujer adulta, viva y garbosa que realmente era, la misma que había conocido, aquella de la que todavía seguía enamorado cuando se relamía en el pasado.

Se preguntó si era cierto y sintió una profunda tristeza.

No comprendía que alguien pudiera cambiar en tan poco tiempo.

Y es que las personas nunca dejaban de ser niños, por mucho que crecieran y desearan haber madurado. Solo había que pulsar esa tecla escondida que la sociedad les hacía ocultar para mostrar una personalidad inacabada.

—Ya estoy de vuelta —dijo él sin demasiado entusiasmo.

Cada palabra, cada frase, era un combate dialéctico cargado de pena e indiferencia. Su sistema emocional no sabía cómo gestionar aquello.

Abandonar, resistir o dar un golpe en la mesa, y él había optado por la segunda opción.

Elsa pestañeó un instante y eso llenó de alegría al policía. Alumbrada por el brillo de la televisión, giró el rostro hacia su pareja y le dirigió una breve mirada.

—Te he dejado la cena en la cocina, a falta de calentar —respondió, sonrió como un muñeco de trapo y regresó a la proyección.

La esperanza se desvaneció y los sentimientos de rabia y pesadumbre se apoderaron de él haciéndole sentir más culpable.

«Menudo imbécil», se dijo.

Hambriento, dio media vuelta y caminó a la cocina.

Allí vio una sartén tapada sobre el fogón. Levantó la tapa para comprobar el interior y encontró un filete empanado acompañado de guisantes. Eso era todo. Se acercó a la nevera, destapó un botellín de cerveza y se bebió la mitad de un trago.

Después se tomó el resto.

La cerveza le refrescó. Le encantaba, le hacía sentir bien y le proporcionaba buenos recuerdos. El alcohol lograba relajarle, aunque fuese por un breve periodo de tiempo.

Sentado en una de las sillas de madera, la misma en la que habían hecho el amor tantas veces, entornó los ojos y solo pensó en encenderse un cigarrillo y disfrutar de aquel momento de soledad. Echó la mano al bolsillo, sacó un filtro y se lo puso entre los labios.

Tras encenderlo y darle la primera calada, exhaló el humo con sosiego y sintió algo al otro lado. La televisión se quedó muda. Había logrado sacar a Elsa del trance.

—¡Qué te he dicho del tabaco! —exclamó rabiosa en la puerta con el mando de la televisión en la mano—. ¡Odio que fumes con el niño aquí!

Se había transformado en una hiena furiosa y desatada.

No le faltaba razón. De hecho, él había sido el primero en tomar esa decisión, una sentencia que quedaba lejos en el recuerdo.

Pero, a esas alturas de la conversación, a Rojo le importaba todo muy poco.

—Baja la voz, ¿quieres? —dijo ignorando sus gritos—. Vas a despertarlo y no son horas...

La respuesta no hizo más que empeorar la situación. Elsa se abalanzó histérica para golpearle, pero Rojo esquivó el puñetazo que terminó en un armario. El cigarrillo cayó al suelo. El botellín de cerveza voló por la cocina y se hizo añicos. Él la agarró de los brazos y la sujetó por detrás, oprimiendo sus movimientos hasta que se rindiera. Elsa se movía poseída como una presa, buscando la manera de huir de los tentáculos para atizarle de nuevo.

Sin mediar palabra, la respiración de la mujer se hizo más profunda y la furia se evaporó. Rojo podía sentir el cuerpo caliente pegado a él, rezumando la ira a través de los poros de la piel. Poco a poco, bajó la guardia reduciendo la presión de sus bíceps.

—Eso es... relájate, Elsa —le susurró al oído.

Las extremidades de ella se volvían blandas como la goma.

La intuición le falló.

Cuando el policía creía haber finalizado con la escena, la mujer volvió a ponerse rígida y le asestó un codazo en el estómago que esta vez no pudo evitar.

El golpe lo echó hacia atrás, pisando los cristales que había esparcidos por el suelo.

—¡No me vuelvas a poner una mano encima, asqueroso! —exclamó advirtiéndole con el índice—. ¡Estoy harta, Vicente! ¡No puedo más! ¡Estoy asqueada de esta vida de mierda!

—Serás zorra...

—¿No te das cuenta? —preguntó despeinada con los ojos inyectados en sangre y la mandíbula tensa—. Nos has abandonado. A los dos. Has abandonado a tu familia.

Rojo se incorporó, recuperó el cigarrillo que todavía humeaba y se lo puso en la boca. Miró a su alrededor y calculó la distancia que había entre los dos. A partir de ese momento, ya no podía confiar en ella, así que debía asegurarse de que no lograra herirlo.

—¿Te estás escuchando? —dijo confundido—. Hablas como una chiflada... Te han lavado la jodida cabeza.

Ella se cruzó de brazos, impotente, apretando los labios.

Rojo avecinaba la tragedia en su expresión. Esa noche todo terminaría allí.

—Eso es lo que soy para ti, una chiflada —dijo tensando el rostro convencida de sus palabras—. Eso es lo que siempre he sido para ti.

—Elsa, deja de decir bobadas, por Dios.

—En lugar de ayudarme a sacar adelante esta familia, no haces más que avergonzarte de mí.

—No vayas por ahí...

—¿Y aún así quieres que confíe en ti? —Cuestionó y acto seguido se rompió entre lágrimas—. ¿Qué tipo de relación de amor es esta, Vicente?

La escena se repetía.

Él se había acostumbrado a socorrerla, a darle cobijo cuando se desmoronaba, para después sentirse culpable por lo que acababa de reprochar.

De pronto, él se dio cuenta de cuánto le dolían las sienes.

Se sentía agotado y había tenido tantas veces la misma conversación que empezaba a confundir los momentos. Era como un mal sueño que se aparecía cada noche, una y otra vez.

Apagó la colilla en el cenicero de cristal y se dirigió hacia el marco de la puerta donde ella esperaba. Al pasar por delante, entendió que ya no habría más abrazos, ni caricias, ni premios de consolación. Ni ella hizo por acercarse, ni él por intentarlo.

El mal ya estaba hecho, y no en ella, sino en él.

Aceptó la verdad y se sintió liberado.

Como un cobarde, había dejado que se la llevaran, lentamente, siendo un mero espectador de aquel espectáculo macabro. Ahora, era momento de dejarla marchar.

El traqueteo de la lluvia sobre la ventana era cada vez más fuerte. El timbre del teléfono lo despertó.

Envuelto en una manta sobre el sofá, se levantó y caminó hacia la mesilla donde estaba el aparato. Miró el reloj del mueble. Eran las cinco de la mañana, pero para los inspectores como él no había horarios.

Aturdido, descolgó.

—¿Sí?

—¿Inspector Rojo? —Preguntó la voz al otro lado. Era joven y familiar, aunque la cabeza todavía le daba vueltas—. Disculpe la molestia, pero pensé que estaría interesado por saber esto.

—¿El qué? —Dijo con voz ronca—. ¿Quién llama?

—Oh, siento no haberme presentado... —recoló con cierta prudencia—. Soy el cadete Miraflores...

—¿Y no podía esperar?

—Van a dejar en libertad sin cargos al hijo de Escudero —explicó. Rojo se frotó la cara. No era lo que quería oír, aunque algo le decía que terminaría así—. ¿Inspector?

—Eso es imposible. Hay un máximo de setenta y dos horas.

—No sé, señor. Es todo lo que he oído.

Rojo se preguntó quién movería los hilos tan rápido. Con una víctima por medio, nadie salía tan rápido de los calabozos.

—Joder...

El inspector se quedó en silencio.

—¿Está ahí, señor?

—Que sí, Miraflores, que estoy aquí —respondió—. Has hecho bien en avisarme. ¿Nadie ha denunciado?

—Nadie.

—¿Has redactado lo que te dije?

—Así es.

—Joder... —murmuró. Lo había especificado en el informe. Pensó que habría sido un error de Lozano. Todo debía estar en el atestado. Seguro que existiría una explicación—. Gracias. Voy ya para la comisaría.

—No hay de qué.

—¿Cómo demonios tienes mi número? —Preguntó Rojo, pero el agente ya había colgado.

El corazón le latía con fuerza y necesitaba un trago de agua. Tenía un mal presentimiento de la situación. El caso apestaba como una alcantarilla. Lozano le había advertido dos veces.

Pensó con rapidez, se vistió y agarró las llaves del coche.

Una declaración. Eso era todo lo que necesitaba.

Y sabía dónde encontrarla.

Capítulo 6

El dolor de cabeza seguía presente y el escozor de las pupilas le impedía ver con claridad. La ansiedad se manifestaba con una fuerte presión en la boca del estómago que no le dejaba respirar. La garganta le ardía y el interior de su boca parecía una charca de barro.

El cielo todavía estaba oscuro y nublado por la lluvia que seguía presente manchándole la chaqueta de cuero con finas gotas.

Subió al coche, introdujo la llave en el contacto y volvió a encontrar ese símbolo místico sobre el asiento. Cogió el llavero y lo lanzó furioso por la ventanilla acompañándolo de un molesto gruñido.

El golpe metálico contra el asfalto se oyó a lo lejos.

Debía aclarar su mente, deshacerse de Elsa y evitar que contaminara sus pensamientos. De lo contrario, estaba perdido.

Algunas mujeres eran como el agua, capaces de filtrarse por las grietas más finas hasta inundar el vacío. Elsa era una de ellas y sabía, consciente o no, que un hombre sin vacío era un hombre incapaz de razonar con claridad. El poder del amor no era lo que se producía cuando dos personas estaban juntas, sino el veneno que actuaba en ellas cuando estas se separaban. Rojo comprendía que del amor al odio solo había una fina línea, un intercambio de vagón, un paso adelante o atrás, y a la vez no eran tan opuestos. Tanto una emoción como la otra lograban su cometido: producir en otra persona una reacción más fuerte que la indiferencia.

Encendió la radio de camino al hospital Perpetuo Socorro con la intención de escuchar el informativo de la mañana. Para su sorpresa, ninguna de las noticias estaba relacionada con lo sucedido la noche anterior. Una casualidad que dejaba en evidencia la influencia de aquel tipo o, mejor dicho, de quien había tras él.

Cruzó el paseo y tomó la alameda de San Antón disfrutando de la ausencia de tráfico de la calle.

Necesitaba un testimonio, alguien que estuviera dispuesto a testificar y denunciar lo ocurrido. Solo así podría meter a ese tipejo entre barrotes o, al menos, complicarle la salida.

Los aledaños del hospital parecían tranquilos, un momento perfecto para acudir sin llamar la atención.

Aparcó el coche y caminó hasta la entrada sintiendo la brisa húmeda del mar en su cara y ese olor a salitre y algas marinas que solo las ciudades costeras tenían.

Dos enfermeras fumaban en la puerta con un café en la mano, detalle que abrió el estómago del policía para tomar algo caliente. Se dirigió a la recepción y se topó con otras dos mujeres que parecían esperar el fin de su turno para marcharse a casa.

—Buenos días... —dijo el oficial con voz ronca y desgastada—. Busco a un hombre que fue ingresado ayer tarde tras recibir varias puñaladas en el costado.

La recepcionista, que parecía adormecida por el silencio del lugar, pestañeó confundida, como si no hubiera entendido lo que el oficial le había dicho.

—¿Disculpe?

Rojo sacó la placa y se identificó.

—Necesito hacerle unas preguntas a ese hombre, eso es todo. Está siendo investigado.

—¿Y no conoce su nombre?

—No —dijo rotundo.

—¿Tiene algún documento que justifique lo que está haciendo?

—Estoy buscando a quien apuñaló a ese hombre —respondió irritado—. ¿Quiere complicarme la mañana?

Decidida a no meterse donde no le llamaban, la recepcionista buscó en el registro de la noche anterior sin hacer más preguntas. De pronto, Rojo observó cómo su expresión se volvía tensa.

—Ayer un hombre fue ingresado en Urgencias, a eso de las once de la noche, tras un altercado en un bar.

—Me gustaría hablar con él.

—Lo siento, oficial, pero me temo que no será posible.

—¿Bromea?

—No, espere un momento... —dijo la mujer y descolgó el teléfono para pedir la asistencia de un médico. Minutos después, un hombre de cuarenta años con pelo canoso, gafas de pasta negra y rostro afeitado, se acercó a la recepción—. Este es el doctor Valderrama. Él se está haciendo cargo del paciente.

—Buenos días —dijo el médico ante la atenta mirada de Rojo—. ¿En qué puedo ayudarle, inspector?

—Tengo que ver a ese hombre, eso es todo.

—Me temo que no puede ser —respondió decidido—. No en este momento.

—Eso ya me lo ha dicho ella. No necesito a un médico para que me lo repita.

—El paciente llegó anoche con una importante pérdida de sangre —explicó—. La profundidad de las cuchilladas le han perforado un pulmón, además de haber perdido el riñón derecho.

—Mierda... —contestó—. ¿Está despierto?

—No.

—¿Y lo va a hacer?

El médico se acercó al policía y le invitó a que caminara con él para alejarse de la recepción. Se dirigieron a una máquina de café, introdujo dos monedas de veinticinco pesetas y pulsó el botón. Segundos más tarde, Rojo tenía un vaso de plástico en sus manos con un chorro de líquido marrón.

—Intentaré ser lo más sincero posible, inspector Rojo —dijo el hombre con cara de preocupación—. Es muy probable que ese

hombre no sobreviva. Ha entrado en coma y su sistema dudo que aguante mucho más.

Algo se removió en el interior del policía. Estaba perdiendo el tiempo.

—Gracias por el café —dijo bebiéndoselo de un trago y tirando el recipiente a una papelera—. Por cierto, ¿dijo algo cuando estaba consciente? Alguna palabra, algo...

El doctor se rascó el mentón tratando de recordar.

—Pues, déjeme pensar... El nombre de una mujer, Rosa. Eso fue todo lo que dijo.

—Estupendo. Llámeme si se despierta.

—Sí, por supuesto, aunque no auguro un buen final en esta historia... De todos modos, ¿hay algo más que pueda hacer por usted?

—Ahora que lo dice, sí... ¿Dónde hay un teléfono?

El médico miró a su alrededor y señaló una cabina pública.

Rojo se despidió y caminó hasta el teléfono mientras buscaba agitado unas monedas en su pantalón.

Todavía era pronto, o tarde, según se viera, para acercarse al burdel donde habían estado la noche anterior. Debía llamar a Gutiérrez, él era bueno con los interrogatorios, y volver allí en busca de testigos. En cualquier caso, necesitaría un acompañante por si las cosas se ponían feas.

Echó una moneda por la ranura, sacó una tarjeta de cartón de la billetera y marcó el número del domicilio del oficial.

Al tercer tono, alguien descolgó al otro lado de la línea.

—¿Gutiérrez?

Se oyó una profunda respiración silenciosa. Era él, pero por algún motivo tardaba en responder.

—¿Rojo? —preguntó. El inspector auguró lo peor.

—¿Estás borracho otra vez?

—¿Qué horas son estas de llamar? —replicó con torpeza enroscando la lengua entre las sílabas—. Además, a ti... ¿Desde cuándo te importa lo que haga con mi vida?

Enfadado e impotente, Rojo despegó el auricular de su oído mientras el compañero seguía balbuceando al otro lado. Colgó con violencia, cargado de odio, y dio un puñetazo contra la chapa metálica del teléfono.

—Borracho de mierda...

Los empleados del hospital se giraron al escuchar el golpe.

Sin duda, no iba a ser el mejor de sus días.

Cuando regresó a la comisaría, los compañeros de la noche anterior ya habían desaparecido. Las mañanas eran diferentes, siempre lo eran, y tenían ese aura de normalidad, de calma tras la tempestad, tan pronto como el sol cruzaba las ventanas.

Cruzó la entrada y salió disparado hacia el fondo del pasillo que le llevaba al despacho. Giró el pomo de la puerta y encontró al cadete Miraflores vestido de uniforme y mecanografiando un informe en su escritorio. Por su apariencia, llevaba horas despierto y allí sentado. Sobre el tablero había dos vasos de plástico con restos de café. Si se iba a convertir en policía, ya se podía acostumbrar a la falta de sueño. Rojo se dio cuenta de su habilidad. Tecleaba rápido, sin mirar, y se mostraba concentrado en las palabras. Se preguntó si sería igual de hábil con el gatillo.

—Miraflores —dijo con voz apresurada—. ¿Algo nuevo?

El novato se detuvo como si hubiera escuchado las campanadas de una iglesia y levantó las manos de las teclas. Reaccionó y miró hacia la puerta.

—Buenos días, inspector —respondió y arrastró la silla unos centímetros hacia atrás con el cuerpo—. Nada que contar... Bueno, sí... El comisario jefe Del Cano quiere hablar con usted.

—Pues tendrá que esperar —dijo el superior—. ¿Qué estás haciendo?

—Corrigiendo uno de los muchos informes que Gutiérrez dejó sin entregar...

Su comentario, cargado de pena y desagrado, esbozó una sonrisa en Rojo.

—Eso también tendrá que esperar. Coge tus cosas, tenemos que ir a la calle.

Capítulo 7

Miraflores se mostraba emocionado por su primera salida. Subieron al Citroën rojo del inspector y este tomó la carretera secundaria que iba hacia el club de alterne en el que habían detenido a Escudero. La noche y el día eran dos postales opuestas, no muy diferentes a ese colgante oriental sobre el que había reflexionado horas antes. De día, la calma se convertía en un falso espejismo en el que los más audaces movían sus hilos sin que nadie se percatara. Talentosos ladrones de traje y corbata, de cabello ensortijado y gafas de alambre. Los mismos que cargaban los maletines para dejarlos más tarde en el maletero de un coche hasta que se pusiera el sol, la oscuridad cubriera las sombras y la sangre corriera. Paradójicamente, la única parte del día en la que el inspector se sentía más vivo y capaz de todo, incluso de volver a ser feliz.

Sorprendido por el aspecto destartado que presentaba la parte delantera del vehículo, el cadete, sentado en el asiento que solía ocupar Gutiérrez, sonreía ensimismado como si aquello no fuera real. Rojo lo miró con extrañeza. No era para tanto, pero conocía esa sensación.

Le quedaba tan lejos que apenas la recordaba.

Sus primeros días no fueron fáciles. Tampoco los primeros años. Valencia era una ciudad complicada por entonces, incluso para ser nuevo en el oficio. Para más inri, los mentores que tuvo se lo pusieron difícil y no llegó a ver la calle hasta el final de su formación. A pesar de la temprana edad, se había ganado con respeto el puesto que ocupaba, en una época donde los agentes aún trabajan para el

Estado y para sí mismos, pero la historia estaba a punto de cambiar pronto.

Así y todo, no se arrepentía de nada de lo que había vivido o hecho. Para poder defender a los demás, debía aprender a defenderse de sí mismo.

Encendió la radio y se activó el reproductor de cintas. La guitarra de Jimmy Page sonaba con fuerza por los altavoces, marcando los *riffs* de *Baby I'm Gonna Leave You*, canción que le recordó, por enésima vez, una de las muchas deudas pendientes que tenía con el destino.

—¿Led Zeppelin? —preguntó Miraflores.

Rojo se puso las gafas de sol de aviador que guardaba en el interior de su chaqueta de cuero y sacó un filtro arrugado del paquete.

Después miró a su acompañante.

No era Gutiérrez, pero estaba expectante por ver cómo se desenvolvía.

—¿No te gusta?

—No, al contrario... —comentó el joven policía sin intención de ofender a su superior—, pero soy más de Black Sabbath.

—Muy bien —dijo con indiferencia y detuvo el coche en un semáforo—. ¿Fumas?

Miraflores observó el cigarrillo que Rojo le había ofrecido. Dudoso, reflexionó varios segundos la respuesta. Para entonces, Rojo ya sabía que no lo hacía y que, quizás, por la cara con la que miraba el filtro, jamás lo hubiese hecho antes. Pero decidió divertirse con ello, dejando el cigarrillo en alto hasta que las luces se pusieran en verde, probando los límites del chaval que tenía delante.

—Gracias —respondió finalmente tras una lenta espera—. Lo estoy dejando.

Rojo sonrió, dio una calada a su cigarrillo y lo sacó por la ventanilla del conductor.

—Bien que haces.

—¿A dónde nos dirigimos, inspector?

—A un burdel de carretera —contestó. Los ojos del cadete se agrandaron—. ¿También tu primera vez?

—¿Cómo?

—En una misión, digo.

—Ah, sí, claro... —expresó con dificultad—. ¿Está relacionada con el hombre al que detuvieron anoche?

—Así es.

—¿No debería estar Gutiérrez en mi lugar?

—El inspector tiene otras labores más importantes de las que ocuparse... —explicó y se desvió por una carretera por la que se podía ver al fondo la puerta del lugar—. Escucha, Miraflores... Sé que estás muy verde en esto, pero pareces espabilado... Quiero que tengas los cinco sentidos puestos en el lugar a donde vamos... Anoche un segurata terminó en coma en el hospital y está a punto de palmarla... Mientras, el hijo de un ricachón se va a librar de una pena por homicidio porque nadie tiene cojones a contar qué pasó... Así que toma notas mentales, quédate con las caras, los detalles y mantente en guardia por si, en cualquier momento, la situación nos sobrepasa... Tenemos que aprovechar la visita, me sigues... ¿Verdad?

—Sí, le sigo... —afirmó—. ¿Está al tanto el comisario jefe Del Cano de la investigación?

—No seas tan impertinente, chaval. Lo estará cuando sea necesario. Del Cano, ahora mismo tiene demasiados quehaceres.

—Entiendo...

—Se me ha olvidado mencionar algo. Hay un pequeño problema —prosiguió—. Estos tipos con los que vamos a hablar, lo último que quieren es colaborar con nosotros.

—¿Y qué hará, inspector?

—Si con suerte sigue en el club, hablaremos con una de las empleadas que trabajó anoche.

—¿Cómo está tan seguro de que accederá a sus preguntas?

—Tengo mis métodos. ¿Me vas a preguntar cuáles son?

—Si no le importa.

—Hay que joderse con el nuevo. ¿De dónde has salido?

—No le juzgo. Solo quiero aprender.

—La sobornaré. ¿Contento?

—¿La sobornará? —preguntó sorprendido y se rio—. Vaya, no esperaba una respuesta así. ¿De qué modo?

—Con chantaje.

Se apearon del vehículo en el mismo lugar donde Rojo lo había aparcado la noche anterior. La mitad de coches habían desaparecido con los primeros rayos del sol. La llanura de tierra guardaba un aspecto apocalíptico y desolador.

Entradas las ocho de la mañana, aquel tugurio parecía sacado del rodaje de una película de Tarantino, con la única diferencia de que los bandidos se habían convertido en viudos, solteros y casados, todos ebrios o sin gana alguna de regresar a sus casas.

Rojo no tardó en reconocer al segundo guardia de seguridad, al verlo echar del local a uno de los clientes que no podía mantenerse en pie.

«Bonito lugar para tomar la última copa», pensó.

La noche se había terminado, era momento de recoger y cerrar. No obstante, para sorpresa del inspector, todo parecía seguir con normalidad. El accidente no había causado estragos, a pesar de que aún quedaran restos de sangre reseca en la entrada. El dinero era lo que importaba y las chicas tenían que hacer su trabajo.

Caminando hacia la puerta principal, Rojo dio un vistazo al cadete, que parecía algo tenso por encontrarse allí. Lógico y normal. Así y todo, no había por lo que temer. Su postura no mostraba nervios aparentes y eso lo hacía todo más fácil. Un policía inseguro siempre llevaba las de perder en situaciones como aquella.

Esas mujeres conocían a los clientes mejor que sus esposas, no solo en la cama, sino como personas. Ellos no tenían tapujos en contarlo todo y abrirse como una flor en primavera. Desde infidelidades a frustraciones y amores platónicos, pasando por problemas laborales o inseguridades propias de la edad.

Más allá de quemar un poco de pólvora y descargar la ira arrastrada de fuera, para muchos, lo que primaba era hablar con una desconocida sin miedo al rechazo, sentir el afecto que ya había sido enterrado en el propio hogar, disfrutar del calor de otro cuerpo, aunque fuese fingido, abriendo la coraza con la que cargaban a diario.

No obstante, por muy tragicómico que pareciera, no dejaba de ser una sórdida caverna donde la mayoría de tipos pagaba por acostarse con una mujer y llevar a cabo las fantasías que no se cumplían al otro lado de la puerta.

Y eso, le producía cierta incomodidad al inspector.

Nada más llegar a la entrada, el matón de la puerta se dio cuenta de la presencia de los policías y no tardó en correr la voz. Visitas como la suya nunca eran de buen recibo.

—Estamos cerrando —dijo el guardia embutido en su chaqueta de piel negra. Tenía un acento extraño, quizá eslavo. Cada vez era más común encontrar fornidos inmigrantes de las repúblicas soviéticas en las entradas de los clubes.

Rojo se detuvo frente a él y echó un vistazo por el espacio que había entre la puerta y el marco, pero no logró ver nada.

Después se identificó.

—¿Están las chicas?

—No lo sé. Puede.

El acento era fuerte y su español bastante rígido.

Sin más dilación, Rojo empujó la puerta y entró seguido de Miraflores.

Las luces estaban encendidas, los camareros recogían las últimas copas y no había rastro de las muchachas por allí.

La función se había terminado.

—Mierda... —dijo el inspector al no encontrar lo que buscaba.

—¿A quién busca, inspector?

—A la camarera —aclaró—. La misma que nos atendió. Al parecer, se llama igual que la mujer que ese hombre recordó antes

de entrar en coma... Tal vez sea una coincidencia, pero me cuesta creerlo.

De repente, Miraflores detectó algo que Rojo no logró ver.

—Inspector, ahí —comentó levantando el índice y apuntando a una puerta que llevaba a una sala especial—. Esa chica parece esconderse de usted. ¿Es ella?

Rojo sonrió.

—Pues claro, si no... ¿Por qué lo haría?

Cuando se acercó al misterioso cubículo y corrió la cortina que separaba las dos salas, encontró a la empleada sobreactuando como si no pasara nada. La miró bien. Tenía el mismo aspecto de cansancio, las ojeras marcadas y esa nariz afilada que le daba personalidad en la expresión.

—¿Se te ha perdido algo? —preguntó Rojo con acierto. La mujer parecía avergonzada—. Aquí no parece estar.

Asustada, repasó a los dos agentes antes de dar una respuesta.

—¿Qué es lo que busca?

—Hablar. Solo eso.

—Es tarde —dijo haciendo un intento de marcharse—. Si quiere hablar, venga esta noche. Mi compañera le dará conversación.

Rojo la agarró del brazo.

—No. Vamos a hablar ahora.

—Suélteme. Me va a hacer daño.

—No es mi intención.

—Si grito, no saldrá de aquí vivo.

El inspector la arrastró un poco más hacia él. El cadete observaba impresionado el comportamiento del superior.

—Ya —respondió con seguridad—, pero no lo va a hacer. ¿Verdad? No son tiempos para molestar a un nacional.

—¡Está bien! —exclamó soltándose del policía—. ¿Qué quiere? Será mejor que no me vean con usted.

—Un testimonio, eso es todo. Necesito a alguien que estuviera anoche y viese lo que ocurrió.

—¿Por qué yo? Pregúntele a las chicas.

—Ellas no van a hablar. Se juegan la vida.

—¿Y yo no? —replicó señalándose al pecho—. Ni loca.

—Solo el trabajo —agregó Rojo—. Escucha, no tengo todo el día. Solo te pido que vengas y declares contra Rafael Escudero, el hombre que apuñaló a tu compañero de trabajo.

De pronto, su rostro se apagó y bajó la mirada al suelo.

—No puedo hacer eso...

—Si tú no lo haces, nadie lo hará —insistió—. Ese tipo terminará en la calle en unas horas y volveréis a tenerlo por aquí.

—Lo haga o no, no lo van a meter en la cárcel. Son ganas innecesarias de buscarme un problema.

La chica tenía miedo y Rojo era consciente de ello, pero la única forma de dar un paso al frente era enfrentándose a él.

Dada la negativa de la chica, tuvo que recurrir a sus emociones, donde más dolía.

—Y dejar que tu compañero muera injustamente.

—¿Qué? Repita eso.

Su fisiología cambió por completo. El inspector podía escuchar los latidos de su corazón buscando una salida en su cuerpo.

—Está en coma.

—¿Israel está en coma? —preguntó aguantando las lágrimas.

Su cuerpo se desvanecía en un profundo dolor.

—Tú decides, si vengar su muerte o no.

—Señor... —intervino Miraflores, pero Rojo lo ignoró.

—Maldito hijo de puta... —comentó ella.

—Rojo... —repitió el cadete.

—¿Qué cojones quieres? —preguntó molesto y alzó la vista.

Se encontró a un hombre de cuarenta años, más fuerte que él y con aspecto de proxeneta. Junto a él, el esclavo de la puerta.

—¿Algún problema, Rosa?

—No —respondió limpiándose las lágrimas con la mano.

—Si quieren hablar de algo, agentes —dijo dirigiéndose a los policías—, mejor vayamos a mi oficina. Dejen a las chicas en paz. Tienen que descansar.

—Ya nos íbamos —contestó Rojo y miró a la camarera—. Hasta la vista, Rosa.

Capítulo 8

El cielo no había despejado, al igual que el montón de dudas que flotaban en su cabeza. Insistir a esa chica no había servido de mucho, aunque las esperanzas de que regresara todavía existían en su mente.

Tarde o temprano, la echarían del trabajo.

Siempre ocurría una vez se cruzaban las líneas rojas y ella lo había hecho. Jamás debió entablar conversación con él, pero ese no era su problema.

Él solo hacía su trabajo. Toda acción tenía una consecuencia y, en la mayoría de casos, nunca podía saber cuándo iba a ser arroyado por el error ajeno.

Sin embargo, lo que más le preocupaba de aquello era la influencia que la familia Escudero tenía en la ciudad. Puede que Cartagena no estuviera pasando por su mejor momento, que la delincuencia hubiera aumentado a raíz de los despidos laborales de los últimos años, que la sociedad más joven viviera un momento confuso de crisis en el que las enfermedades de transmisión sexual arrasaban y el dinero escaseaba, pero eso no justificaba que alguien se pudiera burlar de las leyes con esa impunidad.

Si la época del caciquismo quedaba atrás, aquel era otro nivel de influencia, más local y limitado. No hacía falta alcanzar las altas esferas del Estado para gobernar una provincia. Mientras el cine y la literatura moderna habían vendido una imagen errónea del poder y la influencia de algunos personajes de la historia contemporánea, el sistema de Comunidades Autónomas no había hecho más que

repartir el pastel durante los primeros años de la transición a la democracia española.

Burlarse de los jueces, tenerlos a favor, comprar a la Policía y pactar silencio con los medios, requería algo más que largos números de cuentas en bancos suizos. Requería poder, trabajo, relaciones personales, contacto cercano y tejer una tela de araña que lo hiciera presente allá donde estuviera.

Y Lorenzo Escudero, el viejo de la barba blanca con chaqueta de traje y aspecto de labrador, poseía lo que necesitaba para blindarse dentro de las fronteras provinciales.

Ajeno a toda aquella información, Rojo escuchaba atento a lo que Miraflores le contaba sobre el empresario y su familia. El chico era una maldita enciclopedia humana.

Viudo, Rafael Escudero era todo lo que tenía: un hijo crecido entre algodones que se encargaba de perturbar la sombra del padre con el fin de obtener un poco de atención. Razón suficiente para que Escudero acampara por la ciudad sin miedo y con total libertad.

Lo que más le sorprendió al oficial era que no hubiera escuchado de él antes. Probablemente, ni a Del Cano ni al resto de compañeros les interesase convertir la situación en una comidilla de compañeros.

—¿Cómo diantres sabes todo eso? —preguntó el inspector conduciendo de regreso a la comisaría—. ¿Te gusta leer, verdad?

—Sí —respondió—. Más bien, me interesa saber quién mueve los hilos en la ciudad.

—En esta ciudad no hay hilos, sino cables de acero, Miraflores —dijo Rojo—. Si te despistas, te degüellan con uno de ellos. No serías el primero en caer, ni el último...

Miraflores se rio por primera vez.

Algo marchaba bien.

El cadete empezaba a relajarse con la presencia del inspector.

—Es una visión muy pesimista.

—Los años la vuelven así... —respondió y dio un ligero golpe al volante—. Maldita sea, empiezo a hablar como Gutiérrez.

Ambos se rieron.

—También he leído sobre usted.

Lo que dijo no le hizo mucha gracia.

—Supongo que mentiras. Una detrás de otra.

—Tuve la suerte de acceder a los informes del caso de la chica desaparecida que encontraron, hace unos años, junto al inspector Gutiérrez... Interesante resolución del asunto.

—Nunca te creas los informes. Ni siquiera los que redactas.

—Tomo nota...

—¿Sabes, Miraflores? Tengo la sensación de que estamos a punto de levantar una tapadera por la que va a salir un buen chorro de mierda...

—¿A qué se refiere?

—Espero que no te asustes, solo eso.

El cadete rio y después tomó un gesto serio al ver que Rojo no bromeaba.

—Estoy preparado para lo que venga.

Esa confianza del novato, el exceso de seguridad tan propio de quien empezaba y que tantos tropiezos le iba a traer. No importaba lo que Rojo le dijera, no lo iba a escuchar, así que se limitó a mirarlo con altivez y tragarse la palabrería.

—Tal vez no... Pero lo estarás.

Decidido, Rojo sabía lo que venía después.

No habían conseguido un testimonio, ni tampoco una denuncia que retuviera a Escudero allí más de setenta y dos horas. A esas alturas, el detenido ya se habría buscado un buen abogado que lo sacara de allí.

Era una cuestión de tiempo.

Regresaron a la comisaría con la intención de jugar su última carta.

Con el comisario jefe era el único recurso que le quedaba al inspector para que no diese el caso por zanjado. Difícil, pero posible. Rojo conocía a Del Cano lo suficiente para saber que no era un imbécil más y que se preocupaba por lo que ocurría en el cuerpo. Que Gutiérrez no merodeara por allí, también ayudaría al diálogo.

—Del Cano quiere verle, inspector —dijo el agente que custodiaba la puerta antes de que le diera tiempo a saludar.

El cadete y Rojo se miraron con sospecha, pero eso no iba a frenar sus intenciones.

—Suerte —dijo Miraflores antes de cruzar el pasillo que lo llevaba al despacho.

El inspector subió las escaleras y encontró la puerta de la oficina de Del Cano cerrada. Sin preámbulos, golpeó el cristal opaco con los nudillos y giró el pomo de la puerta. Al empujarla, encontró la figura del superior rígida y pálida, propia de un mal día.

—Comisario, ¿me esperaba?

Del Cano se meció el pelo hacia el lado, dejando ver las canas que le habían crecido en los últimos meses debido al ajetreo laboral.

—Rojo, siéntese... Hay algo de lo que me gustaría hablar con usted.

—Vaya, parece que ambos tenemos algo que decir.

El comentario fue desafortunado. El comisario no hizo esfuerzos en disimularlo.

—Imagino que se hace una idea de por qué está aquí —arrancó el superior—. Las noticias vuelan como la pólvora en esta comisaría.

—Lo sé. Por eso me ha puesto una secretaria, ¿verdad? Algunos parecen tener demasiado tiempo libre.

—Para empezar, dejaré a un lado la cuestión de qué hacían usted y Gutiérrez en ese sitio, en lugar de estar en su puesto de trabajo...

—Ahora me dirá que nunca ha visitado un club de alterne.

—Déjese las bromitas de Clint Eastwood, Rojo —dijo con semblante serio—. Este es un asunto serio.

—Y tanto que lo es —intervino—. Si el inspector Gutiérrez y yo no llegamos a estar ahí en ese momento, la desgracia hubiese sido mayor...

—El subinspector Lozano no parece decir lo mismo en la versión de su informe.

—Venga, ya.

—Rojo, me cae bien, pero no me obligue a retractarme.

—Lo siento... —dijo rectificando—. Ya sabe cómo el subinspector Lozano se lleva con Gutiérrez... Simplemente, no es justo.

—La vida no lo es.

—Hicimos nuestra labor, eso es todo.

—No me cabe la menor duda —respondió Del Cano reticente—. Se lo agradezco. Por eso, a partir de aquí, le pido que redacte un informe y deje que otros se hagan cargo de esto.

Tras las palabras, se formó un tenso silencio que vició el aire del despacho.

Rojo miró a los portarretratos que había sobre el escritorio, a los banderines y a los diplomas que colgaban de la pared. Del Cano no se lo iba a poner fácil.

—¿Tan influyente es? —preguntó desafiante. El comisario jefe fingió no entender la pregunta—. Escudero, digo.

El nudo de la corbata le apretaba demasiado.

—No sé a lo que se refiere.

—Pienso conseguir una denuncia antes de que ese cacique salga de los calabozos, le guste o no.

—Creo que está llevando esto demasiado lejos, Rojo.

—¿Para qué estamos nosotros entonces? —cuestionó el oficial—. Si permitimos que cualquiera extorsione y se lleve la vida de otra persona cuando quiera. Dígame, señor, ¿para qué?

—¿Acaso ha leído el expediente de la víctima? —dijo Del Cano rebatiendo el argumento del hombre que tenía delante—. Tampoco era un santo. Tarde o temprano, algo así ocurriría. Entre usted y yo, los dos sabemos que esos lugares son una tapadera de irregularidades. Sabía a lo que iba.

—Y no se hace nada por cerrarlos.

—Hay otros intereses. No es nuestra competencia.

—¿Me lo está diciendo en serio?

—Le estoy intentando decir que se aparte de esto. Eso es todo —insistió—. Lo último que deseo es que se vea salpicado.

—¿Por quién?

Del Cano suspiró hastiado por el muro psicológico de su interlocutor.

—Mire, Rojo. Como veo que no lo entiende, seré claro con usted —explicó—. Está en lo cierto. Escudero es un hombre muy fuerte. Más fuerte que yo y, por supuesto, que usted.

—Lo que me faltaba por escuchar hoy...

—Rafael Escudero, su hijo, tiene un largo historial, pero nunca ha trascendido más allá de peleas en los bares y consumo de estupefacientes. Algún robo, alguna que otra extorsión... Nada trascendente, siempre entre pandilleros. Es un pobre desgraciado, no cabe duda, pero no es un caso grave. Hay otros problemas más importantes que solucionar en la ciudad ahora mismo.

—Es un peligro, señor comisario.

—No. Se equivoca —replicó—. El peligro es Lorenzo Escudero y su hijo es todo lo que le queda. Si lo que busca es arruinarse la vida, adelante, vaya a por él, pero vaya solo... Háganlo, usted y su compañero alcohólico, vamos, cumplan con el orden si no amanecen con una bala en la nuca... Después vean cómo es absuelto y entonces pídanme protección cuando sean ellos quienes les estén vigilando a ustedes y sus vidas se conviertan en un infierno... Sinceramente, son ganas de mandar la vida al traste.

Sobrepasado, Rojo se frotó la frente con la mano sin saber muy bien qué decir.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

—Ni yo que hayamos llegado a este punto, inspector. Si Escudero pudiera ser derrocado, ya lo habríamos hecho, pero su mano está encima del comisario, del alcalde, de la propia Región de Murcia...

Rojo se frotó los ojos. En su interior fraguaban sentimientos de asco y pena hacia Del Cano.

—Pienso ir a por él.

Del Cano levantó las manos abatido por la confrontación.

—Está bien, haga lo que quiera —dijo mostrando las palmas—. Es su decisión, tan solo quería advertirle, pero veo que su terquedad es superior al sentido común.

—Superior a pudrirme siendo cómplice de la corrupción.

Rojo se levantó del asiento con el puño cerrado y caminó hacia la puerta del despacho. Tiró del pomo y escuchó la silla de Del Cano.

—Inspector.

Después ladeó el rostro sin darse del todo la vuelta.

—¿Sí?

—No pienso ayudarle. Solo espero que razone.

Sonrió vilmente.

—En ningún momento le he pedido que lo haga.

Capítulo 9

De nuevo hambriento. La conversación no había ido tal y como le habría gustado. En efecto, a ojos del inspector, Del Cano era otro mierda más dispuesto a hacer la vista gorda.

Cuando regresó al despacho, Miraflores esperaba sentado junto al escritorio, con una carpeta de papel marrón en la mano.

—¿Y bien? —preguntó el cadete.

—Nada. ¿Qué es eso?

—He pedido el expediente de Rafael Escudero, por si le servía de ayuda.

—¿Algo interesante?

—Nada que rascar.

De repente, sonó el teléfono de la mesa de Rojo.

En un acto reflejo, Miraflores se levantó de la silla para atender a la llamada. Todavía no se había hecho con su rol y, en ocasiones, se comportaba como un sirviente.

—Es para usted... —dijo tapando el auricular—. Un tal Valderrama.

—Pásamelo —respondió alargando el brazo para agarrar el aparato—. ¿Sí?

—Buenos días, inspector —respondió el médico al otro lado del auricular—. No le llamo para darle buenas noticias.

—No esperaba que me las diera. Siga.

—El señor Israel Martínez ha fallecido hace una hora —dijo con pesadumbre. Nadie se acostumbraba a hablar de la muerte, aunque

fuera de otra persona—. Hemos hecho todo lo posible para mantener las constantes vitales, pero su corazón no lo ha resistido.

—¿Ha despertado en algún momento?

—No.

—Gracias por la llamada, doctor... Buenos días —dijo y colgó sin empatía alguna. Por supuesto, no apostaba por que ese hombre siguiera con vida. Escudero lo había machacado por dentro.

Por otra parte, necesitaba pensar con claridad, ser paciente, observar los acontecimientos. Las horas se esfumaban y sin esa camarera no tendría otra alternativa que darse por vencido. Rojo no creía en los milagros y tampoco en echarle la culpa a los agentes externos. La ausencia de expectativas lo volvía todo más interesante.

—¿Todo en orden, Rojo? —preguntó el cadete.

Era la primera vez que llamaba a su superior por el apellido y no por su rango. Rojo, abstraído en su propio pensamiento, tardó unos segundos en darse cuenta de ello. Miraflores, consciente del error, no reparó en disculparse, pero el inspector fue más rápido que sus boca.

—Voy a salir a almorzar. Necesito despejar la cabeza.

—Le acompaño.

—Como veas.

El botellín de cerveza subía y bajaba de la barra impulsado por el brazo del inspector. A su lado, Miraflores observaba atónito al superior mientras tomaba un café cortado y un pincho de tortilla de patatas.

El bar de la plaza de España estaba atiborrado de clientes a esa hora. Rojo y Gutiérrez eran habituales allí. Un bar de barrio, sin pretensiones, regentado por Manolico, un viejete de setenta años que se resignaba a jubilarse, aunque para entonces solo se dedicara a la gestión, a hablar con los parroquianos y comprobar que los camareros no metían la mano en la caja registradora. La mayoría de

los clientes que pasaban a esa hora eran funcionarios públicos, empleados de oficina y solo algunos pertenecían al cuerpo.

Trabajadores aspirando a una vida mejor, personas con un futuro por delante sin demasiadas pretensiones. Currelas, como se llamaban a sí mismos en la intimidad, nada más.

El ruido de las cafeteras que tiraban agua a presión como un aspersor, el barullo de las conversaciones y el golpeteo de la cerámica de las tazas de café contra los platillos formaban un hilo musical perfecto para desaparecer del mundo por un rato.

Rojo pensaba en silencio.

No le importaba la presencia del cadete porque, para él, en ese momento, no había nadie más a su lado. Tenía esa facilidad de aislarse del mundo cuando lo deseaba. Encontrar el vacío entre tanta banalidad. No le gustaba la gente y no lo podía decir en alto.

Quizá por esa razón durara tanto su relación con Elsa.

De pronto, vio su coche por el reflejo de la vitrina, al otro lado de la calle. Después, su rostro en el cristal que tenía delante, donde guardaban el queso en aceite y las alcachofas con tomate.

Una voz grave y raspada le hizo salir del trance.

—¿Juanico? —preguntó un hombre con entusiasmo—. ¡Coño, Juanico!

Aunque no iba dirigido a él, la efusividad del hombre le obligó a darse la vuelta.

En efecto, la voz familiar era la de Miguel, el dueño del bar, que en esta ocasión se dirigía a Miraflores.

Casi calvo, con el poco pelo que le quedaba a los laterales peinado hacia atrás, se acercó al cadete con lentos movimientos, como si tuviera que calcular el peso de su panza cada vez que daba un paso hacia delante.

—¡Juanico! —exclamó con fuerte acento cartagenero—. ¡Muchacho, cómo te ves!

Los carrillos del cadete tomaron un color rojizo que, en cuestión de segundos, ocupó todo su rostro.

—Tío Miguel, cómo estamos... —respondió con voz baja, cohibido por la vergüenza.

Lo último que Rojo hubiese pensado era que por esos dos corría la misma sangre.

—No me digas —comentó el policía—. Menuda sorpresa.

—Buenos días, señor inspector —dijo el hombre con efusividad—. No será verdad que está supervisando al mozo.

—Dios me libre —dijo mirando al cadete—. ¿Así que son familia?

—Claro, hombre. Es el pequeñico de mi hermana Dolores —explicó el hostelero—. Por cierto, ¿cómo está su compañero, inspector?

—¿Gutiérrez? No lo sé.

—Hace tiempo que no pasa por aquí.

Por el tono, Rojo entendió que le debía algo más que una conversación.

—Volverá, ya lo creo.

Y entre el ruido, los apretones de manos y las conversaciones de la gente, el ambiente tomó un aire cálido, amable, acompañado de risas y que distendían el mal humor de la mañana.

Un cliente señaló a la calle desde el interior del bar. A lo lejos vio algo.

El murmullo aumentó convirtiéndose en una nube desagradable. Como moscas, todos se acercaron al cristal.

—¡Que alguien llame a los bomberos! —Bramó el espontáneo.

Humeando entre las llamas, el coche de Rojo ardía en la calle a plena luz del día.

Furioso, regresó a la comisaría y bajó los peldaños que llevaban al oscuro calabozo. No le importó la presencia de uno de los policías que había haciendo la ronda.

Pasó lista mirando cada una de las celdas hasta que vio, al final del pasillo, el cuarto aislado.

La suela de sus botas formaba un eco aterrador con cada paso. Rojo levantaba las piernas como un caballo dispuesto a tumbar cualquier muro. Estaba enfadado, más de lo que había estado en mucho tiempo.

Siempre había gestionado mal sus cabreos, más todavía cuando alguien se burlaba de él.

Arrastraba ese trauma desde la infancia.

El instituto no había sido la época fácil y feliz que había disfrutado en los primeros años de escuela. Rojo crecía, las primeras chicas se acercaban a él, los primeros problemas también. En casa, el seno familiar pasaba por una situación delicada: la relación entre sus padres se había roto y la opción de separarse todavía no se contemplaba en una sociedad conservadora alimentada por la opinión ajena. Aunque él nunca se engañara de la falsa muestra de unidad que deseaban aparentar, la tensión de dos personas que conviven sin soportarse era palpable entre los tabiques del hogar. El malestar de ambos lados provocó que se olvidaran de él por completo y, dada la situación, el joven Vicente no tuvo más remedio que aprender de la vida por su cuenta.

El primer año fue un desastre para él y solo consiguió pasar dos exámenes. Era la burla de los compañeros, la mofa continúa. Rojo se esforzaba, pero parecía incapaz de concentrarse en un cuarto por el que se oían los gritos a diario.

No les culpó, tampoco se sintió una víctima de aquello.

Pronto se dio cuenta de que cada persona debía lidiar con su montón de problemas y ese era el suyo.

Sin embargo, ser el centro de las bromas le pasó factura más tarde. Los fuertes siempre se reían de los físicamente débiles, de los que sobresalían en disciplinas en las que estos no eran capaces de brillar.

Tal vez Rojo no fuese el mejor estudiante, ni el más guapo, pero aquel aire de James Dean de periferia valenciana volvía locas a las chicas. Atractivo, resultón, siempre solitario, parco en palabras, serio, sin un grupo de amigos en el que encajar, vestido como un

motorista y con la actitud de un chico que no había llegado para complacer a nadie. Los comentarios causaron revuelo y pronto los matones de un curso superior, aburridos por abuchear siempre a los mismos, habían encontrado un nuevo foco de atención. Las chicas se quejaban y esa era razón más que suficiente para aumentar los ataques. Por mucho que la sociedad nos intentara convencer de lo contrario, la vida no era más que un viaje de supervivencia continua en el que los fuertes y quienes sabían adaptarse, simplemente, ganaban. Y ahora era él, por encima de los demás, quien llevaba la corona del perdedor.

Los rumores de una posible revuelta no se hicieron esperar.

Los chismes llegaban a sus oídos como una ráfaga de viento que se perdía entre risas y seseos inaudibles cuando pasaban por delante de él.

Cada mañana, cruzaba la puerta de aquel edificio con la expectativa de que sucediera algo, pero nunca era así. Finalmente, un miércoles, sin esperarlo, a la salida de las clases, tres de los jóvenes más populares del centro le acorralaron en una de las esquinas por las que siempre pasaba para regresar a casa. Tras varios insultos y una escasa dialéctica, le asestaron una paliza delante de las chicas que se habían concentrado para evitar el espectáculo. Él apenas logró defenderse. Nadie hizo nada por detener aquello.

Después de unas soporíferas navidades en familia, casi recuperado de los golpes, decidió marcharse de casa en cuanto fuera posible. Rodeado de sus abuelos, padres, tíos y primos, entendió que ese no era su lugar. Siempre entendió que el hogar donde nacíamos era puro azar y, como tal, existía una gran probabilidad de que fuera un infierno.

Comenzado el año, tomó la vida por delante y comenzó a ejercitarse.

Pronto llegaría el servicio militar y era consciente de que los tipejos que le habían zurrado eran una broma en comparación con lo que encontraría allí. Mientras tanto, en casa las cosas seguían peor,

por lo que ninguno de sus padres le pidió explicaciones cuando empezaron a notar que el cuerpo de su hijo tomaba volumen.

Tras esfuerzo y concentración, logró salvar el curso que le iba a hacer repetir. A la salida del último examen, una chica de pelo castaño y ojos verdes, con pecas bajo los párpados, esperaba sentada en la puerta del aula donde se habían examinado. La conocía, se llamaba Pilar y era una de esas jovencitas de buena familia que se sentía atraída por los chicos rebeldes. Tan pronto como la vio, pasó de largo por delante de ella sin establecer contacto y con una gran indiferencia. Notó cómo el aire se removía y la chica se acercaba a él.

—¡Vicente! —dijo con voz insegura. Él se detuvo y la miró—. Hola... ¿Qué tal ha ido el examen?

La cerilla prendió. Acercarse a ella era buscarse otro problema con esa panda de imbéciles, precisamente, porque Pilar había sido la novia de uno de los tres mozos que se habían ensañado con él.

Todos lo sabían, incluso él, que vivía ajeno a todo aquello.

Se quedó pensativo un momento, antes de responder. Aún le dolían algunas magulladuras. Le importaba un bledo esa chica y eso le hacía más atractivo a los ojos de ella.

El joven Rojo no conocía el amor más allá de lo que había leído o visto en la televisión. Había tenido relaciones ya antes, sabía de qué iba todo aquel juego, pero nadie le había partido el corazón hasta la fecha.

Consciente del daño que podía hacerle a ese cretino, la miró a los ojos y encontró, por primera vez, el brillo del deseo, el resplandor de alguien que tiembla por dentro al hablar.

Las heridas superficiales siempre cicatrizan antes que las del corazón.

Rojo llegó al final del pasillo y escuchó la respiración de Rafael Escudero. Era tranquila, paciente y profunda, como si llevara horas esperando la visita del inspector. Cada acto tenía su consecuencia.

El policía se asomó a los barrotes de la celda hasta ver el rostro de aquel hombre bajo la sombra. La celda era pequeña, una cama de cemento y una letrina en el rincón. En lo alto de la pared, un pequeño agujero rectangular dejaba entrar el aire, espacio suficiente para mantener el contacto con el exterior.

El rostro de Escudero estaba relajado. Parecía un hombre normal, inocente, fuera de lugar. La celda se transformaba en un escenario surrealista. Por su apariencia, no era el tipo de persona que terminaba la noche en un sitio así. No obstante, era tan solo una percepción visual. Cualquiera de los que trabajaba allí sabía que nadie se quedaba libre de pasar una velada entre barrotes. Los detenidos cada noche eran de lo más variopinto: de todos los estratos sociales, de todos los colores y forma; mejor y peor vestidos, cultos y analfabetos, sofisticados y con más o menos educación. Todos juntos en una celda común a la espera de que un abogado o un familiar los sacara de allí.

Los calabozos, más allá de deshumanizar y librar a cualquiera de sus comodidades más mundanas, devolvía al ser humano a su estado más íntegro, lejos de privilegios sociales, donde los puños y el instinto más animal eran quienes ponían las normas.

Escudero contaba con ciertas ventajas, lo había hecho desde el principio. A diferencia de un cualquiera, él no pasaría la noche en una celda conjunta, sino que tendría la suya propia. Detalles que el comisario jefe Del Cano se había encargado de señalar para que su invitado no tuviera ninguna queja. Probablemente, alguien le suministrara los cigarrillos cuando el preso quisiera fumar y, por supuesto, también tuviera elección a la hora de decidir el menú de la cena.

Vestido con la misma camisa con la que había sido detenido, Escudero esperaba sentado en el extremo del banco de piedra, bajo el recuadro de luz que había en la esquina del habitáculo.

La pasividad del sujeto y la carencia de miedo ante la autoridad ponían nervioso al inspector. Debía comportarse, preguntar lo justo y

hablar lo mínimo, pero deseaba con todas sus fuerzas hacerle pagar por lo que había hecho.

—¿Te aburres? —preguntó el oficial mirándolo fijamente—. Tienes suerte de que entre la luz.

Escudero sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y se lo puso en la boca.

—No es un hotel. Es un poco claustrofóbico, pero se acostumbra uno después de un rato... —dijo e hizo un gesto tocándose los bolsillos, como si buscara un mechero en sus pantalones—. Por casualidad... ¿No tendrá fuego, inspector Rojo?

Las facciones del policía se tensaron.

Escudero había hecho sus deberes desde allí abajo, pero no le intimidaba.

—Ve acostumbrándote a la falta de espacio... y de aire. Adonde te van llevar, no te darán tantos privilegios.

—Eso, ¿lo dice usted?

—Ya me encargaré de que te saquen de la provincia.

Escudero levantó la vista, guardó el cigarro y se rio.

—¿Por qué, Rojo? —preguntó con voz mansa—. Yo no he hecho nada. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Pronto te refrescarán la memoria. Tu vida no vale nada allí dentro.

Escudero se puso en pie, se sacudió los vaqueros y caminó ladeando la cabeza hasta los barrotes.

Seguía tranquilo, inalterado.

—Mire... Entiendo lo que hace, ¿sabe? No soy tan tonto... —explicó acariciando las barras de metal. Rojo se encontraba a un metro de él y podía sentir su aliento. Escudero se expresaba con la misma desfachatez de un comediante—, pero está cometiendo un error. Lo que sucedió la otra noche, fue un accidente, pero ese hombre se lo mereció por haber socorrido a esa puta. ¿Me entiende? Causa y efecto.

—Y lo de mi coche, ¿también ha sido un accidente?

Escudero esbozó una mueca.

—No, inspector —respondió con soberbia—. Eso ha sido un aviso para que deje de meterse donde no le han llamado. ¿Me entiende, verdad? Causa y efecto.

El corazón de Rojo latía con fuerza. Un fuerte cosquilleo le recorrió el cuello.

—¿Crees que me das miedo, pedazo de mierda?

Escudero alzó los hombros y se acercó unos centímetros más hasta colocarse frente a los ojos del oficial.

—Ya se lo he dicho... un aviso. Además, ese coche tenía ya unos años... Insista y no será el vehículo lo próximo que pierda. Elsa y el pequeño Felipe no se lo perdonarán jamás.

Rojo era un hombre fácil de alterar, pero tenía una fuerte disciplina de autocontrol. Empero, aquel descuidado había pronunciado las palabras equivocadas.

El oficial estaba fuera de sí.

—Causa y efecto... ¿Es así?

—Veo que lo ha entendido, Rojo.

Antes de que terminara de pronunciar la última vocal, Rojo se abalanzó sobre el tipo y metió el brazo entre los barrotes. Agarró a Escudero por la nuca y la estampó contra la puerta de hierro.

El primer golpe sonó a metal y el detenido lanzó un grito de auxilio y dolor que llamó la atención del guardia.

A pesar de la resistencia, Rojo mantuvo la fuerza para arrastrarle la cara de nuevo contra el hierro. El bullicio de la celda común se levantó al escuchar los ruidos. El segundo impacto rompió algo en su rostro. Escudero lloraba como un bebé. Finalmente, con la mano ensangrentada, lo intentó de nuevo, pero el agente que vigilaba lo sujetó por los brazos para sacarlo de allí.

Escudero cayó al suelo con el rostro agrietado y cubierto con las manos.

Rojo forcejeó con el policía para que le soltara.

—Estás acabado, Rojo —contestó Escudero soportando el dolor—. No sabes lo que acabas de hacer...

—Causa y efecto, hijo de perra.

Capítulo 10

Un montón de chatarra calcinada. Inservible, ni siquiera para el desguace.

Así era como había definido el perito de la aseguradora al querido Citroën BX del oficial. La causa, un acto intencionado. Alguien se había molestado en rociar el vehículo de gasolina y prenderle fuego, pero nadie había visto nada. Dada su situación económica del inspector, el coche no poseía una póliza a todo riesgo, por lo que la agencia aseguradora no se hacía responsable de los daños en casos como ese.

Rojo estaba molesto, se sentía impotente, pero aliviado después de la sacudida que le había dado a ese cretino. Sin coche y sin respaldo de Del Cano, su investigación terminaba allí, en la puerta del edificio de aquella aseguradora alemana.

Perder el coche era lo de menos. Tarde o temprano, se compraría otro, o quizá era el momento de invertirlo todo en una moto. Toda la vida había soñado con una Harley, pero las patadas sin previo aviso nunca era de buen recibo.

Por suerte y, quizá, por el patético estado de su superior, Miraflores tuvo la amabilidad de ofrecerle las llaves de su coche privado. Un Citroën AX, blanco, cuidado, pequeño y rígido. En un principio, el inspector se negó, pero debido a la insistencia del cadete y de su tío, con el fin de que cerraran el pico, terminó por tomar el vehículo como un servicio prestado.

«Todo un gesto, aunque nunca se debe dar esperando algo a cambio», pensó.

El mayor error humano de la sociedad. El inspector nunca esperaba nada de nadie, ni siquiera de sí mismo.

Se tomó el resto de la tarde libre, por asuntos propios. Necesitaba reflexionar, tomar un poco de aire fresco. De todos modos, en la comisaría nadie le echaría de menos. Pensó que su compañero seguiría borracho, tirado en la alfombra de su casa, balbuceando frases sin sentido o llorando por su hija.

Imaginó la escena y se dijo que siempre existía alguien más jodido que él en este mundo.

Condujo hasta su calle y aparcó frente al bar Dower's. Nadie miró, ni siquiera Félix, el propietario. En aquella caja de galletas con ruedas no era más que un desconocido y sentía que le faltaba algo. Su vida caía por una cuesta que tomaba más y más velocidad.

Lejos de lo optimista que pudiera ser, la situación personal se agravaba todavía más. No tenía dinero para comprar otro vehículo, ni siquiera de segunda mano. Elsa había quemado los últimos ahorros, empujándoles a vivir con el mísero salario que cobraba por jugarse la vida.

Sentado en el interior del coche, buscó las palabras para contárselo, para decirle en lo que estaba metido. Luego recapacitó.

Hacía tiempo que ambos habían dejado de preocuparse por el otro, dando vida a una enfermedad que consumía lentamente la relación y mermaba las ganas por hacerla sobrevivir. Por mucho que lo deseara, ya no lograba engañarse.

Cuando entró en la casa, sintió una brisa que procedía del salón. Elsa había dejado las ventanas abiertas por alguna razón que el oficial desconocía. Notó algo extraño en el interior del apartamento. No había nadie allí.

—¿Elsa? —preguntó en voz alta, pero no obtuvo respuesta.

Palpó el arma que portaba en el cinto y miró por el pasillo sin encender las luces. Despacio, se acercó hasta el baño, tras asegurarse de que el resto de la vivienda estaba vacío, y entró en la habitación de Felipe sin dar con nadie. Por último, llegó al dormitorio

que compartían. Todo estaba en orden, como si ella nunca hubiese estado allí. Comprobó la hora y eran las siete de la tarde.

—Qué diablos...

Regresó al salón y buscó entre las revistas.

No había rastro de los panfletos ni tampoco de las cintas de vídeo que Elsa guardaba. Todo el material relacionado con esa maldita secta había desaparecido.

Los nervios comenzaron a apoderarse de él. Debía mantener los pies en el suelo antes de enloquecer.

Buscó entre los armarios y la ropa de ella seguía allí, por lo que no llegaba a entender qué ocurría. Finalmente, tras buscar torpemente por toda el apartamento, tropezó en la galería con una bolsa de deporte. Tiró de la cremallera y encontró ropa blanca, veinte mil pesetas en billetes, una túnica de color rojo y todo el material que Elsa había apartado de la vista de su pareja.

«Se va a llevar al crío», eso fue lo primero que se le cruzó en la mente.

El pulso se le aceleró. La oscuridad se apoderó de él y de sus pensamientos. Solo la idea de no volver a ver a su hijo, le hacía perder el control.

De algún modo, entendió a Gutiérrez por un instante.

Con las manos entre las pertenencias de Elsa, escuchó el cerrojo de la puerta. Un fuerte calor, fruto de los nervios y la tensión, se apoderó de su cuerpo. Dejó las prendas a un lado y se puso en pie con el rostro empapado de sudor.

Después los vio a los dos. Elsa y Felipe entraron sonrientes. El pequeño se movía alegre en el asiento del carrito. Una nube negra se apoderó de la distancia que existía entre ellos y el policía. Elsa se horrorizó al ver a Rojo hurgando entre sus cosas. El rostro de la decepción y del asco. Encogió las cejas y soltó los dedos del niño.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó adelantándose y entrando en la cocina—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Él se puso en pie, bravo y rabioso.

—Te lo vas a llevar, es eso, ¿verdad? Pensabas llevarte al niño y largarte. Pues no lo vas a conseguir...

El pequeño miraba la escena desde la puerta, sentado en el coche. Imágenes como aquella se quedarían grabadas en su retina para el futuro.

—Estás loco, tío. No aguanto más —dijo Elsa temblorosa—. ¡Esa bolsa era para tirar! ¡Iba a darnos una oportunidad!

Pero Rojo no entró en razón. No la creía.

—¿Estás de broma? A estas alturas...

—¡Te odio, Vicente! —gritó impotente con la mirada enrojecida y dio media vuelta—. Esto no va a ningún lado, no puedo seguir así. Ellos tienen razón.

—Ellos, ¿verdad? Ellos son los que te ayudan.

—Vete al cuerno, tío —contestó sin mirarle y buscó en el mueble de la puerta—. Necesito el coche. Tengo que ver a alguien. No puedo pasar otra noche bajo estas cuatro paredes sin volverme loca.

—Olvídate del coche. Está en la chatarra.

—¿Qué?

—Lo que oyes...

—Jodido desastre. No quiero verte más, de verdad.

Una fuerte presión le inundó el pecho. Ahora era él quien necesitaba salir de allí, pegar un trago, alejarse de ella.

Quedarse, no solucionaría nada.

La mujer que tenía delante se movía como una serpiente desquiciada. De no haber estado el pequeño delante, la habría echado de su casa sin remordimientos, pero no podía hacerlo. Felipe no merecía ver aquello y Rojo sabía que la mente de su hijo a esa edad era tan blanda como un hierro incandescente. Momentos desagradables que podían marcar el futuro de su relación, el del propio Felipe como adulto y su contacto con el mundo real.

Escondido tras la puerta como un mero espectador más, el niño, aterrado por el drama de sus padres, absorbía los recuerdos sin expresar emoción.

—Me largo, estás loca... —dijo y pasó por delante de ella apartándola con el cuerpo.

Elsa, desesperada, le agarró del antebrazo y tiró hacia ella para evitar que se marchara.

En el fondo, odiaba quedarse sola.

—¿A dónde vas a ir? No tienes a nadie, solo a tu familia, imbécil.

—Déjame en paz, ¿quieres?

—¡Vicente! Si sales por esa puerta, no te atrevas a volver. ¡Te lo advierto!

—Guarda tus amenazas...

Rojo se despegó con prisa y abrió la puerta de la calle.

—¿Papá? —preguntó el niño entre la luz y la sombra del pasillo.

Rojo abrió la puerta del ascensor y, evitando a su madre, clavó su mirada en el pequeño.

—Volveré a por ti. No lo dudes, chaval.

No durmió muy lejos de allí.

Salió de casa decidido a olvidar otra noche más.

El bar de Félix seguía abierto. La clientela del Dower's llenaba las mesas atenta por el partido del Real Madrid en la competición europea. Se dirigió hacia la barra y se apoyó en el taburete que había en la esquina. Tan pronto como Félix advirtió su presencia, terminó de atender a un señor mayor, le pidió a la camarera que se encargara del resto de las mesas.

—Hombre, Rojo, qué te ha pasado...

La cara del policía hablaba por sí sola.

—Un whisky con cola, anda.

—¿Estás seguro? —preguntó y este asintió. Puso un vaso de tubo sobre la vitrina, echó tres hielos y roció los cubitos con alcohol. Después destapó un botellín de Coca-Cola y lo vertió en la bebida—. Ahí va. A este, invito yo, pero solo a este.

—Eres todo un caballero, Félix.

—Por cierto, ¿dónde está tu coche? ¿Te has hartado de aparcarlo en la calle? Tarde o temprano pasaría. Tan rápido como te robaran la radio...

—Está en la chatarra. Le han prendido fuego esta mañana.

—¿Cómo dices?

El camarero no entendía las palabras del oficial.

—Como oyes. Algún cabrón lo ha rociado de gasolina y le ha prendido fuego a plena luz del día. Supongo que sabrían que era de un madero...

—¿No deberías guardar las formas?

—¿Qué? Me importa un bledo, Félix.

—Como veas... Menudas ratas miserables... —agregó conmovido. Para algunos hombres, los coches lo eran todo—. ¿Alguna idea de quién ha podido ser?

—Alguna. No tiene importancia.

—¿Y ahora qué?

—Ahora busco la manera de que Elsa no desaparezca con mi hijo. Sé que se intenta marchar con él y no pienso permitirlo.

Félix guardó sus palabras, a punto de dar un golpe en la mesa. A pesar de que su relación nunca había salido de aquellas cuatro paredes, el hostelero apreciaba demasiado al inspector como para verlo caer tan vilmente. Pero desconocía cómo ayudarlo. Estaba casado, tenía hijas y que dos personas se enfrentaran para llevarse lo que ambos habían creado, solo traía dolor.

Por su parte, Rojo sabía que, cuando se llegaba a lo más profundo, no había nada que perder. Solo podía subir.

Félix volvió a sus tareas en un día agitado como aquel y dejó al policía buceando en sus cavilaciones. Rojo se dio cuenta de que su única obsesión en ese momento era vengarse de aquel cretino de Escudero, por lo que le había hecho y por el hombre que ahora descansaba para siempre, así que el asunto de Elsa podía esperar. Tan solo debía pararle los pies y tener un ojo en el chico. Eso era todo.

A medida que bebía, empezó a comprender que había perdido el control como persona y no le sorprendió que estuviera tocando fondo, aunque jamás pensó que el fondo fuera tan profundo. No había conseguido gestionar el dinero que entraba, ni el amor que tenía en casa y, por supuesto, estaba arruinando su salud. Tenía motivos para estar decepcionado consigo mismo. Eso le produjo una gran tristeza y mucha vergüenza. No se reconocía. La noticia correría como un rayo, si es que no lo había hecho ya. En el mejor de los casos le abrirían un expediente. En el peor, podía ir buscándose otro empleo.

Entre trago y trago, volvía a recordar las palabras de ese desgraciado.

Sabía que lo había hecho para intimidarle. Al fin y al cabo, Cartagena no era una ciudad muy grande y todos terminaban conociéndose.

Después de los escándalos, preguntar por la mujer de un policía no llevaba demasiado tiempo, más aún si ella era conocida por sus dramas callejeros. No obstante, abriendo luz entre tanta penumbra, lo que no estaba dispuesto a permitir, aunque fuera verbalmente, era que tocaran al pequeño. Todo lo que tenía, la única razón que le mantenía con vida para seguir trabajando como inspector. El único que confiaba en él. Lo que le pasara a Elsa era secundario, aunque también le importaba. Por muy poco que les uniera, seguía siendo la madre de su hijo.

Conectando puntos, se acordó de él, de su compañero Gutiérrez. Le hizo gracia que buceando en el fango aún tuviera misericordia por aquel borracho.

Después pensó en el novato. Aunque admiraba a Miraflores y su predisposición por ayudar, le quedaba bien lejos aquel asunto. Le faltaban agallas. Gutiérrez era su punto de apoyo y sin él, no sería capaz de lograrlo. Tenía que reanimar al gordo, traerlo de vuelta. Era el único en quien podía apoyarse, la única bestia humana capaz de llenarle el pecho de pólvora a un batallón ruso.

—Vas cuesta abajo, Rojo. No quiero ser yo quien te lo diga.

—No me jodas, ¿en serio, Félix?

—Sabes que puedes contar conmigo, si necesitas algo.

—Ahora que lo dices... Déjame hacer una llamada.

Félix levantó las manos y señaló al teléfono del bar. El oficial asintió y este le acercó el aparato.

Marcó los dígitos de Gutiérrez. Un tono, dos, tres.

Finalmente, alguien se decidió a descolgar.

—¿Quién llama? —Preguntó el inspector.

Tenía la voz grave, ronca, pero no parecía estar bebido. No tanto como en su última conversación.

—Soy yo, Rojo.

—¿Otra vez?

—Escucha, necesito tu ayuda.

—Lo siento, Rojo. No es el mejor momento. Tienes al *Soplatulipanes* ese contigo...

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, escucha. Estoy pasando por un mal momento. Los fantasmas del ayer, ya sabes... Creo que me voy a tomar unos días libres...

—¡Eres un mamonazo, Gutiérrez! —Exclamó pegado al aparato. Algunos clientes se giraron extrañados y el camarero trató de devolver la calma al partido de fútbol—. Ese desgraciado ha matado a un hombre y le ha prendido fuego a mi coche. Y ahora me dejas de lado. ¿Qué más quieres que te diga?

—Repite eso.

—No puedo resolver esto sin ti.

—Me has llamado mamonazo.

—¿Vas a ayudarme?

Esas fueron sus últimas palabras antes de que la llamada se cortara.

Rojo estampó el teléfono contra la caja y regresó abatido hasta el taburete. Después agarró el vaso, lo empujó y se bebió el whisky de un trago. Dejó caer el culo de cristal contra la barra de acero y pronunció las palabras que darían pie a una larga y turbia noche:

—Ponme otro, Félix.

Y otro. Y otro. Y otro más.

La fuerza de los tragos se fue perdiendo a medida Félix rellenaba el vaso de cristal. La cabeza empezó a darle vueltas.

Una sensación de agotamiento se apoderó de él y sintió una pena profunda que inundó su cuerpo. ¿Era eso la llamada depresión?, se preguntó en silencio mirando el tubo de cristal. Sonrió y una ligera carcajada ebria salió de él.

De vez en cuando, el hostelero y dueño del bar lo observaba desde la distancia, impotente por ser incapaz de hacer otra cosa que servirle las copas. Félix era un hombre noble con un bar que mantener para que los suyos tuvieran algo que echarse a la boca. Jamás había tenido demasiadas ambiciones. De hecho, el bar había sido su salvación a los años que había pasado trabajando de mozo en una fábrica. Pronto se dio cuenta de que aquella no era la vida que buscaba, a pesar de no tener muy claro qué era la vida a los veintitrés. Años difíciles en una época muy distinta a la que se vivía, un tiempo en el que la familia no otorgaba pausas ni momentos de reflexión. Si no estudiabas ni trabajabas, te buscaban algo que hacer. Un año más tarde de quedarse en la calle, se casó y su mujer se quedó embarazada de la primera hija. Un bar siempre era un buen negocio. Tenía dinero ahorrado y sus padres contribuyeron con el resto. Salir adelante era lo que primaba. Después, haría otra carrera. España era una sociedad tabernera y, por ende, necesitaba de aquellos lugares para apaciguarse, soltar la bilis, confesarse ante un camarero laico, sentirse parte de algo, a pesar de ser completos desconocidos.

Los años pasaron, vino una segunda hija y aquel bar que ocupaba la esquina de la calle Carlos III se convirtió en su segundo hogar. Félix se había ganado la simpatía de muchos y el respeto de unos pocos. La localización, situado a escasos metros del Club Santiago, un club privado de militares, le dio cierto reconocimiento entre los sargentos y capitanes que paraban por el bar antes de dar un chapuzón en la piscina durante los días de verano. Félix comenzó

a sentirse parte de algo, de la historia de aquel barrio, de la historia de aquel bar. Ya era demasiado tarde para dejarlo y acabó convencido de que su misión era la de servir y alimentar a los diferentes estratos sociales que frecuentaban su casa.

Pero lo del policía era otro asunto.

A pesar de conocer las fronteras que separaban al cliente del amigo, desde su llegada, Rojo se había abierto a él, a pesar de ser un extraño. La soledad del oficial no tardó en manifestarse por sus movimientos, su forma de hablar, aquel tono tan sarcástico en sus palabras. Para Félix, Rojo era el amigo que jamás había tenido, el pariente lejano por el que se guardaba aprecio, a pesar de no llegar a conocerlo demasiado.

Por mucho que el inspector se empeñara, tanto el empresario como el resto de vecinos estaban al tanto de lo que pasaba en su vida. Era ingenuo pensar lo contrario. Las baldosas siempre hablaban. Pero, ante todo, debía respetar la decisión del hombre que había al otro lado de la barra, permitiendo así que librara la lucha interna que manejaba en esos momentos.

Para Félix, existían momentos en los que un hombre debía caer en silencio en su propia oscuridad para experimentarla por su cuenta. A veces era el propio matrimonio, otras la vida en sí. Cuando se la abría la puerta al Diablo, la única forma de deshacerse de él no era huyendo, sino echándolo a patadas. Una vez aprendida la lección, difícilmente se podía temer de nuevo algo de sobra conocido.

Capítulo 11

No podía ver el rostro de ese extraño. La sombra le ocultaba la cara. El arma de aquel tipo apuntaba a los policías.

—Ni un paso más.

Gutiérrez, con las manos en alto, se acercó desobediente para sacar su arma. Se escuchó un fuerte disparo. El casquillo cayó al suelo y la bala atravesó el pecho del policía.

Su rostro angustiado, no por el dolor sino por el inesperado final, se encogió con fuerza. Después puso las manos sobre la herida para tapar la sangre que bajaba por su camisa.

—¡No! —gritó Rojo y se abalanzó a socorrerle.

—Por fin podré estar con mi hija.

Despertó sobresaltado. El cuello de la camiseta estaba empapado de sudor ocupándole media circunferencia que llegaba hasta el plexo solar.

Cuando abrió los ojos, todavía era de noche y frente a él continuaban las farolas de la calle encendidas. Sintió un fuerte reflujo estomacal y sabor del whisky con Coca-cola se manifestó en su boca.

Le dolía parpadear pero, sobre todo, articular un pensamiento. Dedujo que allí dentro, tras la corteza, algo se estaría friendo a altas temperaturas.

Levantó el mentón y observó la tranquilidad de la calle. Era casi sórdida. Una niebla blanca se apoderaba de la mitad impidiéndole

ver más. En lo alto de uno de los edificios de ladrillo, las luces estaban apagadas. Elsa y su hijo dormían, pensó, o quizá ya no estuvieran allí. Estaba demasiado cansado como para reaccionar.

Sentado en el interior del coche de Miraflores, buscó una botella de agua con la que enjuagarse la boca. La sequedad le producía angustia y se arrepintió de lo que había hecho, aunque ya fuese tarde. Poco a poco, la pesadilla que había tenido se convirtió en un recuerdo vago y las imágenes de sí mismo, a lo lejos como un observador, se repetían. Para Rojo era curioso observar cómo se recordaba siempre desde los ojos de otra persona, a pesar de haber estado en su propio cuerpo. Pero no era momento para cavilaciones freudianas y debía marcharse de allí antes de que el vecindario despertara. Lo último que buscaba era otra estampa tan patética como esa.

Aún somnoliento, escuchó cómo alguien golpeaba el cristal del copiloto. Era el sonido de unos nudillos.

Miró a su lado y encontró unas piernas largas y bonitas cubiertas por unas medias negras y una falda de cuero del mismo color.

—Oh, no... —murmuró, pensando que se trataría de una de las chicas que trabajaban de noche en la calle.

—¿Hola? —Preguntó la desconocida.

—No, gracias —dijo sin moverse del asiento.

La desconocida volvió a insistir.

Desconcertado, se arrastró al otro asiento para bajar la ventanilla cuando miró hacia arriba. Tras la falda, vio una chaqueta, el rostro angelical de una joven y una melena negra.

—¿Tú?

—Buenos días, oficial... o buenas noches, según para quién.

—¿Cómo me has encontrado?

Rosa, la camarera de aquel burdel y amante del hombre que había muerto asesinado por Escudero, tenía las manos en el interior de la chaqueta, formando dos triángulos con los brazos.

A la pregunta del policía respondió levantando los hombros y moviendo los codos hacia delante.

—Algunas trabajamos, ¿sabe? —dijo con picardía. Él no sabía si era la resaca o el todavía presente estado de embriaguez, pero tenía la sensación de que la camarera estaba más predispuesta a hablar que en su última visita—. ¿Está en una guardia?

—Mas o menos. ¿A dónde ibas?

—A casa —dijo y señaló un bloque de edificios al final de la calle, frente a la lonja del mercado—. Vivo ahí.

—Qué casualidad.

—¿Por qué?

El oficial estuvo a punto de revelarle la verdad, pero no lo hizo.

—Por nada.

—Adiós, oficial.

Sin derecho a réplica, Rosa inició su paso contoneando las piernas en dirección a su domicilio. El policía tardó en reaccionar. Tenía unas piernas largas y seductoras. Eso le hizo reflexionar sobre la última vez que se había fijado en una mujer de ese modo. No lo recordaba. Pero sus atributos no eran lo único que le interesaba, al menos, en ese momento.

Introdujo la llave en el contacto y arrancó el motor. Puso primera y se acercó a ella.

La muchacha se dio cuenta de sus intenciones y sonrió.

—¿Me está siguiendo?

—Es parte de la investigación —dijo él—. ¿Te importaría subir al coche? Quiero preguntarte algo.

Cruzada de brazos, se detuvo ante el vehículo y miró de reojo en silencio. No estaba asustada, sino confundida. Tal vez porque Rojo no era el típico policía que buscaba aprovecharse de una chica. Eso, y que los primeros rayos del sol comenzaban a salir.

—No, no voy a subir —respondió convencida.

Rojo no esperaba tal reacción.

—Rosa, tienes que declarar.

—No es momento, inspector.

La chica retomó el paso. Rojo estaba llegando al final de la calle.

—Te prometo que no te pasará nada. Me encargaré de eso.

Ella se rio incrédula.

—¿De verdad, inspector? ¿Cree que me voy a tragar algo así? Venga, por favor... No necesito un superhéroe.

—Te lo estoy diciendo en serio. Necesito que denuncies. Es la única manera de limpiar toda esta basura y vengar la muerte de ese hombre.

Ella se detuvo otra vez. Rojo había dicho algo inoportuno.

—No, inspector. No busco venganza. Eso es lo que hacen ellos...

Detenido en el cruce, lo intentó por última vez.

—Escucha, ambos tenemos puntos en común. Esta vez ha sido él, mañana puede ser cualquiera... Si alguna vez has pensado en cómo ayudar a la sociedad, es tu momento. De lo contrario, serás una cómplice toda tu vida. ¿Quieres cargar con esa mochila?

Ella miró dubitativa a los ojos del policía.

El sol golpeaba el salpicadero. Rojo se puso las gafas de aviador y miró en ambos sentidos.

—Tengo miedo —dijo cabizbaja.

El inspector pisó el embrague y puso la primera marcha.

—No te demores demasiado.

Pisó el acelerador y se perdió por el paseo Alfonso XIII.

El aire que entraba por la ventana le alivió el malestar que corría por su cuerpo. La transición de un estado a otro, cuando el cerebro deshidratado empezaba a tomar de nuevo el control del resto de órganos. Lejos de lamentos, se había buscado aquel viaje a los infiernos por méritos propios. Echó de nuevo otra cabezada en un callejón. Por fortuna, Rojo metabolizaba el alcohol demasiado bien.

Despertado por el sol mañanero, regresó a su oficina, no sin antes hacer una última parada en una gasolinera que había de camino al trabajo.

Se lavó la cara en los aseos y descubrió el rostro de un hombre acabado y arrastrado por el infortunio sin haberle plantado cara. La misma expresión que tenía Gutiérrez en sus peores momentos.

Salió de allí espantado por el fuerte olor a orín y a cigarrillos y entró en la tienda. Un café bien fuerte y un emparedado de jamón de gasolinera fueron más que suficientes para que el estómago hiciera el trabajo de devolverle a la normalidad. Se avecinaba un día largo, más largo incluso que el anterior. Trazó un esquema de la jornada. Tenía la corazonada de que volvería a ver a esa chica, aunque rezó para que no fuera demasiado tarde. Había visto algo en el brillo de sus ojos que le inspiraba esperanza. No quiso pensarlo demasiado.

El inspector prefería no esperar nada de nadie a tener que llevarse una desilusión. Delegar la responsabilidad en otras personas solo le hacía dependiente y débil.

Declarara o no, necesitaba un plan de acción. El corazón bombeaba con fuerza haciendo amagos de taquicardia. No era para menos después de lo que se había tomado la noche anterior. Sentado en el interior del minúsculo coche francés, agarró un cuaderno de notas que había en la guantera y apuntó varias ideas con un bolígrafo. Eran pensamientos abstractos, sin demasiado sentido, pero su modo de operar era así: comenzaba con nombres y buscaba la forma de conectarlos. Por supuesto, no había mucho que hacer.

La tarea de meter al hijo de Escudero en la cárcel no sería fácil sin un ejército de policías a su espalda o la ayuda del comisario jefe Del Cano, el cual no estaba dispuesto a colaborar.

Dada la situación, no le cupo duda de que Escudero lo tendría todo bien amarrado, tanto sus cuentas como a las fuerzas del Estado.

«Estás perdiendo el tiempo», se dijo.

Era más fácil meterle dos balas y deshacerse del cuerpo, tal y como habían hecho años atrás con ese mamarracho sindicalista. Después de eso, tendría que fugarse para siempre. Una vez hubo terminado el sándwich, se rindió aceptando que le quedaba demasiado grande todo aquel asunto. Si la chica no declaraba por las buenas, lo haría por las malas, reflexión que le llevó a otro

pensamiento. ¿En qué se estaba convirtiendo?, se preguntó confundido. El inspector era un hombre reservado desde la infancia. A diferencia de otros chicos de su edad, él había cosechado la misma relación que sus padres habían tenido con sus abuelos: respeto, distancia y un amor basado en los valores, más que en los gestos. Llegó a la adolescencia sin demasiada experiencia y las chicas con las que entabló algo más que una amistad, no supieron cruzar las fronteras de su corazón. Rojo se hacía a sí mismo. Un joven que, tras el servicio militar, se convirtió en un hombre demasiado rápido. Sin darse cuenta, había abandonado al niño anterior que nunca volvió a llorar. Con la llegada de Felipe esperaba que la relación con sus padres cambiara.

Tarde o temprano, las sucias aguas de las cloacas terminaban inundando la calle.

En cierto modo, buscaba la forma de canalizar toda esa sed de venganza que llevaba tiempo brotando en él. Una rabia acumulada por la situación sentimental que esperaba en casa. Lo peor de todo era que no tenía a quién contárselo, ni siquiera a Félix. Y no porque no quisiera, sino porque ni siquiera se lo planteaba. Las prácticas en el campo de tiro tampoco eran suficientes para quitarse el peso psicológico que lo había llevado a dormir en el coche.

No sabía qué estaba haciendo mal para ser incapaz de actuar como un hombre o, al menos, como un padre decente. Preguntas al aire que no encontraban respuesta. La vida no era un manual de instrucciones como siempre le habían dicho. Los problemas personales no se podían resolver como una ecuación, al menos, no los suyos. Pero el miedo seguía ahí. El temor a fallarle a lo único que le importaba, el pánico a fracasar como figura que su padre había representado para él y que ahora debía asimilar. Eso era lo que más le aterraba: no poder encajar en un rol que siempre había observado en la distancia pero del que nadie le había hablado.

«No todo está perdido», se dijo.

Abandonó la gasolinera con destino a la comisaría. Dejó el coche de Miraflores en la plaza de oficiales donde solía aparcar su extinto

BX y cruzó la entrada evitando las miradas y los comentarios de sus compañeros.

Dispuesto a lanzarle las llaves sobre el escritorio, irrumpió en el despacho con fuerza, cuando se llevó una sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó al ver a Gutiérrez sentado al escritorio.

Tenía buen aspecto, no presentaba ojeras, llevaba la ropa planchada y no olía como el cenicero de un bingo. Ahora era él quien presentaba su peor facha delante de los demás.

—Una mala noche, ¿eh, Rojo? —Dijo balanceándose hacia atrás—. Lo supuse por la llamada. Por cierto, ya me he enterado del numerito de ayer... Menudas pelotas tienes.

—¿Ha preguntado alguien por mí?

—No, que yo sepa —dijo Miraflores.

—Tranquilo, que no te libras de esta...

Miraflores observaba la escena, cauto, silencioso, aprendiendo de esos dos.

El oficial cerró la puerta y lanzó las llaves del vehículo por el aire. Rápido, el cadete las agarró al vuelo.

—Lo tienes en mi plaza. Puedes quedártela.

—¿Así que iba en serio? —Preguntó Gutiérrez.

El teléfono del escritorio sonó.

Rojo se dirigió al novato, que estaba paralizado.

—¿Qué haces? ¡Cógelo!

—Sí, claro —dijo nervioso y descolgó—. ¿Sí? Por supuesto, un momento... Es para usted, inspector.

—Diles lo que sea, pero hoy no estoy para ver a nadie.

—Es esa mujer. Rosa Laredo.

A la espera de una respuesta, Miraflores mantuvo el aparato al oído. Gutiérrez se levantó para acercarse al inspector y le dio una palmada en el hombro.

—Muy bien, Rojo. Has tenido que gustarle... —comentó con una sonrisa malvada—. Ahora, dile que ponga la denuncia y vayamos a por ese criminal.

Capítulo 12

Los ojos de Gutiérrez estaban exentos de intención y eso era algo de lo que sospechar. Preparado como un gladiador a la espera de ser llamado para la lucha, dio una palmada en el hombro de su compañero y regresó al escritorio.

Rojo cerró la puerta y se detuvo en el oscuro pasillo que separaba el despacho de la entrada principal.

Se preguntó qué estaría tramando el grandullón. Sobrio, limpio y comedido. Algo no encajaba.

Para hablar de Gutiérrez, había que remontarse a los años anteriores.

El inspector representaba un modelo de policía que pronto se extinguiría, formado en los años del régimen franquista y ejerciendo en una democracia a la que no se llegaba a adaptar. Gutiérrez era un hueso duro de roer, un tipo con malas pulgas y un ácido sentido del humor que lo había metido en más de un problema. Era policía por una razón y no precisamente la de defender a su patria. Sin embargo, aunque nunca había reconocido en público el porqué estaba allí, tenía un fuerte grado de compromiso con la sociedad, a pesar de ser el primero que se saltaba las reglas establecidas por esta. Un ser peligroso y sin miedo dispuesto a enfrentarse a porrazos contra diez manifestantes, a sabiendas de que saldría perdiendo. Un cazador, un persecutor de lo que él consideraba el mal y un cabrón que no dudaba en sacar el arma cuando llevaba dos copas encima. Su reputación era clara: se había ganado el puesto

llevando a cabo acciones que actualmente estaban penadas con cárcel, saliendo siempre airoso y por la puerta de atrás.

Pero los tiempos cambiaban y su entorno también.

Rojo sabía que era el único amigo que tenía allí y que Cartagena podría ser el último destino para ambos.

Tras el episodio de la chica desaparecida y hacer desaparecer el cadáver de aquel hombre, los rumores le llevaron a investigar un poco más sobre su compañero, aprovechando que se había tomado un tiempo fuera de la oficina.

El día 13 de septiembre de 1974, joven y destinado en Madrid, disfrutaba de las calles de la capital cuando fue testigo del famoso atentado de la cafetería Rolando. La banda terrorista ETA explosionaba una bomba que se cobraría trece víctimas anónimas.

Un día que cambió su forma de entender el mundo para siempre. Hasta la fecha, Gutiérrez no había sido más que un policía del régimen sin tablas, risueño, poco bebedor, enamorado de la que sería su futura mujer un año más tarde, comprometido con el trabajo e ilusionado por ahorrar y cambiar el Seat 600 que entonces conducía.

Salir de Valencia había sido toda una oportunidad para él, convirtiéndose en un chico de provincias más que, de cuando en cuando, repartía con su porra a los que llevaban chaquetas de pana y jerséis de cuello alto. Si quería escalar, por algún lugar había que empezar, y aquello no le disgustaba.

Pero los escombros, la sangre y el llanto le hicieron replantearse cuál era su sitio en un país que estaba en proceso de cambio.

Desde aquella mañana, todo lo que hacía, dejó de tener sentido.

La imagen de los cadáveres aplastados por el mobiliario del local, el pánico en las calles y a uno de sus superiores, el inspector Ayuso, con la cabeza ensangrentada siendo llevado al hospital por los servicios de socorro, se incrustó en su memoria durante años, así como el olor a quemado, a carne frita y el hollín que impedía

respirar. Decenas de compañeros heridos, esposas desconsoladas y familias rotas por el deseo febril de una panda de desgraciados que solo buscaban sembrar el miedo en una sociedad inocente.

Después del atentado, la Policía se puso tras la pista de la escritora Eva Forest, una conocida catalana comprometida con los Derechos Humanos que se había vinculado con la banda terrorista y el atentado de Carrero Blanco. Tan pronto como se enteró de la operación que estaban tramando en las comisarías para desarticular la red de colaboradores que tenía la activista, el oficial Gutiérrez se presentó como voluntario para formar parte del operativo. Una jugada ingenua que le podría haber causado una amonestación pero que, después de todo, le salió bien.

Con un enemigo claro y un objetivo preciso, el oficial puso todo su empeño para servir al cuerpo y vengar a todos aquellos que se habían levantado esa mañana de septiembre sin saber que iban a morir.

No le faltó motivación.

Como un perro de caza hambriento, zurró e interrogó en zulos y naves industriales con tal intensidad que algunos de los simpatizantes con la izquierda abertzale terminaron defecándose encima o delatando a sus compañeros. Las malas compañías, los superiores que mandaban sobre él, fueron el éxtasis necesario para sacar su lado más oscuro, aficionarse a la bebida y darle la espalda a la compasión.

Días más tarde, Forest y los que formaban el seno de ETA en Madrid fueron detenidos.

La lucha solo acababa de empezar, pero Gutiérrez ya se había olvidado de sus planes de futuro y el automóvil que deseaba comprar.

La rabia como motor de su carrera lo llevó a lo más alto y también a caer como un monumento abandonado.

A finales de los ochenta, la banda seguía activa, la época más sangrienta estaba por llegar, pero muchos de los oficiales activos en

los primeros años de su carrera comenzaban a retirarse antes de ser juzgados.

Destinado en Valencia, Gutiérrez seguía haciendo de las suyas en los barrios más conflictivos de la capital valenciana. Se creía el mandamás de las calles. En la comisaría todos le respetaban por las hazañas que llenaban su expediente. Siempre hablaba de ellas entre oficiales, sacando a la luz la violencia en sus relatos y dejando presente que llevarle la contraria era un sinónimo de problemas. Le gustaba aquello. Se sentía respetado. Respaldado por el comisario, hacía las cosas a su manera, generando conflicto por donde pasaba, a la vez que sobrellevaba con la bebida el reciente divorcio de un matrimonio que apenas duró unos meses a causa de la bebida. Y eso lo arruinó todo.

El segundo miércoles de octubre de 1989 llegó su traslado a Cartagena.

La mañana anterior, sin preverlo, un cruce de caminos provocó una colisión en su carrera, mandándolo todo al infierno.

Estaba contento, sobrio. Había conocido a esa empleada del bar con ojos saltones llamada Laura. No le importaba que tuviera un hijo fruto de una relación rota, pues él también tenía una, y tampoco le molestaba que pasara la mayor parte del día al otro lado de la barra, ya que podía ir a verla cuando quisiera mientras ambos trabajaban. Después de años de servicio, Gutiérrez retomaba las riendas de sus días.

Todo el esfuerzo de años había merecido la pena y estaba dispuesto a rehacer su vida con esa Laura, una buena mujer que no pedía más que un hombre que la cuidara y fuera bueno con ella.

La suerte le sonreía.

Aquel día, al terminar la ronda como solía hacer cada tarde, compró flores y volvió a pasar por la puerta del bar de Benimaclet en el que Laura le preparaba ese carajillo suave de café y dos gotas de coñac que tanto disfrutaba. Llegaba algo más tarde de lo habitual, pero sabía que ella seguiría allí.

Para su desgracia, puede que lo mejor hubiese sido no haber llegado nunca. El infortunio de no avisar, de querer darle una sorpresa a deshoras, le pasó factura.

En la puerta del bar, Laura estaba ocupada con otro hombre que no era él. La camarera jugaba con el tirante de su delantal y escuchaba a su acompañante. Ambos fumaban. Ella estaba haciendo un descanso, algo que nunca había permitido con Gutiérrez. Siempre tenía alguna excusa y él, blando como una loncha de jamón, comprendía en silencio que aquello era lo correcto.

Lo último que buscaba era que aquel ángel se metiera en problemas.

Ciego, pronto se daría cuenta de que la naturaleza humana estaba llena de contrastes, en lugar de ser un cielo azul y limpio como él lo quería ver.

Detuvo el coche en la esquina y observó el comportamiento de los dos, que se miraban como tórtolos. No era su expareja, ni tampoco un familiar o un amigo de su entorno que él reconociera.

El desconocido vestía una chaqueta de cuero negra y vaqueros, tenía el cabello cuidado y se movía como uno de esos actores apuestos que aparecían en las películas que proyectaban en el cine. Ella reía con más naturalidad de lo que solía hacer con el policía. Parecía feliz.

Agarrado al volante, una bravura incesante nacía de sus entrañas mientras contemplaba la escena. Estaba tan enamorado de ella que era incapaz de culparla por lo que estaba haciendo, pero eso no la libraba de ser cómplice de su dolor.

Se sentía traicionado, humillado y abatido. Le había mentado, engañado, insultado.

El vuelco emocional no era fácil de digerir y él estaba convencido de que Laura era la elegida, la primera mujer que le amaba de verdad.

Comprendió lo equivocado que estaba y haciendo de tripas corazón, cogió fuerzas, salió del coche y caminó firme en dirección a la pareja.

Entre risas y un evidente coqueteo, cuando la mujer estaba dispuesta a regresar al su lugar de trabajo, advirtió la inminente llegada del agente. Como un toro bravo, embistió a ese hombre en plena calle, a la vista de todos y sin que nadie tuviera tiempo a reaccionar. Laura gritó aterrorizada tras el primer golpe. A pesar de la complexión del tipo, Gutiérrez no tuvo el menor problema para lanzarlo contra el suelo y sacudirle un puñetazo. Indefenso, el extraño intentó agarrar de la cara al oficial, pero este empuñó su arma por el cañón y le propinó un fuerte golpe de culata en el rostro. Después repitió con los nudillos y entró en una sucesión de porrazos cada vez más rápidos. La sangre salpicaba sobre la ropa formando una escena terrorífica.

—Laura, ¿por qué?, no lo entiendo... —repetía el oficial descargando con los brazos.

Como meros espectadores, la gente huía, miraba morbosa o pedía ayuda a terceros. Nadie se atrevía a pararlo, todos conocían su historial.

Entre sollozos y murmullos, Gutiérrez desfiguraba el rostro de un hombre moribundo que ya no tenía fuerzas para defenderse.

—¡Lo vas a matar! ¡Detente, estás loco! ¡Asesino! —gritó Laura pateando el costado del policía.

Tras sus palabras e imperturbable ante los puntapiés de la mujer, se puso en pie y se miró los nudillos enrojecidos e hinchados.

Laura lloraba con el maquillaje corrido y la expresión de una persona desesperada y hundida.

La miró a los ojos y entendió que ahora ella podía sentir lo mismo que él. Estaban en paz. A ambos les habían robado la felicidad que daba sentido a las mañanas, por muy breves que estas fueran, para volverlos miserables.

—¡Eres un enfermo, desgraciado, cabrón! ¡No quiero verte en mi vida! ¡Nunca más!

Estaba hecho un desastre, confundido, no entendía nada.

Tenía la ropa manchada, las manos doloridas, todas esas miradas de pavor y acusación a su alrededor y un fuerte nudo en el

estómago.

Cuando vio a la camarera temblorosa y desquiciada, entendió que nada de aquello había servido para nada. Le dolía verla así, triste, abandonada y se dio cuenta de que el daño existía de verdad.

—Lo siento —dijo, dio media vuelta y regresó al coche.

Para su fortuna, a Gutiérrez solo le abrieron un expediente a cambio de marcharse de allí.

Exilio o abandonar el cuerpo.

A esas alturas, el servicio era lo único que le quedaba para seguir con vida si no quería morir ahogado en la barra de algún bar o entre los barrotes de una celda.

Los días de gloria habían terminado para siempre.

Se había cambiado de ropa y él lo había notado. Iba vestida con la misma chaqueta de cuero, una falda de terciopelo rojo y una blusa de color blanco que transparentaba el escote. Los tirabuzones de color azabache, parecidos a los que llevaba Elsa cuando se conocieron, llamaron su atención. Fantasear con otra mujer no era lo más apropiado en ese momento para él, pero tampoco estaba haciendo nada malo. Eso le ayudó a cerciorarse de que sus sentimientos hacia la madre de su hijo estaban casi extintos. Sin embargo, la experiencia le había enseñado que antes de comenzar una historia, era necesario cerrar los capítulos ya abiertos.

Volvió a mirarla.

Se preguntó si lo habría hecho a propósito, pero se dijo que era demasiada casualidad.

La presencia de la mujer había despertado la actividad de los oficiales aburridos que caminaban por allí.

Sentada en una silla de plástico junto a la máquina de café, Rosa Laredo movía la rodilla con cierto nerviosismo.

—Buenos días, Rosa.

—Hola, inspector. Tiene mala cara. ¿No ha dormido bien?

Ella le regaló una mueca para expresar su malestar.

—Me alegro de verte de nuevo —dijo Rojo al acercarse. Sintió cierta rigidez en sus propias palabras. Esa chica era atractiva, pero no era razón para actuar como un adolescente. Le gustaba, eso era todo—. No pensé que serías tan rápida.

—Me ha dado un ultimátum.

—Es mi trabajo. Lamento haber sido tan directo.

—Usted no, inspector. Mi jefe —respondió ella—. Me he quedado sin trabajo.

—Por eso estás aquí, para denunciar a Rafael Escudero.

Su cara se encogió.

—Sí y no, exactamente... —contestó, miró al tránsito matinal de la comisaría y después al oficial con ojos de súplica—. ¿Podemos hablar en un lugar más privado?

Esa mirada ya la conocía. No le gustaba por donde iba.

Dado que no podía meterla en su oficina ni estaba dispuesto a despertar los chismes llevándola a una sala de interrogatorios, optó por la vía más rápida.

—Claro... Vayamos fuera.

Salieron a la calle. El día soleado resultaba agradable.

Caminaron en silencio para alejarse de las inmediateces de la comisaría y evitar los comentarios de los compañeros.

Rosa usaba un perfume dulce, probablemente barato, pero no cargante. Miró a la sombra que proyectaban sus cuerpos en el suelo. Se sentía bien al caminar junto a otra mujer. Rojo sacó un paquete de tabaco y le ofreció uno a la chica. Eso ayudaría a romper el hielo, calmar los nervios e iniciar un acercamiento cálido. Aunque dijeran lo contrario, la mayoría de las personas confiaba en los policías. La autoridad, el resto y la firmeza ante la ley, imponía de primeras, pero una vez llegaba la desesperación y el policía jugaba su rol, la otra persona bajaba la guardia y se entregaba de lleno. A nadie le interesaba llevarse mal con ellos y todos sabían que eran los únicos a quienes podían clamar ayuda.

Solo las personas viles de verdad, aquellas que no tenían cabida en la sociedad, eran quienes se atrevían a subestimar al sistema.

No podía permitir de nuevo que se marchara sin esa denuncia.

—Gracias —dijo y encendió el cigarrillo. Dio una calada con fuerza y tiró el humo de golpe—. No sé lo que estoy haciendo aquí, de verdad.

—Estás haciendo lo correcto. No te fustigues... Háblame de ese ultimátum...

Ella miró al oficial con recelo.

—Me han dicho que me largue. No quieren que me relacionen con la muerte de Israel ni con la detención de ese desgraciado... aunque eso se resolverá pronto.

—No, si haces lo que debes.

—Todo ha sido por su culpa —dijo cabreada con los brazos cruzados—. ¿Por qué vino a hablar conmigo? A buenas horas...

—Israel pronunció su nombre poco antes de fallecer.

Su rostro volvió a cambiar.

—Vaya.

—¿Era tu novio?

Ella agachó la mirada.

—No, para nada. Sabía que le gustaba. Me cuidaba y eso... ya sabe. Era bueno conmigo, nada más. A todas nos gusta que nos lleven a cenar y nos regalen flores... pero no era mi hombre ideal. Israel era un buen zagal, eso es todo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Protección?

La chica tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la suela de las botas.

—¿Con quién estoy hablando? —Preguntó con voz seductora—. ¿Con el inspector con el hombre que hay detrás?

—Con ambos —contestó, la agarró del brazo y la miró con seriedad—. ¿Qué cojones te crees que es esto, niña? ¿Un juego?

—¡Eh! ¡Eh! —Bramó y se soltó de un fuerte meneo—. No me toque... ¿Sabe? Esto ha sido un error. Será mejor que me largue.

—No, espera. No puedes hacerme eso.

Ella sonrió.

—¿Hacerle el qué? No sé de qué me habla, inspector.

—¡Maldita sea, Rosa!

Pero la chica parecía ignorar el malestar del oficial. Con paso lento y calculado, inició la marcha en dirección contraria contando en silencio los segundos que le llevaría al policía renunciar a su orgullo.

Rojo se quedó quieto junto al banco de madera esperando una reacción por parte de esa muchacha, pero no parecía estar dispuesta a torcer el brazo. Harto, veía cómo la oportunidad de meter a Escudero en la cárcel se escapaba. A pesar de haberse prometido no ceder ante más chantajes, algo en su interior le decía que debía pararla.

Finalmente, dio una zancada y la alcanzó antes de que volvieran a verla por los alrededores de la comisaría. El oficial tiró de su brazo girándola hacia él.

—¡Espera!

—¿Qué hace inspector? ¿Se ha vuelto loco?

—Tú no te marchas sin denunciar.

—Sigo sin saber de qué me habla...

Rojo le apretó el brazo y se acercó a ella.

—Déjate de tonterías. Estoy dispuesto a escucharte.

La mirada oscura de la morena se iluminó.

—¿Con quién hablo ahora? ¿Con el inspector o con el hombre que hay detrás?

—Con Rojo.

Se escuchó el chasquido de una cinta. Ella sacó una grabadora del interior de la chaqueta y pronto se dio cuenta de su error de principiante.

No supo cómo no lo había visto venir.

—Me ha dado su palabra —dijo. Rojo entendió que le había tendido una trampa—. Tomo mis precauciones. Prometo destruirla en cuanto termine todo.

Un plan. Eso era todo lo que tenía porque, a decir verdad, Rosa Laredo no tenía nada más en su bolsillo.

—Eres una sabandija, por no llamarte algo peor. No tienes ni idea de lo que haces...

—Relájese, oficial. Puede confiar en mí, Rojo.

—Antes tengo que ver cómo declaras en el juicio.

La camarera estaba preparada para denunciar a Rafael Escudero. A cambio, solo pedía dos cosas: protección y la ayuda del inspector para hacerse con los tres millones de pesetas que el hijo del empresario escondía en fajos y repartidos en cuatro bolsas de deporte en un apartamento de La Manga. Una vez consiguiera el dinero, se marcharía para siempre y no volvería a saber de ella, ni de la grabación.

Un plan suculento que había llegado como un cebo antes de que supiera de él. Rojo dudó que la cinta acabara muy lejos, pero podía arruinarle la vida si llegaba a las manos equivocadas. No obstante, había algo en ella que no le convencía del todo. Tal vez pensara que podía hacer lo mismo con él que con el resto de chicos que había conocido.

No le extrañó, era muy atractiva y sabía dónde tocar. Puede que hubiese algo más que miedo y ganas de largarse de allí. ¿Quién no deseaba hacerlo?, se preguntó. Pero para irse bien lejos no hacía falta tanto dinero ni meterse en un agujero de ese tamaño. Así que lo más seguro era que su relación con Escudero fuese más allá de la que él podía tener con su camarero de confianza. Pronto lo descubriría, pero antes debía seguirle el cuento.

Esa chica jugaba al bando equivocado y le quedaba grande la situación.

Se estaba tirando un farol demasiado grande.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Desde la barra se escuchan muchas cosas... Era parte de mi trabajo.

—Ya. Seguro que Escudero te las contó todas a ti.

—Las chicas también hablan. Era un habitual en el club. Si no llega a ser por usted y su compañero, no estaríamos aquí y yo mantendría mi trabajo.

—Veo que te has olvidado rápido de tu compañero sentimental.

—No se equivoque, inspector. Israel no era mi pareja, solo un amigo.

—Lo que tú digas... Todo esto no es más que un disparate. Por muy imbécil que sea ese tipo, dudo que no tenga a ningún matón custodiando el dinero.

—Se equivoca. Cómo se nota que no le conoce de nada... —dijo con la cara de una niña ante un caramelo—. Por desgracia, Escudero se va demasiado de la lengua cuando se toma dos copas de más, o no solo eso... Está harto de que su padre siempre sea su sombra, de que tenga que arrojarse cuando se mete en problemas. Supongo que tiene una afección de cariño.

—Eres muy lista para dedicarte a poner copas. ¿De dónde te has escapado?

—Soy una chica intuitiva y discreta que vela por su futuro, solo eso. De otro modo, sería descuidada.

Su forma de hablar, tan cambiante a medida que el hilo de la conversación tomaba más seriedad, le hizo darse cuenta de algo.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que no soy el primero que escucha esta historia.

—No entiendo por qué dice eso.

—Dime, guapa... y más te vale que no me tomes por idiota, o tendremos un problema... Ese Israel... Él también tenía que ver algo en todo esto, ¿me equivoco?

La chica se tocó el pelo e infló los pulmones de aire antes de tomar una posición defensiva.

—Déjelo descansar, ¿quiere? No es de buen recibo hablar de los que ya no están aquí.

—¡Vete al infierno, chica! Mi paciencia tiene unos límites.

—Se lo digo de verdad, inspector. Está sacando conclusiones estúpidas.

—¡Venga ya! Por favor... El chico se enamoró de ti y tú lo ibas a usar para tu propósito, pero se truncaron los planes.

Ella no respondió, no fue necesario.

—Haga el favor y no me juzgue sin conocerme —arguyó sofocada—. He perdido mi empleo y no va a serme fácil encontrar uno después de lo sucedido. ¿Sabe usted lo complicado que es mencionar que he trabajado como empleada en un burdel?

—Solo servías copas a borrachos que buscaban conversación y compañía. ¿Cuál es la diferencia?

—Es usted un cretino. No me extraña que lleve esa vida...

—Cuida tus palabras. Tú no sabes nada de mí.

—Solo sé que se metió donde no le llamaron. Ahora quiero recuperar mi libertad y empezar de nuevo. Todos tenemos derecho. No hay nada malo en eso.

—Ya lo creo que lo hay, chica, ya lo creo... La libertad siempre tiene un precio... te guste o no. Hasta la tuya.

Capítulo 13

Ella hizo su trabajo. Salió de la oficina con la pasividad de alguien que acudía a renovarse el documento de identidad, una actitud impropia, pues ambos sabían lo que mucho que estaba arriesgando. En cuanto Escudero y sus esbirros se enteraran, irían a por ella.

Pero esa chica era más ambiciosa de lo que podía aparentar, resguardada en una actitud juvenil y desentendida.

Rojo esperaba en la distancia con un café en la mano mientras se cuestionaba cuál sería su secreto más oscuro. Le gustaba, no tenía duda de eso, pero había algo más: se había comprometido a protegerla hasta que todo hubiese terminado.

Ese era su deber, independientemente de que cumpliera con la otra parte del trato. Ahí pensó que el deseo de la muchacha había derrapado, pero no le importaba lo más mínimo. Cada persona debía ser consecuente con las decisiones que tomaba, incluso las malas.

Crear que podía comprarle con un truco tan fácil no había sido más que una equivocación.

—Será mejor que te marches —dijo cuando ella se acercó—. Las cosas se van a poner tensas por aquí. Te mantendré informada.

Sin prestar demasiada atención a sus palabras, sacó un cuaderno de notas rectangular del bolso, anotó un número de teléfono y tiró del papel.

—Ahora le toca a usted, inspector —respondió entregándole la hoja que había arrancado—. Estaré esperando su llamada.

—Cuenta con ella.

—Eso espero... Le recuerdo que si me sucede algo... —comentó y dio varios toques a su bolso—, esto saldrá a luz.

Rosa sonrió confiada y abandonó la comisaría con paso sensual, consciente de que los ojos del inspector estaban hipnotizados por sus movimientos.

Eufórico, se dirigió de vuelta al despacho donde todavía esperaban Gutiérrez y Miraflores. Se preguntó si seguirían allí o si el inspector le habría encargado otra de sus estúpidas tareas al cadete con el fin de escaquearse.

Miró el reloj, apenas había transcurrido una hora desde la llegada de esa mujer.

Cuando se acercó a la puerta para abrir, escuchó las voces de los agentes.

—Está tardando mucho... ¿Crees que ha perdido la cabeza? —preguntó Gutiérrez—. Se está tomando este asunto demasiado en serio.

—¿Qué haría usted si le quemaran el coche, inspector?

—No lo sé... —repuso—. Supongo que encontrar al cabrón que lo hubiera hecho.

—Pues eso hace el inspector Rojo.

—¡Pero Rojo es más sensato! —Bramó—. ¿A santo de qué? Con la de muertos que hay a diario... Hubiese sido más fácil desentenderse todo...

—Entonces nos ocuparíamos de vigilar a directores de instituto.

—Muy listillo eres tú, *Muerdeflores*. No ha hecho falta mucho para ganarte el aprobado, ¿eh?

—Sinceramente, señor... Ahora mismo no le sigo.

—Entonces, ¿por qué cojones le defiendes?

Se formó un ligero silencio.

Rojo no podía ver lo que estaba sucediendo dentro del despacho.

—Tan solo creo que realiza su trabajo como policía —explicó el cadete—. Para hacer la vista gorda, ya hay muchos otros.

—¡Pareces tonto, novato! ¿Es que no te has informado de quién es Escudero? Ese hijo del Diablo le puede arruinar la vida. ¡Y con un

chaval al que criar!

—Por supuesto que sí, pero yo estoy aquí para recibir órdenes, no para dar opiniones.

—No me cabe la menor duda... Tu apellido te hace justicia.

Le sorprendió la poca camaradería que Gutiérrez había mostrado con sus palabras. Él siempre había estado para él, sin cuestionarse lo que hubiese detrás. Hasta los códigos más férreos eran fracturados.

Decidió guardarse las novedades y no contarle mucho a los hombres que había allí dentro. No interesaba.

Que Gutiérrez supiera de las intenciones de la chica, lo echaría todo para atrás.

Empujó con torpeza la puerta y encontró al inspector sentado en la silla metálica con respaldo de cuero, junto a la mesa y la máquina de escribir que usaba. Cerca de una balda de manuales, Miraflores ordenaba alfabéticamente los archivadores.

—Ya la tenemos.

—Me pregunto cómo le habrás engañado para que termine haciéndote caso...

—En ocasiones, un poco de empatía basta —respondió algo molesto—. No te vendría aplicarla de vez en cuando.

—Bravo por ti, Rojo, aunque no pareces muy entusiasmado.

—Ni tú tampoco... pero las apariencias siempre dicen lo contrario, ¿verdad, Gutiérrez?

El inspector miró al cadete, que desvió la atención a su escritorio.

—¿Qué es lo siguiente ahora? ¿Esperar? —preguntó Miraflores atento a la respuesta de Rojo.

—Pues sí, no queda otra. En el peor de los casos, si Rosa Laredo retira la denuncia, abrirán una investigación que no llevaremos nosotros y veremos cómo se va de patitas a la calle... —añadió el inspector—. Siento decirte que no habrá servido de mucho.

—Me asombra tu capacidad de apoyo —replicó Rojo.

El aire estaba demasiado caldeado como para que uno de los dos empezara la riña. A Rojo no le encajaba la actitud de Gutiérrez. A

pesar de conocer su amargo humor, ese día estaba sobrepasando los límites de su insolencia.

El teléfono del despacho sonó y eso bastó para interrumpir una discusión caliente. Los tres se miraron y Rojo le hizo una señal al novato para que atendiera la llamada.

Descolgó, escuchó lo que tenían que decirle al otro lado del aparato y colgó con brusquedad y preocupación.

—Inspector, es el comisario jefe Del Cano... Ordena que vaya a su despacho inmediatamente.

—Por casualidad, no te habrá dicho para qué...

—No, ha sido breve y conciso. Parece bastante enfadado.

—Ahí lo tienes, *amic meu* —añadió Gutiérrez acompañando las palabras con un suspiro—. Si querías pifiarla del todo, acabas de llevarte el primer premio... Será mejor que la suerte te acompañe.

Capítulo 14

Un soplón. Algún chivato se habría ido de la lengua antes de hora, pensó. Con una denuncia de por medio, se veían obligados a demostrar la verdad, un hecho que Del Cano no podía echar atrás. Salió del despacho y atravesó el pasillo bajo la mirada atenta del resto de agentes y personal público.

Volvió a sentirse como el extraterrestre que había sido durante sus años de instituto, abandonado a la suerte y sin el respaldo de quienes debían estar de su lado.

Por fortuna, no le importó, no esperaba nada. Como en todos los ámbitos, el cuerpo no se libraba de tener ratas entre sus filas. No había más que hablar con ellos para darse cuenta de que cada agente tenía una historia diferente detrás. Algunos estaban allí por vocación y otros por descarte. El Gobierno central había puesto bastante interés por limpiar los cuarteles de veteranos y ampliar las comisarías con el fin de frenar los altercados de la crisis.

Regenerar, lo llamaban.

Tras la Transición, las provincias pasaron a convertirse en feudos invisibles que funcionaban de manera independiente, siempre a la orden de lo que mandara el partido de gobierno. Los policías entrometidos como Rojo y Gutiérrez tenían los días contados en esa nueva era.

Por enésima vez, subió las escaleras que conducían al despacho de Del Cano. Una sensación extraña de incertidumbre recorrió su cuerpo. Tuvo un mal presentimiento, más allá de la sanción que le iba a caer por haberle roto la nariz a Escudero.

Una vez en la puerta, miró a ambos lados pero el resto de las oficinas estaban vacías. Por el cristal opaco vislumbró dos figuras humanas. Una era la de Del Cano y la otra le daba la espalda.

Golpeó con los nudillos, se ajustó la cazadora de piel y entró.

Lo primero que vio fue el rostro del comisario. Expresaba preocupación, la misma que pondría si su mujer estuviera al filo de la muerte. Luego vio una cabellera blanca, ondulada y vieja. Llevaba una barba que no pasaba desapercibida. El desconocido estaba de espaldas, embutido en un traje de chaqueta de color marrón. Tenía la piel tostada, era de complexión atlética pero los años comenzaban a notarse y su cuerpo ahora parecía un espárrago seco. Un fuerte olor a colonia varonil llenaba el cuarto.

—Buenas, comisario jefe... —dijo el inspector al cerrar la puerta. A pesar de las ocasiones en las que había estado allí, pisar las baldosas de su despacho nunca resultaba familiar. El desconocido ni siquiera movió el rostro tras su aparición—. ¿Me esperaba?

—Siéntese, inspector —ordenó el superior. Rojo se adelantó un paso y finalmente vio la cara de ese hombre cuando agarró la silla. Tenía un gran lunar bajo el párpado y la mirada oscura como un trozo de carbón. Las ojeras le hundían el rostro formando dos cuevas profundas bajo las pobladas cejas. Era la primera vez que veía a ese tipo, aunque no tardó en reconocer su identidad en cuanto se giró hacia él. Aquello no pintaba nada bien para el oficial. El invitado le ofreció la mano diestra, cargada de sellos dorados entre sus dedos. Educado, Rojo le estrechó la mano y sintió un fuerte apretón por parte del hombre—. Este es el señor Lorenzo Escudero, padre de Rafael Escudero.

—He oído hablar de usted —dijo el tipo con voz rasgada de fumador.

—Creo que sobran las presentaciones —respondió Rojo.

La respuesta no fue de agrado del comisario jefe ni tampoco de su invitado especial. Que Escudero padre estuviera allí, solo ponía a Rojo contra las cuerdas. Su bravura, cultivada con esmero en la adolescencia, no le impedía hacer frente a aquellos dos individuos

por muy arrinconado que estuviera. Sin esperarlo, le vino a la cabeza el rostro de esa mujer, Rosa Laredo. Quizá su plan de largarse al extranjero no fuese tan descabellado.

—En efecto... —agregó el empresario—. He oído que fue usted quien le magulló la cara a mi hijo.

Rojo miró a Del Cano y este le respondió con silencio.

—¿Eso dice la sanción?

—Escuche, inspector, no le juzgo... Rafael tiene la boca muy grande y muy malas maneras. El respeto debe ser primordial.

—No sé si también habrá oído que su hijo ha sido denunciado por homicidio por uno de los testigos que se encontraban allí... —dijo Rojo evitando desvelar la identidad de la chica—. Desafortunadamente, yo también vi lo que sucedió.

—De eso precisamente quería hablar con usted —intervino Del Cano.

—Me pregunto qué haría usted allí —dijo Escudero.

—Una maldita casualidad, ¿verdad? —prosiguió Rojo—. Estaba fuera de servicio. El atestado no sirvió de nada pero, ahora que ha sido denunciado formalmente, daremos paso a una investigación más detallada.

—Veo que conoce bien su trabajo, inspector.

La tensión crecía entre ambos y la figura del comisario jefe se inflaba como un globo.

—No le quepa la menor duda que haré lo posible para que termine pagando por la vida de ese hombre.

—¡Rojo! —exclamó Del Cano dando un golpe en la mesa—. ¡Basta ya! No le he citado para que pusiera al señor Escudero contra las cuerdas.

—No se preocupe, Del Cano. El inspector solo hace su trabajo...

—Mire, inspector —dijo el comisario jefe—. Rafael no es el único que ha sido denunciado. De hecho, la visita del señor Escudero está también relacionada con usted.

Rojo se echó hacia atrás en la silla.

Podía ver sin dificultad cómo las brasas del infierno humeaban tras la cabeza del empresario.

—Como comprenderá, no tengo la necesidad de hacer esto, pero soy un hombre que cree en la ley y las fuerzas que protegen al Estado... Dado que mi hijo no es un santo, he optado por reunirme con usted y escuchar su versión de los hechos, antes de denunciarle por lo que le hizo.

—Muy atento por su parte.

—En lo que me concierne —agregó Del Cano—, debo informarle de que la sanción le suspenderá de sus funciones por una temporada.

—No sé con qué recursos cuenta, inspector —intervino el empresario, que se agrandaba con cada palabra que pronunciaba con su voz de ultratumba—, pero mis abogados son especialistas en arruinar a todo aquel que se enfrenta a mí... No se lo tome como algo personal, es parte de su trabajo. Les pago una buena suma por ello.

—Pero es usted quien piensa denunciarme.

—No me obligue a purgar su pasado. Los tres sabemos quién es.

Esa última respuesta le sentó como un balazo en la pernera. Tal vez fuera un farol, una de sus tácticas de intimidación.

Todas las personas tienen un lado tenebroso que intentan ocultar en algún momento de sus vidas. En ocasiones, no es nada comparable con el historial de otros, pero suficiente para cargar con el peso de la culpa durante años. Si Escudero quería, localizaría a Pomares sin dificultad.

Allí en el norte, hacerle cantar no sería un problema con tal de ver a su viejo camarada de oficina pudriéndose entre rejas.

—¿Qué propone?

Del Cano respiró con alivio.

Rojo parecía dar su brazo a torcer, pero el comisario jefe no estaba del todo convencido. La situación le ponía un tenso aprieto. Escudero era un hombre muy poderoso y podía deshacerse de ambos si no conseguía lo que quería.

—Al fin nos entendemos, inspector —dijo el empresario frotándose las manos y con una casi inexistente sonrisa en su rostro. Rojo percibió que era un tipo extraño e imprevisible, casi como él, incapaz de sacar sus emociones al exterior, y eso lo volvía más peligroso—. Usted hable con quien tenga que hablar para que retire la denuncia. Sin denuncia, no habrá investigación ni juicio y mi hijo quedará en libertad... Por supuesto, tampoco se presentará ninguna denuncia contra usted y la sanción quedará olvidada, ¿verdad, Del Cano?

Abochornado, el comisario jefe asintió como un títere con la cabeza.

—¿Y si esa persona no quisiera retirar la denuncia?

Escudero se frotó el mentón.

—Estoy seguro de que puede convencerla de nuevo.

—Me temo que no es un asunto fácil.

—¿Qué es lo que quiere, Rojo? ¿Dinero? Dígame cuánto, ponga usted la cifra.

A esas alturas de la conversación, Rojo se dio cuenta de que estaba entrando en un lodazal del que no podría salir si continuaba en él.

Del Cano, presente en todo momento, escuchaba de forma pasiva interviniendo en ocasiones contadas. Lo más probable era que Escudero lo tuviera tan bien agarrado que era capaz de poner en su boca lo que pensaba.

—¿He oído bien?

—Intento solucionar el problema por la vía rápida, como hombres sensatos. No me obligue a reconsiderar mi oferta.

—¿Y si no cedo al soborno?

Escudero se frotó de nuevo el mentón, en esta ocasión con cierta aspereza.

—Entonces no me queda otra que advertirle del grave error que está a punto de cometer, inspector —respondió altivo. Estaba furioso y poco acostumbrado a que le llevaran la contraria. Un hombre como él probablemente tendría un ego enorme. Pensar que un policía

cualquiera le estaba haciendo frente, simplemente le sacaba de sus casillas—. Tome unos minutos. Todavía puede recapacitar.

—Esto es absurdo, aquí, delante de usted, Del Cano.

El comisario jefe, avergonzado, agachó la mirada y con cierto nerviosismo ordenó los papeles del escritorio.

—El señor Escudero es un hombre muy influyente, Rojo... Piénselo, ¿de verdad quiere hacer un baño de sangre de todo esto?

Le hubiese gustado decirle a su superior lo patético que era en esos momentos, sobornado por un viejo y achantado para no perder todo lo que tenía. Si Del Cano estaba podrido hasta las pestañas, no podía esperar más del resto de la comisaría.

—¿Y qué va a hacer? —Preguntó desafiando al empresario. No se iba a echar atrás con tanta facilidad—. ¿Matarme? Un policía muerto le buscaría la ruina.

Escudero resopló y después rio por lo bajo.

—No exagere. En ningún momento he dicho tal cosa, inspector... —contestó retrocediendo. Conocía dónde estaban los límites, sin olvidar el lugar en el que se encontraba. Rojo se dio cuenta del gesto. No era humildad, sino precaución y Escudero tenía experiencia en ese tipo de situaciones. Dejarse llevar por el ego no era más que un signo de fragilidad—. No me malinterprete, pero le juro que haré todo lo que esté en mi mano para que mi hijo quede en libertad.

—Legalmente, quiere decir.

—Legalmente.

Pensó que ya estaba todo dicho.

Se levantó de la silla dispuesto a marcharse cuando Del Cano carraspeó intencionadamente por última vez.

El inspector le miró a la cara, un rostro compungido, comprometido y silenciado por el miedo y la corrupción. Era demasiado tarde para dar marcha atrás, pero sabía que el inspector no estaba en posición de denunciar lo que sucedía.

Tenía todos los frentes contra él.

Llevar la situación a oídos del comisario general le costaría el puesto y la carrera y, quizá, para entonces Escudero ya le habría parado los pies.

—Inspector... ¿Está seguro de su decisión?

Rojo miró a Escudero aguardando con placidez en la silla forrada de piel.

—Formalice la sanción pertinente, jefe —contestó—. Mientras tanto, tengo una investigación que cubrir.

Capítulo 15

El brillo de la botella despertó una reacción inesperada en su rostro. Gutiérrez observaba el tapón que protegía el coñac del exterior.

Miguel, el tío de Miraflores y dueño del bar que solía frecuentar el personal de la oficina, se encargaba del servicio esa mañana.

Era mediodía, el sol apretaba y Rojo aún tenía reciente la imagen de su coche ardiendo al otro lado del cristal.

El inspector Gutiérrez y el cadete Miraflores estaban apoyados en la barra con el trasero encima de los taburetes. Rojo fumaba un cigarrillo mientras contaba lo sucedido a sus compañeros.

—Surrealista —dijo Gutiérrez con amargura—. Si no fuera porque te conozco, pensaría que estás mintiendo.

—¿Qué piensa hacer?

De repente, Gutiérrez fue consciente de que Miraflores había estado allí todo ese tiempo.

—¿Piensa? Pensamos, chaval. Y ni una palabra, ¿te enteras?

—Sí, inspector.

—No —intervino Rojo—. Miraflores, será mejor que te mantengas al margen de esto. Ya has hecho bastante.

—Pero, inspector...

—¿Estás tonto, Rojo? —replicó su compañero—. Ahora lo sabe todo. Si lo dejamos fuera, largará. En cuanto le aprieten las tuercas un poco... Sabes que lo hará.

—Tiene un concepto equivocado de mí, inspector.

—Los cojones, sabré yo cómo sois todos los novatos...

Rojo se dirigió personalmente al cadete. No quería que convirtiera aquello en una cuestión personal.

—Escucha, Juan, estás empezando y esto puede arruinarte la carrera. Ahora mismo hay demasiadas cabezas que cortar para que la situación se normalice.

—Las primeras, las nuestras... —agregó el segundo inspector.

—Termina tu periodo alejado del fango y busca otro destino. Te ahorrarás más de un dolor de cabeza...

—Y mantén la boca cerrada o tendré que cosértela, ¿*capichi*? —culminó Gutiérrez meneando la mano como un Corleone.

—¿Qué es eso, Gutiérrez? —Preguntó Rojo burlándose de él—. ¿Desde cuándo hablas idiomas?

—Querrá decir *capisci*, inspector... —rectificó Miraflores.

—¡Vete al infierno, novato! ¡Me has entendido a la primera! ¿No habéis visto El Padrino? Menuda falta de cultura...

—Ya le has oído —respondió Rojo.

El inspector se rio ante tal escena, pero Miraflores bajó los hombros como un niño sin regalo de Navidad.

—Mensaje recibido... —dijo con un aire desazonado.

Ambos vieron su reacción y sintieron una ligera pena por él que pronto se desvaneció de sus cuerpos.

El precio a pagar era demasiado alto para alguien que tenía toda una vida por delante. En el caso de los inspectores, ambos sabían que no tenían elección: sus carreras hacía tiempo que se habían terminado.

—Debemos ser rápidos para tenerlo todo preparado antes del juicio —explicó Rojo—. Hablar con el forense, conseguir el informe médico de Israel Martínez y una prueba que demuestre el ataque.

—¿Dónde está el arma homicida?

—Lozano se encargó de ella y de escribir el atestado —señaló—. ¿Has leído el informe?

—Yo sí —intervino Miraflores antes de que Gutiérrez negara con la cabeza—, y precisamente no hay nada que hable de un ataque con arma blanca.

—Ese cabrón de Lozano...

—Será mejor que hable con él —dijo Rojo—. Tal vez lleguemos a un acuerdo.

—Ándate con ojo, *amic meu* —advirtió el inspector—. Ahora, todos son tus enemigos. Estoy seguro de que Lozano hará lo posible por ponerte la zancadilla.

Miraflores respiró hondo, levantó las cejas y guardó silencio. Si quería ganarse la confianza de los inspectores para que le dejaran participar en aquel caso, debía sorprenderlos. No existía otra manera.

—¿Y la chica?

—Ese es otro asunto del que me tengo que encargar.

Por el tono de voz, Gutiérrez descubrió algo.

—Ya lo creo... Te gusta, ¿eh?

—No digas tonterías —contestó y sus pómulos se enrojecieron—. Me abruma, que es diferente... Me temo que no me va a ser fácil tratar con ella.

—Ni con ella, ni con ninguna, no fastidies... —respondió y soltó una carcajada. Hacía tiempo que Gutiérrez no reía, al igual que habían pasado demasiadas horas sin que se echara una gota de alcohol en el cuerpo. Algo sucedía y no estaba dispuesto a hablar de ello pero, al menos, el inspector se alegró de que mantuviera la compostura, por mucho que quisiera ocultar sus problemas—. No lo niegues. Te gusta y punto. Eso no es malo, ya era hora de que empezaras a salir de la embolia sentimental que te había dado todo este tiempo... No te distraigas, eso es todo.

Entonces recordó algo.

Echó la mano en su billetera y sacó el pedazo de papel en el que Rosa Laredo había escrito su número.

—Ahora que lo dices... Disculpadme un momento —dijo y se dirigió al teléfono que había en una cabina de la calle, frente a la puerta del bar.

Introdujo una moneda y marcó el teléfono.

—¿Quién?

—Soy yo... —dijo. Al ver que la voz de Rosa no decía nada, prosiguió—, Rojo.

Oyó un suspiro. La voz de la chica se volvió sensual.

—Estaba a punto de entregar la cinta. Pensaba que no cumpliría con su palabra...

—Déjate de chorradas. Tenemos que vernos, necesito hablar contigo.

—¿Sobre el plan, verdad?

—Sí... así es.

Ella le dictó la dirección de su domicilio. Podría ser una trampa.

En efecto, la chica vivía en la misma calle que él, varios bloques más arriba.

Le prometió que llegaría en media hora.

No tenía nada que perder y calculó que estaría en su casa antes de la hora de cenar. No podía permitirse otra noche fuera del hogar.

—¿Es segura esta dirección?

—Por supuesto. Vivo sola y no tengo perros. ¿Le gusta el café?

—Prefiero la cerveza.

Capítulo 16

El apartamento de Rosa Laredo era pequeño y tenía las paredes pintadas de blanco y cubiertas de gotelé.

Ella le recibió vestida con ropa cómoda y sensual: unos leotardos de color negro y una camiseta de manga corta blanca de varias tallas más que le llegaba a las rodillas.

El apartamento olía a comida, así que Rosa había encendido apresuradamente incienso en un rincón del salón. Sin duda, era la vivienda de alguien que sobrevivía sin tener demasiado control sobre sus días. Él sabía lo que era eso, ya que el desorden era similar al de su casa.

La iluminación amarillenta daba un tono cálido a los pasillos y le hacía sentir como si estuviera en un lugar familiar.

Se miraron en la puerta en silencio. Rojo sintió un campo magnético que le arrastraba hacia el ombligo de esa mujer. La sangre corría por las arterias a toda velocidad sintiendo el pulso en su mano. Pero no debía confundirse. Estaba allí por una razón: recuperar la cinta de la grabadora para después destruirla.

—¿No va a entrar, inspector?

Puso una bota en el otro umbral de la puerta.

—Llámame Rojo.

Ella le invitó a que pasara a una sala de estar estrecha en la que había un tocadiscos apagado y una televisión encendida.

Observó el baño al fondo de un pasillo, la cocina a un lado y entendió que el dormitorio estaría al final del corredor.

Probablemente, allí guardara el aparato. Así que la única forma de llegar sería en un momento de distracción.

Por la pantalla emitían uno de esos programas de investigación en el que una mujer presentaba casos de personas desaparecidas.

Tomó asiento en el sofá barato de esponja y echó un vistazo a su alrededor: periódicos obsoletos, revistas de moda y cultura, un cenicero cargado de colillas rancias junto a las llaves de un coche, algunas cintas de música piratas, discos de vinilo de pop español y una montaña de novelas americanas en inglés y español.

Había caminado desde la comisaría hasta ese edificio pensando en cómo sería. No lo imaginó así, sino más cochambroso. Estaba equivocado. De hecho, lo estaba la mayor parte del tiempo.

Últimamente tenía demasiados prejuicios sobre las personas y sus profesiones.

Rosa Laredo también parecía otra mujer dentro de aquellas paredes. Fina, delicada, juvenil y culta. Sabía dos idiomas o eso pretendía aparentar. Lejos quedaba la chica confiada y distante con la que había hablado horas antes a escasos metros de la comisaría. Lejos quedaba el perfil de camarera en un club de alterne. Ahora, Rosa se mostraba familiar, relajada y sonriente, contenta de tenerlo como invitado. En poco tiempo allí sentado, el inspector tuvo espacio para sus conjeturas: Rosa llevaba tiempo sin un hombre a su lado, uno por el que se sintiera atraída. Lo supo por el desorden. Quizá, por esa razón, se había inventado todo aquello para llevarle a su casa. Por otro lado, también pensó que podía ser una buena actriz, que toda la decoración fuera parte de su escenario para aparentar normalidad y que solo le interesara el dinero del que le había hablado. Esto último le era más difícil de creer.

Nadie se esforzaba tanto, ni siquiera los mentirosos.

Por otro lado, seguía sin entender su relación con ese portero y el hijo del mafioso. Qué le unía a ellos, lejos de los sentimientos. Lo más normal era alejarse de los problemas. Nadie los quería a su alrededor. La curiosidad corroía al inspector por dentro. Rosa callaba más de lo que decía. Su colaboración había sido más que

fundamental para poder llevar a juicio a Escudero, pero el precio era alto.

Rosa apareció con un botellín helado de cerveza en la mano para el policía.

—Gracias —dijo él y dio un trago que le refrescó la garganta—. Tienes un piso muy acogedor.

Ella sonrió. No era cierto. Se sentó en el sofá doblando las piernas hacia dentro.

—No mienta. Está hecho un desastre. Supongo que ha venido a hablar.

—Sí, no tengo mucho tiempo —dijo, dio otro trago y se apoyó sobre las rodillas—. Lorenzo Escudero ha estado hoy en la comisaría para proteger a su hijo. ¿Le conoces?

Ella desvió la mirada hacia un lado y frunció el ceño.

—¿Hay alguien que no conozca a ese hombre? Está por todas partes. Es como una sombra.

—¿Qué relación tienes con él?

Ella se sorprendió.

—¿Bromea? ¡Ninguna!

—¿Y con su hijo?

—¿Qué es esto, inspector? —preguntó ofendida—. Se supone que debe protegerme.

—Estoy recopilando información. Dado que eres la única persona que ha denunciado y Escudero el hombre más influyente de la región, no creo que tarde demasiado en localizarte... Así que cuéntame la verdad.

—Ya lo he hecho, inspector.

Rojo apoyó el botellín junto al cenicero que había sobre la mesa y se levantó del sofá.

—¿Sabes qué? Ahí te quedas. Acuérdate de mí cuando estés muriendo asfixiada bajo una bolsa de plástico.

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó. Él se detuvo a la espera de una segunda reacción—. No me deje sola, por favor.

—Entonces no me hagas perder el tiempo.

Antes de dar la vuelta del todo, Rosa Laredo le agarró de los dedos, tiró hacia ella y le dio un fuerte beso en los labios. Rojo no opuso resistencia y sintió las manos de la mujer recorriendo su torso. La arropó con sus brazos y la arrastró hacia él con todas sus fuerzas.

El beso se transformó en un segundo morreo más apasionado. El calor subía por debajo de su ropa. De los labios pasó al suave cuello de la chica. Rosa gimió y las manos del inspector se colaron por debajo del camisón. Quizá no fuese lo más correcto, ni la causa por la que estaba allí, pero no siempre lo necesario era lo más acertado.

Gutiérrez estaba en el suelo, tirado sobre la tierra del interior de un viejo almacén. Desconocía aquel lugar que olía a humedad y motor de coche. Del pecho le salía una fuente de sangre incapaz de taponar. La camisa del inspector se inundaba de líquido Rojo. El rostro del desconocido había cobrado color. Era Lorenzo Escudero y sujetaba el revólver con el que había disparado a su compañero.

—¡No! —gritó Rojo—. ¡Gutiérrez! ¡Aguanta, cabrón!

—Déjame marchar, Rojo... —decía su compañero con el cuello estirado sobre sus manos—. Por fin podré reunirme con mi hija...

De nuevo, había vuelto a tener la misma pesadilla.

Despertó con el torso empapado de sudor y agitado por el vaivén de emociones. Cuando abrió los ojos, estaba desconcertado y a oscuras.

A su lado, la melena rizada de esa chica sobre la almohada. Estaba desnuda y arropada bajo las sábanas. Palpó a su alrededor y dio con una mesilla de noche. Encendió la lámpara y comprobó la hora en su reloj de pulsera, que también estaba allí.

Eran las doce menos cuarto de la madrugada.

Respiró aliviado y buscó su ropa. Bajo el mueble, encontró el bolso de piel con el que Rosa se había presentado en la comisaría. Volvió a asegurarse de que dormía y abrió la cremallera. Allí estaba la grabadora con la cinta. Se vistió sin hacer ruido y se echó el aparato al bolsillo. Pensó en dejarle una nota, pero eso la despertaría.

Después abandonó el apartamento.

Salió al exterior, la calle respiraba la calma propia de un día entre semana. Estaba descansado. El revolcón y unas horas de sueño habían sido más que suficientes para expulsar todo el estrés que llevaba encima. Solo echaba en falta una ducha bien fría.

El silencio que solo era contaminado por los coches que cruzaban el paseo, la luz amarillenta de las farolas y el suave soplar de la brisa nocturna. Tomó calle abajo en dirección a su edificio y comprobó si Elsa seguía despierta. Las luces estaban apagadas, por lo que dedujo que llegaría en el momento perfecto para evitar una discusión. La había estado evitando a toda costa. ¿Qué clase de persona era si no podía hablar con la mujer de su hijo?, se preguntó.

Cuando se acercaba al portal, percibió algo extraño.

Un hombre al que no conseguía identificar fumaba apoyado en un coche gris. Eran los únicos que había en la calle. A medida que acortaba la distancia, logró reconocer a esa persona.

—¿Dónde coño estabas? —preguntó, sobrio y despierto—. Te he estado buscando toda la noche.

—¿Gutiérrez? —preguntó el inspector sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—La loca de tu mujer me ha mandado a la mierda tres veces —explicó y aplastó la colilla contra el suelo—, así que he decidido esperar. Vamos, sube al coche.

—¿Qué sucede?

—Te lo contaré por el camino. Ya hemos perdido demasiado.

—Espera... —dijo señalando al edificio—. Tengo que volver a casa. Hace más de dos días que no saben nada de mí.

Gutiérrez gruñó.

—¿Estás de broma? Mira la pinta que llevas. Tu mujer sabrá que has estado con otra. Te estoy haciendo un favor.

—Es importante.

—Lo siento, colega, pero tendrá que esperar.

—No, el que lo siente soy yo —cuestionó el inspector molesto por la insolencia de su compañero—. Voy a ver a mi familia y no pienso discutir.

Gutiérrez se interpuso en su camino sacando pecho.

—Suba al coche, inspector —dijo con voz seria y mirada penetrante. Habían pasado muchos años desde la última vez que su compañero se dirigía a él de un modo formal—. Han asaltado el bar de Miguel y le han dado una buena sacudida al viejo. No lo hagas por mí, hazlo por el chico. Tú lo has metido en esto.

Impotente, Rojo volvió a mirar a la puerta de hierro, pero no tuvo elección.

Subió al Opel Kadett de Gutiérrez y pusieron rumbo al hospital.

Había olvidado esa sensación. La noche, los árboles solitarios, el sonido del acelerador, el humo del tabaco que salía bajo el bigote de su compañero, las blasfemias, los semáforos interminables y el olor a colonia fuerte y varonil. Demasiado tiempo sin compartir una noche con él. Gutiérrez había vuelto a fumar en el interior del vehículo, pero era su coche y Rojo no podía decir nada al respecto.

La radio estaba apagada, su compañero conducía silencioso con el rostro tenso.

Miraflores le había llamado a él, dado que Rojo no estaba en casa. Esa fue la razón por la que Gutiérrez acudió a su rescate. Si no lograba encontrarlo, esperaría a que apareciera. Era un hombre de costumbres y no tenía nadie más en la ciudad, al igual que él.

Al caer la noche, tendría que hacer de tripas corazón y dormir en la misma cama que la madre de su hijo, pero en esta ocasión se había equivocado.

Rojo nunca dejaba de sorprender.

Horas después de haber estado allí, cerca del cierre, tres individuos se apearon de un coche e irrumpieron en el local mientras Miguel recogía las últimas mesas. Apenas tuvo tiempo a reaccionar, pero el mensaje que le dejaron fue claro:

—¡Dile al inspector Rojo que deje de joder! —relató Gutiérrez moviendo el bigote—. ¡Eso fue lo que dijeron esos hijos del demonio!

Primero, maniataron al viejo propietario, que estaba cerca de la jubilación, y a una de las empleadas que estaba con él. Dos de los asaltantes los encerraron en la cocina para asestarles una paliza mientras el tercero se encargaba de destrozar el mobiliario del bar y todo lo que pudiera suponer un gasto económico en el futuro.

—Cristales rotos, mesas destrozadas, la recaudación vacía... —explicaba el inspector—. Una mierda. Lo han dejado todo hecho una mierda, Rojo.

—¿Alguien les ha visto?

—Dicen que eran tres en un Lancia Delta HF de color negro dirección a la rambla. Estaba demasiado oscuro. El abuelo ni siquiera ha hablado...

—¿Y la chica?

—Nerviosa, confundida... Lo de siempre, vamos.

—¿Se ha informado de ello?

—Del Cano ha avisado a las brigadas para que controlen todas las salidas de la ciudad. En cualquier caso, si tardan lo mismo que en aparecer en el bar, esos tres no tendrán problemas para llegar a Granada...

—Hay que guardar las apariencias. ¿Cuál es el estado de Miguel?

—El viejo se ha salvado de milagro —dijo cargado de rabia—. Alguien llamó a la Policía. Al estar tan cerca, tuvieron que darse

prisa, por lo que no les dio tiempo a rematar al pobre Miguel. ¡Pero en qué mundo vivimos!

—Hay que tener unas pelotas muy grandes para hacerlo a escasos metros de la comisaría...

—No, si sabes que eres impune.

—Maldita sea...

—Pero eso no es lo peor, Rojo —añadió Gutiérrez levantando el índice—. Cuando la central pasó el aviso, tardaron casi una hora en enviar una patrulla. ¡Una hora! ¿Qué disparate es ese? ¡Ni siquiera hacía falta un coche, cojones! *Mare meua*... Menos mal que el abuelo tuvo suerte... La camarera pudo escapar y llamar a una ambulancia. Si no, se habría quedado allí...

—¿Qué hay de Miraflores?

—Ha sido un palo para él. ¿Qué esperabas? —preguntó. Rojo dio un golpe contra la goma que había bajo la ventana—. Relájate, ni siquiera lleva una semana. Todavía no sabe de qué va esto... Así y todo, el chico quiere colaborar.

—Ni de broma.

—¡Se lo debes, Rojo! —respondió con firmeza—. Han manchado su honor. ¿Qué harías si fueras tú? Estoy seguro de que no decepcionará, estará bien motivado.

El inspector miró pensativo a su compañero.

—¿Desde cuándo estás de su lado?

—No he dicho que lo esté. Solo he comentado lo que debes hacer... —contestó y se detuvo en un cruce. Rojo se acordó de la grabadora de casete que llevaba en el interior de la chaqueta. La sacó y se puso a jugar con ella—. ¿Qué haces? ¿Me estabas grabando?

—¿Eh? No, en absoluto. Se lo he quitado a esa chica.

—¿Has descubierto que es periodista?

—Estos cacharros los carga el mismo Satanás.

—Interesante, ¿qué tienes? —preguntó curioso—. ¿Algún avance?

—Nada de provecho. Solo una promesa rota —respondió mirando la cinta—. El pez chico jugando a robarle las migajas al grande. Eso es todo lo que tengo. Una chica solitaria en busca de la oportunidad para aprovecharse de la muerte ajena. Lamentable, ¿verdad? En ocasiones me pregunto en qué clase de sociedad vivo.

—A ver si me he enterado, Aristóteles... —dijo mofándose de su compañero—. La chica quería pegarte un meneo a cambio de la denuncia.

Rojo pensó en la cinta y en su contenido. Reflexionó antes de contárselo todo a Gutiérrez. Sabía que podía confiar en él, pero no era el momento más oportuno para hacerlo.

Fuera cierto o no, debía olvidarse de ese idílico dinero y mantener la llama de la esperanza encendida en la chica, al menos, hasta que se presentara ante el juez.

Aguantar un poco más.

La investigación se había iniciado, el forense entregaría el informe médico donde se demostraría que el ADN de Escudero estaba en el cuerpo de la víctima y, aunque no se hubiese encontrado todavía el arma usada en el homicidio, el testimonio de Rosa Laredo, junto al de los inspectores, serviría para mandar a la sombra al hijo de ese mafioso.

—Más o menos.

Gutiérrez se rio.

—¿Y se lo has dado?

Rojo esbozó una sonrisa.

—Me tomo el trabajo en serio. ¿Qué esperabas?

—Menudo Don Juan de pacotilla estás hecho...

Arrancó y condujo por una carretera solitaria.

A lo lejos, cerca del mar, se podía ver el hospital arropado por el paseo y los árboles sin hojas que cubrían los alrededores.

Los faros traseros del Opel Kadett se perdieron en una cuesta como dos estrellas de fuego.

Capítulo 17

La máquina de café del hospital soltó un chorro marrón en el vaso de plástico. Un desagradable sonido que se hacía familiar. El cansancio empezaba a ganarle terreno. Las horas dormidas eran una mera ilusión. Necesitaba unas vacaciones de verdad, no solo físicas, sino también mentales. Ordenar los pilares de su vida, poner punto y final a ciertos episodios, solucionar sus problemas con Elsa antes de que fuera demasiado tarde y volver a mirarse al espejo sin avergonzarse del hombre que veía en el reflejo.

Miraflores estaba consternado. Por fortuna, su tío Miguel estaba fuera de peligro, pero tardaría en recuperarse. Cuatro costillas rotas y un riñón dañado debido a una de las patadas que había recibido. Gutiérrez intentaba darle ánimos para que se quedara con él pero el cadete estaba más convencido que nunca para seguir con la investigación.

Tras un largo silencio, el café amargo y dos cigarrillos, Rojo se dispuso a hablar.

—Siento que ha sido mi culpa. No debí llevarte a ese club de carretera —explicó arrepentido—. Por eso será mejor que te quedes con tu tío y cuides de él. Mantente al margen de esta investigación y yo me encargaré de hablar con Del Cano.

—¿Con el comisario jefe? ¿Para qué? —preguntó ofendido—. Ahora mi vida vale lo mismo que la suya, inspector.

—No digas tonterías, chaval —respondió Gutiérrez—. Todavía te quedan muchas calles por barrer.

Miraflores miró a los superiores y dio un ligero suspiro.

—Hay algo que deberían saber antes de que sea tarde —dijo. Los dos superiores mantuvieron la boca cerrada esperando a que continuara—. Tengo mis razones para que esto no haya sido una casualidad.

—¿De qué estás hablando, chico? —preguntó Rojo.

—Usted mismo dijo que lo teníamos todo, inspector, o casi todo... A esa camarera de testigo, el parte médico del forense, su informe y el atestado que Lozano escribió. Pruebas suficientes a pesar de no tener el arma blanca del crimen.

—Así es. Sigue.

—Durante su ausencia, a pesar de estar al día de lo ocurrido y haberme leído todos los informes de principio a fin, me molesté en revisar el atestado que el subinspector Lozano redactó tras lo sucedido en el bar. Para mi sorpresa, la versión oficial distaba mucho de la que usted me había entregado.

—Será cabrón... —murmuró Gutiérrez—. Te dije que no confiaras en esa cucaracha.

—El informe oficial de Lozano no justifica nada que inculpe a Escudero, más allá de un pelea que terminó con la irrupción armada de dos inspectores de permiso que por allí andaban.

—Nosotros.

—Así es.

—¿Y qué pasa con Israel Martínez? Murió allí a manos de él.

—Temo decirle que cometió el error de dejarlo todo en manos del subinspector —contestó Miraflores avergonzado. Lo último que buscaba era ofender a su superior—. Según el parte oficial, Israel Martínez fue acuchillado en el exterior del local, en plena noche, tras ejercer el derecho de admisión y negarle la entrada a dos hombres que se bajaron de un Ford Escort con matrícula de Albacete. Por supuesto, nadie vio nada y cuando salieron a socorrerle era demasiado tarde... Eso es lo que dice el informe oficial. Se ha abierto una investigación que se dará por perdida y sospecho que comprarán el silencio o la cooperación de las empleadas del bar.

Las palabras de Miraflores cayeron como un jarrón helado sobre la nuca del inspector.

No podía ser cierto.

Todos estaban compinchados para que Escudero no se manchara las manos. De ser así, existían dos versiones de lo sucedido y una de ellas era falsa.

—Pero eso es una auténtica falacia.

—Es un informe oficial.

—¿Por qué diablos no los revisaste, Rojo? —preguntó Gutiérrez con enfado—. ¡En qué estabas pensando!

El inspector no los revisó porque, sencillamente, nunca llegaron a él ni por asomo. Llevaban demasiado tiempo aislados del resto de los compañeros. La red de corrupción que Del Cano manejaba bajo las órdenes del comisario general, que a su vez era un títere de Lorenzo Escudero y otras caras con nombres que Rojo desconocía, le había apartado del contacto con la realidad. Sabían que Gutiérrez y Rojo eran dos personajes complicados, difíciles de domar y que, por ende, contar con ellos era como manejar ácido sin guantes.

Lentamente los estaban arrastrando hacia un acantilado.

Rojo estaba nervioso. Sentía que había perdido el tiempo.

Le dolía aceptar que eso fuera cierto, que los otros ganaran sin poder hacer nada al respecto. Le dolía observar que las cosas no salían como debían salir y no como el quería que terminaran. Toda su vida se venía abajo en cuestión de segundos. Había ingresado en el cuerpo para cumplir con la ley y proteger a aquellos que, como él cuando era joven, no tenían amparo por la sociedad pasiva y cobarde.

Un fuerte dolor de cabeza le apretó las sienes. El cansancio le estaba volviendo irascible.

—¿Estás bien, Rojo? —preguntó Gutiérrez al ver su postura—. Tienes mala cara.

Dio varias respiraciones profundas, levantó los hombros y sacó pecho.

Caminó hacia las escaleras de la entrada y encendió un cigarrillo. Los otros dos agentes le siguieron al exterior.

El dolor se había extinguido. Debía mantenerse fuerte, por él y por sus dos compañeros.

—Estoy bien... tocado —respondió finalmente bajo la oscuridad de la noche y el resplandor de una luna que brillaba en el cielo—. Nos han metido en un callejón sin salida.

—¡Espere, inspector! —interrumpió Miraflores—. Todavía no he terminado...

—¿Hay más? No me digas.

—No les he contado por qué han ido a por mí.

—Es obvio, chico —replicó Gutiérrez—. Te han asociado con nosotros y eres el blanco más fácil de los tres. No es muy complicado, ¿sabes?

Miraflores miró al inspector con una sonrisa, como si fuera a sorprenderle con un truco de magia barato. Gutiérrez se divertía con la reacción del cadete y su capacidad para no asustarse tan rápido.

—Se equivoca, Gutiérrez, se equivoca... —explicó—. No me habría perdonado que le hubiera pasado algo más grave a mi tío, pero jamás lo advertí. Supongo que todo esto ha sido por mi descuido...

—¡Al grano, chico!

—Está bien, está bien... —contestó moviendo la mano para apaciguar al superior—. Como les he contado, estuve revisando las dos versiones del informe oficial que Lozano había redactado. El que hizo para usted y el que se archivó... Algo no me encajaba, pero debía ser discreto. ¿Había arma blanca? ¿No la había? ¿Quién era ese Israel Martínez? ¿Un simple portero de discoteca? ¿Y Escudero? Tenía tiempo libre y ustedes apenas estaban por la oficina, así que me puse manos a la obra... El mismo día que di con ambas copias, al subinspector no le hizo mucha gracia que estuviera metiendo las narices en sus asuntos, por lo que terminó interrogándome para conocer mis intenciones.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Rojo.

—Le pregunté por el arma blanca, evidentemente, que habían usado esos desconocidos. Me ceñí a la mentira de su relato.

—Muy listo, *Huelerosas*, muy listo.

El cadete miró con desprecio al gordinflón.

—Me dijo que no existía evidencia y que desapareció con ellos cuando se dieron a la fuga. Por supuesto, no me lo tragué. Así que esperé...

—¿A qué?

—A que se fuera. Me di cuenta de que Lozano no pasaba la llave al cerrar. Estaba demasiado seguro de sí mismo. Aguardé. En algún momento tenía que largarse, ¿no? A almorzar, al baño, yo qué sé... La virtud de ser un cadete es que siempre tienes una excusa para hacer horas extras. Finalmente accedí a su despacho.

—Eres puro drama, chico. ¡Termina de una vez! Deberías escribir novelas en tus ratos libres.

—Supe que Lozano y Lorenzo Escudero se conocían cuando se dieron un apretón de manos a la salida de la comisaría. Mis teorías se confirmaron.

—Maldita sea, creo que te voy a dar un puñetazo como sigas dejando las frases sin acabar —agregó Gutiérrez enfurecido—. ¿Qué teorías?

—Ahora, síganme.

Los dos inspectores intercambiaron una mirada de asombro y siguieron los pasos del cadete que los condujo hasta su coche.

Introdujo la llave en el maletero del pequeño Citroën AX blanco y levantó la puerta trasera.

En el compartimento había un juego de herramientas y una botella de aceite para el coche. Destapó un fieltro gris y sacó una bolsa de plástico transparente del hueco que había debajo. La levantó y mostró su contenido. En el interior había un navaja de empuñadura blanca, abierta y con la hoja manchada de sangre.

La situación se volvía todavía más confusa. Dudaban que el ataque al bar del tío del cadete hubiese sido cosa de Escudero. No tenía sentido. Sin embargo, lo que sí lo tenía era que, Lozano, al darse cuenta de que la bolsa de plástico con el arma homicida no estaba en su despacho, se decantara por un culpable. El cadete había husmeado más de la cuenta y, aunque no lo iba a hacer desaparecer, debía amedrentarlo de algún modo. Pero el subinspector calculó mal y no encontró nada en el bar.

—Por eso tardaron tanto en llegar —dijo Rojo comentando el relato de Miraflores.

—Es una hipótesis.

—Has hecho un buen trabajo, Miraflores —recalcó el inspector.

—Todavía no ha terminado la investigación. Quedará acabada cuando se celebre el juicio.

—Aprecio tu interés, pero me temo que tu labor llega hasta aquí —insistió—. Es demasiado peligroso. Debes cuidar de tu tío, te necesita. Gutiérrez y yo nos encargaremos del resto.

El otro inspector carraspeó a propósito. Miraflores miraba furioso al superior.

—Pero yo quiero terminar mi trabajo.

—Déjalo estar.

—Manda cojones que tenga que decirlo yo... —bramo Gutiérrez—. ¡Deja al chaval! Se lo merece después de haberse jugado el pellejo... ¿Es que no lo ves?

Rojo observó y estudió su decisión.

La única razón por la que no quería que el joven se entrometiera era porque le recordaba a él durante sus primeros años en el cuerpo. Un Rojo más joven, confiado y aparentemente listo para la vida de policía.

Pero la verdad era otra.

Arriesgar tu vida mientras otros ven la televisión desde el cómodo sofá de casa, golpearte hasta sangrar, ahogarte en sueños

rotos y lidiar con lo más bajo de la sociedad, no era fácil de digerir a la larga.

Con los años se preguntó si experimentar todo aquello era obligatorio para convertirse en un hombre de verdad; si realmente era necesario renunciar a la felicidad acumulando un sinfín de recuerdos desagradables, de epopeyas dignas de contar a otros entre botellas de cerveza pero que, al terminarlas, las arrastraría en soledad hasta la siguiente ocasión. Se cuestionó si su trabajo era una forma más de evadirse de las cuestiones que realmente le atormentaban. Miraflores representaba la figura virgen del boxeador que sube por primera vez al cuadrilátero para pelear de verdad. Una vez sintiera el dolor de los golpes y la derrota, no volvería a ser el mismo y su forma de entender la vida tampoco.

Gutiérrez lo veía más como el retoño que nunca había tenido e intentaba desmarcarse con las burlas y comentarios jocosos.

Era su modo de defensa ante otra realidad mucho más dura, la de un padre que aún se recuperaba de la pérdida de su hija.

—No pienso discutir —dijo finalmente. La tensión desapareció y Miraflores volvió a sonreír como un niño en un parque de atracciones —, pero debes quedarte aquí de momento.

—Pero...

—Miraflores, tú tío te necesita en este momento, necesita protección —prosiguió Rojo—, no tiene a nadie más... Pondremos esto en un lugar seguro antes de que Lozano lo encuentre, es lo mejor. Así que no te muevas de aquí. Te llamaré a la habitación en un rato y nos reuniremos más tarde, ¿entendido?

El cadete miró al otro inspector y este asintió con la cabeza.

—¿*Capichi*? —dijo Gutiérrez.

—Entendido —contestó con una ligera decepción y agachó la mirada—. Es la 240. Esperaré a la llamada.

Abandonaron la soledad Perpetuo Socorro y se introdujeron en la alameda de San Antón que, a esas horas, era para ellos y para los

escasos taxis que entraban y salían del aparcamiento del hospital.

Las calles abandonadas, iluminadas por los farolillos de los semáforos y los neones que alumbraban los establecimientos formaban un mosaico de colores acogedor, como en las películas americanas que Rojo veía en la televisión. Gutiérrez estaba sereno, con las manos al volante y la mirada puesta en la carretera. La radio continuaba apagada.

—¿Por qué eres tan severo? —preguntó con tono paternal—. Cuanto antes aprenda, mejor para él y para los demás. Se ha jugado el cuello por ti, Rojo. Y tú no lo quieres aceptar.

El compañero tenía razón. Miraflores lo había hecho para impresionarles, para ganarse el respeto que todo alevín busca en los mayores.

—Ese es el problema, ¿no lo entiendes? No necesita impresionar a nadie. Esa es la lección.

—Joder, siempre tan fundamentalista.

—Ni siquiera sabes lo que significa eso.

—No seas tan zoquete, Rojo... —respondió Gutiérrez—. ¿Sabes? Ahora mismo lo único que quiero es terminar con esto y meter a esa sanguijuela en la cárcel, aunque todavía no sepa cómo lo vamos a hacer. Algo me dice que he dejado de creer en mi trabajo... después de tantos años.

Las palabras resonaron en el interior del compañero. Él sentía lo mismo.

—Pero no sabemos hacer otra cosa, Gutiérrez.

El otro apretó la mandíbula.

—Ese es el maldito muro que nos cierra en este callejón sin salida... Como no nos toque la lotería...

—Para eso hay que jugar primero —dijo Rojo. La conversación era triste y densa. Ninguno de los dos iba a llorar en frente del otro, pero en el interior de aquel coche italiano se percibía una alta carga emocional—. Terminemos con esto de una vez y veamos qué pasa luego.

Gutiérrez se introdujo en la avenida Reina Victoria Eugenia para evitar la rotonda de la plaza de España por la que pasaba todos los días. Era una avenida residencial de doble sentido, parecida al paseo Alfonso XIII, pero menos transitada. A lo lejos, las luces de un bar brillaban. El local seguía abierto y Gutiérrez pensó que sería buena idea celebrar el triunfo con un café.

—¿Has dejado la bebida? —Preguntó Rojo.

—He renunciado a muchas cosas —respondió y miró por el espejo retrovisor—. ¿Qué demonios?

—¿Qué? ¿Qué sucede?

Gutiérrez tenía el entrecejo apretado. Redujo la velocidad.

—¡Hostias!

Gutiérrez puso primera y quemó rueda para entrar en una perpendicular. Antes de que tuviera tiempo a meterse, un sedán colisionó contra el Opel Kadett y los policías perdieron el control. El coche del inspector dio un fuerte viraje que no pudo maniobrar y acabó estampado contra el escaparate de una peluquería.

—¿Estás bien? —Preguntó Rojo viendo los cristales rotos a su alrededor. El trompo había frenado el golpe y el mobiliario evitó que el vehículo volcara.

—Más o menos...

Gutiérrez tenía los ojos cerrados y las manos todavía sobre el volante. El capó humeaba como una plancha de vapor y el motor del coche parecía haberse atascado.

Aturdido, se quitó el cinturón de seguridad y miró por la ventanilla a un Lancia Delta de color negro con parte del morro aplastado como un acordeón. Del vehículo salieron dos tipos con pasamontañas y vestidos de negro mientras el conductor aguardaba dentro.

Rojo sentía dolor en las articulaciones a causa de la colisión, pero eso no le detuvo para sacar el arma del cinto y apuntar por el marco de la ventana.

—¡Alto, Policía! —Gritó encañonando en la distancia, pero los tipos desenfundaron sus armas sin miedo alguno—. ¡Gutiérrez,

cúbrete!

Se escucharon varios disparos que impactaron en el coche de los oficiales.

De pronto, los dos desconocidos habían desaparecido de la calle.

Rojo y Gutiérrez salieron por el lado del conductor con prisa y torpeza, para utilizar la carrocería del coche como trinchera.

—¡Mierda, Rojo! ¿Qué ha sido eso? —preguntó Gutiérrez exaltado arrodillado y con la pistola entre las manos—. ¿Los ves?

Rojo asomó la cabeza por la ventanilla trasera y dio un barrido.

No había rastro de ellos, por lo que estarían escondidos en algún lado. El motor del vehículo seguía en marcha. En segundos, el conductor aceleró a toda velocidad contra el Opel del inspector. Rápidos, Rojo y Gutiérrez se pusieron en pie y corrieron en direcciones contrarias. El Lancia intentó arrollar el lateral del coche. Rojo no lo pensó, el conductor iba armado, así que abrió fuego y disparó contra el cristal.

El coche se estrelló contra el vehículo hasta quedarse detenido. Se escuchó un fuerte estruendo.

—¡Se escapan! ¡Alto! —gritó Gutiérrez y disparó a los dos hombres que corrían como gacelas por una de las esquinas para convertirse en pequeñas motas negras a medida que atravesaban la avenida.

El inspector, a pesar del sobrepeso y la mala forma física que tenía, salió tras ellos durante varios metros hasta que le faltó el oxígeno.

—¡Mierda! —gritó Rojo enfadado echándose las manos a la cabeza.

El conductor del vehículo tenía la cabeza sobre el volante.

Se acercó a él, abrió la puerta y sin dejar de apuntarle, movió el cuerpo con una pierna.

La bala le había perforado la cara.

Capítulo 18

La gélida noche y las chimeneas de las fábricas habían devuelto la niebla a la ciudad. Gutiérrez detuvo el coche a varios metros del portal del inspector Rojo. Con la tentativa de avisar de lo ocurrido, comprendieron que cuando se cruzaban ciertas líneas rojas, no había marcha atrás.

La calle dormía, el bar de Félix estaba cerrado y aquellas baldosas comenzaban a resultar extrañas para el inspector. Parte de él había cerrado un ciclo en su vida para siempre.

—Yo me quedaré con la prueba —dijo Gutiérrez—, por si acaso ella la ve. ¿Te parece?

—Por fin tienes una idea que merece la pena... —respondió Rojo y se echó las manos al rostro—. Por Dios... Hacía mucho tiempo que no tenía un día tan nefasto como el de hoy.

—Como en los viejos tiempos.

—Como en los viejos tiempos... —repitió Rojo. Ambos soltaron una fuerte carcajada—. Ha estado cerca, ¿eh?

—Maldita sea, Rojo... Ni me lo recuerdes.

—Sí. Yo también lo he echado de menos —dijo antes de que prosiguiera—, pero me temo que esto llega a su fin. Este lugar está podrido. Nuestras vidas también, Gutiérrez.

El inspector suspiró afectado. Le costaba digerir la verdad.

—Sí, puede que tengas razón —afirmó moviendo la cabeza—. Han sucedido demasiadas cosas durante estos últimos tres años, pero... ¿Qué vamos a hacer?

—¿Desde cuándo ha importado eso? Siempre hay algo que hacer... siempre.

—Algo, ¿como qué? —Cuestionó—. ¿Largarnos al norte como Pomares? Menudo disparate. Si aquí nos obligan a mirar debajo del coche, ¿allí qué? Vivir con la psicosis de que te vuelen los sesos en cualquier momento, mientras te estás tomando un café... Terminaría colgado en un poste de luz... Si al menos tuviéramos una familia que nos soportara... No sé, Rojo. Tengo mis dudas. No sirvo para otra cosa.

—Esta historia no tiene por qué acabar mal si conseguimos llegar hasta el final.

—Esta historia puede acabar muy mal, Rojo —replicó el compañero y sacó un paquete arrugado que llevaba en el bolsillo de la camisa. Después se encendió un cigarrillo y le dio otro a su compañero—. Todavía no te he preguntado algo...

—Dispara.

—¿Por qué lo haces? No me cuentes la película de que lo haces por ese guardia de seguridad, porque ya la he visto...

—¿Sinceramente?

—Claro, por eso te lo pregunto —dijo y tiró el humo—. No sé si eres consciente de la cantidad de mierda que nos está cayendo encima en este momento...

—Te mentiría si te dijera otra cosa... Creo que lo hago por venganza.

—¿Venganza? ¿De quién?

—Por salirme con la mía... A pesar de vivir en un entorno corrupto, creo que en la justicia de verdad, Gutiérrez, y ese hombre no puede quedar libre.

—Vaya... no lo esperaba de ti —respondió con tono de sorpresa—. Se te está pegando todo el rollo metafísico ese de tu chica, eh...

—Te lo digo en serio. Tú me has preguntado —contestó y dio una fuerte calada que exhaló por la ventanilla—. ¿Por qué lo haces tú?

—¿Yo? Tengo mis razones.

—¿Y cuáles son?

—¿De verdad quieres saberlas? —Preguntó nervioso. Sonrió y dio la última calada—. Está bien... Para empezar, eres mi amigo y no puedo dejarte solo.

—Me vas a hacer llorar, Gutiérrez.

—Cierra el pico y déjame terminar... —reprochó—. Llevo un tiempo viéndote hundido en la miseria... No es que no me afectara, pero yo tenía bastante con lo mío, aunque no era la primera vez que pasaba por un duelo así. Es mi forma de entender las cosas, mi forma de reconciliarme, ¿vale? Ya me pasó antes.

—¿Con una mujer?

—Sí, poco antes de venir a Cartagena. No murió, pero de algún modo lo hizo dentro de mí para siempre. Lo peor es que jamás lo vi venir...

—Lo siento.

—Bah, es igual —dijo restándole importancia—. La gente olvida rápido tus errores. Por último, desde que mi hija se marchó... siento que todo me da igual, ya no le tengo miedo a morir. Tengo la sensación de que todos estos años me he estado riendo de la parca, poniendo en juego el pellejo y saliendo airoso una y otra vez... ¡Era tan insensato! Menudo gilipollas... ¡Y yo creía que hacía lo correcto! Ahora que ella se ha ido, me arrepiento de haberlo hecho así... ¿Y sabes qué? No puedo hacer nada al respecto... Eso es lo que más me jode. Bueno, sí, emborracharme día tras día, pero el alcohol no te ayuda a olvidar, sino al contrario... Entonces beber se convierte en un castigo... y por eso lo dejé. Es obvio que por el momento la muerte no me quiere ahí arriba, o abajo, o donde cojones esté... Cuanto más deseo que me arrastre con ella para reencontrarme con mi hija, la muy desgraciada me evita.

—Como hace unas horas.

—Como hace unas horas —repitió. Rojo se quedó pensativo. Al escuchar a su compañero, no pudo evitar en la pesadilla que había tenido durante las últimas noches. Su interior despertó y debía contárselo—. ¿Qué te pasa, colega? ¿Por qué me miras así? ¿Vas a llorar?

—Gutiérrez, hay algo de lo que me gustaría hablarte.

—Rojo, que te veo venir... No estoy preparado para una declaración de amor.

—Acerca de la muerte, es sobre un sueño que he tenido últimamente.

—No, por favor, no me vengas con esas paridas... —dijo cortando la conversación. Puede que Gutiérrez no creyera en las teorías metafísicas ni en la interpretación de los sueños, pero era obvio que lo desconocido le causaba pavor—. Los sueños no significan nada, son trastornos de tu cabeza, recuerdos mezclados, pajas mentales... Así que no quiero oírlo.

—Pero...

El oficial señaló al reloj de su coche.

—Son las dos de la madrugada —dijo cambiando la conversación—. Casi nos fríen a balazos hace un rato. Demasiadas emociones para un día. Anda, sal del coche, sube a tu casa, dale un beso a tu hijo, dúchate y duerme unas horas. Después da gracias por seguir vivo. Mañana será un día intenso.

—¿Estás seguro de esto?

—Y tanto. Venga, bájate del coche.

—Tienes razón, como quieras... —resopló y abrió la puerta del vehículo. Sabía que Gutiérrez se preocupaba por él.

Caminó hasta el portal, introdujo la llave y vio las luces del viejo Kadett perderse en la niebla.

Capítulo 19

Dicen que cuando los astros se juntan, la vida fluye en armonía. Puede que aquella noche las estrellas estuvieran de su lado para propiciarle un final feliz más que necesario.

Llegó a casa, todo estaba a oscuras pero, por una vez en mucho tiempo, se dio cuenta de que olía a hogar, a su hogar. Con una sonrisa tonta en los labios, se aseguró de que el pequeño durmiera en su cama y comprobó que ella seguía allí. Elsa descansaba como un ángel tendido en la cama, abierta de brazos y con un pijama de seda blanco.

Tomó una ducha caliente y sintió el calor abriéndole los poros de la piel. Se habría quedado toda la noche de pie, en silencio, bajo el chorro de agua.

Con el rostro tierno, se afeitó la barba de varios días que le hacía parecer viejo y descuidado. Al enjuagarse la cara, percibió en su mirada algo nuevo: el rostro de un hombre que había echado de menos, la mirada del joven insaciable que nunca se dio por vencido.

Reconoció que se había abandonado a sí mismo sin darse cuenta, creyendo haber caminado en línea recta con los ojos vendados.

—¿Dónde has estado? Hoy han preguntado por ti varias veces... —dijo Elsa cuando Rojo se acercó a la cama—. Estaba preocupada por si te había pasado algo.

Rojo se acostó y sintió una fuerte relajación en sus músculos, acompañada de molestia y cansancio. Elsa estaba receptiva y él no quería alterar su estado, así que reptó hacia ella y se dejó enroscar entre sus brazos, tan cálidos y tan suaves. Ella le besó en la frente,

le acarició el rostro y terminó en los labios. Había echado de menos la boca de esa mujer, pero ya no sentía nada más que excitación cuando sus cuerpos se rozaban. Sin embargo, prefirió no decir nada, no hacía mal a nadie y allí, acurrucado como un perro junto a la chimenea, sentía la tranquilidad que tanto había echado en falta.

Evitó las preguntas, las conversaciones innecesarias. No eran horas para ello.

Buscó el modo de quedarse dormido, a pesar de toda la cafeína que llevaba en la sangre.

Elsa seguía despierta y acariciaba su pelo.

—Ha sido un día complicado.

—No te preocupes, Vicente. Ya estás a salvo.

Él respiró con melancolía.

Tenía razón, aunque después de sus últimos meses, aquellas palabras rechinaron en su cabeza.

Cerró los ojos y se colocó hacia arriba. Ella se movió hacia un lado de la cama.

—Por cierto, mañana estaré fuera hasta la noche... ¿Podrías hacerte cargo del niño?

Su falta de empatía no lo ponía más fácil. Rojo no se preocupó en averiguar a dónde iría.

—Por supuesto... Elsa, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro...

—¿Me odias?

Ella dio un largo suspiro.

No era de molestia, sino de profunda calma. La pudo escuchar sonreír en la oscuridad.

—En absoluto, Vicente... Yo te quiero, sabes que te amo con todas mis fuerzas... aunque el amor no es puro tal y como creemos que es... pero, claro que te quiero.

—¿A qué te refieres?

—Dicen que del amor al odio hay un paso... ¿Verdad?

—Eso dicen...

—Pero no es cierto... —respondió con voz profunda y adormecida—. El amor y el odio son lo mismo, Vicente... Son energías que se nutren y que necesitan de la otra para poder coexistir...

—¿Quieres decir que me amas y me odias?

—Nadie ama sin odiar y nadie odia sin amar... Busca en tu interior... Aún cuando más me amas, existen momentos en los que no puedes evitar odiarme... Tu interior bulle la misma sustancia.

Rojo se acordó del medallón que había en su coche, aquel símbolo religioso que representaba el equilibrio. Elsa repetía aquello como quien recitaba un poema de memoria. Esa secta le había lavado la sesera y se preguntó por qué las personas necesitaban toda aquella patraña de mercadillo para ser felices. En lo que a él se refería, estaba claro que ni la amaba ni la odiaba.

Simplemente, había dejado de significar algo importante en su vida, independientemente de que fuera la madre de su hijo. La sociedad le daba demasiada importancia a esas cosas, él no. Sabía olvidar y poner punto y final a las personas sin mirar atrás. No obstante, todavía debía poner fin a otros cuentos antes de decirle adiós.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Me estoy quedando dormida, Vicente... pero, adelante...

—¿Qué piensas de los sueños? —preguntó curioso y desconcertado—. ¿Significan algo en la vida real?

—Depende...

—Cuéntame...

—A veces, no significan nada... —dijo ella a punto de callar para siempre—, en otras, son manifestaciones del éter... de otras almas que quieren entregarte un mensaje a través del subconsciente... En ocasiones eres tú, tu yo verdadero hablándote...

—¿Premoniciones?

—No... exactamente... —respondió, dejó de acariciarle y gimió al girarse hacia el otro lado de la cama—. ¿Qué te atormenta, Vicente?

—Nada, es igual... es tarde.

—Vamos... cuéntame...

—Hace días que tengo un mal sueño que se repite...

—¿Qué sucede?

—Gutiérrez muere abatido por un disparo...

Rojo esperó una reacción, una palabra, un gruñido, pero no escuchó nada.

—¿Estás ahí?

Los suspiros se transformaron en exhalaciones más y más profundas.

El cuerpo de Elsa estaba allí, junto al suyo, cálido, pero su alma flotaba por otras dimensiones.

Agarró la manta, cubrió los dos cuerpos y se acercó a su pareja para mantener el calor. Sintiendo el roce de su piel, entendió que, en algún lugar de su corazón, echaría de menos todo aquello: la ilusión de sentirse acompañado toda una vida, aunque fuera por unos segundos; de parecer una familia feliz y unida, aunque resultara casi inapreciable después de todo.

—Tengo que marcharme, Elsa —dijo por última vez.

Cerró los ojos y regresó a sus pensamientos.

Estaba atormentado, quería más respuestas. Las palabras de la mujer calaron en el pensamiento del policía. Se convenció de que ese sueño era más que un desorden de recuerdos fabricados por su cabeza.

Deseó sumergirse de nuevo en esa tormentosa pesadilla, observar los detalles con atención y recordarlos mejor, pero esa noche no soñó con nada.

A las cinco de la madrugada sonó el teléfono en el salón.

El inspector abrió los ojos y miró el despertador de la mesilla de noche. Esperó unos segundos a que la llamada cesara y así dormirse de nuevo, pero alguien insistía al otro lado de la línea.

Arrastró los pies por el pasillo y llegó al salón.

Descolgó con torpeza y se acercó el auricular a la oreja.

—¿Diga? —preguntó. Rojo escuchó un ruido al otro lado durante varios segundos—. Si es una broma, averiguaré quién eres y te enterarás.

—Rojo...

—¿Gutiérrez? ¿Qué sucede?

—Rojo...

—¿Estás bien?

Se escuchó un forcejeo en el altavoz y alguien se puso al aparato.

—Danos al chico si quieres verle con vida.

—¿Qué? —dijo perplejo—. ¿Quién eres?

—El chico.

—No puedo hacer eso. Escudero va a ir a la cárcel en cuanto le lean los cargos. Tenemos todas las pruebas para que la investigación demuestre que es culpable.

—¿Quieres volver a ver al gordinflón?

—Él no tiene nada que ver con esto. Dejadlo en paz.

—Entonces termina con tus tonterías, ¿quieres? Llévalo al lugar que te voy a indicar.

—Entonces estará en busca y captura...

—No he pedido tu opinión —respondió. Rojo entendió que eso no importaba, era parte de la trampa—. Entréganos a Escudero, apártate y tendrás a tu amigo con vida. Intenta algún truco y lo verás en una caja. Después serás el siguiente.

La voz le entregó un número de teléfono que el inspector escribió en un papel.

Después colgó.

Capítulo 20

Cerró la puerta de la oficina y echó el cerrojo.

—¿Secuestrado? —preguntó Miraflores con la mirada desencajada.

Su reacción era lógica, apenas llevaba una semana allí dentro y la situación se había desbordado. Aunque Rojo mantenía el temple para que el cadete no se derrumbara, se sentía abrumado. Lo que había sucedido superaba lo imaginable y burlaba cualquier tipo de ley. La mano de Lorenzo Escudero era más escurridiza y fuerte de lo que Rojo hubo imaginado. Error suyo. Sin duda, había subestimado el poder de la corrupción.

Rojo le explicó al novato lo que había sucedido la noche anterior después de que se despidieran de él. Tras el desastroso asalto que terminó con un hombre muerto, esperaron a que se largaran de la escena.

—Fue una imprudencia por nuestra parte —relató Rojo—, pero no teníamos alternativa. Nos habían seguido desde el hospital, intentaron matarnos sin ningún tipo de miedo. Esos hombres eran peligrosos y conocían lo que guardábamos en el maletero.

—¿Qué hicieron con el cadáver?

—Lo dejamos allí —dijo el superior—. A estas alturas, pedir refuerzos hubiese sido una metedura de pata. Doy por hecho de que Lozano y compañía se encargaron de limpiar las evidencias.

Miraflores estaba pálido y tenso.

Era un chico expresivo y no se esforzaba en ocultar sus reacciones. Se frotó la cara y caminó hacia el bidón de agua que

había en una de las esquinas del despacho. Se sirvió un vaso, dio varios tragos sumido en sus pensamientos mientras miraba por la ventana.

—Esto no puede estar pasando.

—Lamento decirte que sí. Yo tampoco lo hubiese imaginado jamás. A veces, la realidad...

—No, no, inspector —dijo nervioso moviendo las manos—. Debemos hablar con el comisario jefe Del Cano, esto no puede estar pasando. Y, si no, con el comisario principal. ¡Qué demonios! ¡Llevemos esto al subdirector general de la Policía! Esto es un asunto de Estado...

Con los brazos en jarra, Rojo observaba al cadete delirar dando sorbos al vaso de plástico que sujetaba. Sintió pena por él. Había comenzado su carrera profesional con mal pie.

—Lo siento, Miraflores... Te dije que te mantuvieras al margen... Todavía estás a tiempo de marcharte hasta que todo pase.

—¿Y fingir que no he visto nada? —dijo horrorizado—. ¿Dejar que esta comisaría se convierta en un pozo ciego de corrupción? No puedo, inspector. Simplemente, no puedo... No he entrado en el cuerpo para esto.

Tenía razón. No era el mejor de los escenarios, ni el mejor día para venirse abajo. El inspector sabía que Miraflores sería un buen policía en el futuro, pero aún le quedaba mucho por ver y experimentar. Le hubiese gustado decirle que aquello no era lo normal, que había elegido el destino equivocado y que, si no llega a ser por la fatídica noche en la que se le ocurrió ir a tomar un trago con Gutiérrez, nada de eso estaría pasando. De hecho, ni se habrían enterado de ello. Lo más probable era que siguieran haciendo guardias frente a los colegios.

Pero no podía, ni siquiera él era consciente de lo que realmente sucedía. Debía terminar aquello, ya no por el chico que había muerto apuñalado, sino por su amigo y el honor de ambos. La idea del dinero que Escudero guardaba le volvió a rondar por la cabeza. ¿Y si era cierto lo que esa chica decía? Solo ella sabía cómo encontrarlo.

Desaparecer, dejarlo todo atrás. Estaba dispuesto a empezar de nuevo.

—No seas llorica, Miraflores —contestó tajante—. Te doy dos opciones. Te quedas y callas, o te largas.

—¿Y qué pasa con el inspector?

—Eso es asunto mío.

El teléfono sonó, Rojo se acercó hasta él y descolgó.

—¿Quién llama?

—Suba a mi despacho inmediatamente —ordenó Del Cano.

—Sí, señor —dijo, colgó y miró al cadete—. ¿Y bien?

—Buena suerte, inspector.

Rojo apretó la mandíbula. No podía reprocharle nada. El chico había tomado su decisión.

Subió los peldaños de la escalera prometiéndose que sería la última vez. No sabía muy bien cómo resolvería la situación. Cada vez se parecía más a una partida de ajedrez. Y a Rojo no le quedaban casi piezas. Si entraba en el juego que le habían propuesto, pronto no habría marcha atrás.

Cuando abrió la puerta encontró al comisario jefe con el rostro desencajado, más pálido, si era posible, de lo que solía acostumbrar y nervioso, muy nervioso. Sin que le invitara a tomar asiento, Rojo se echó encima de uno de los sillones.

—¿Hay alguien más esperándole? —preguntó con sospecha—. ¿En la oficina?

—¿Qué? No, por Dios. He venido solo.

Del Cano se mecía el pelo hacia un lado y bajó la persiana del despacho.

—Escuche, Rojo, tenemos que acabar con esto ya. Hay que ponerle fin.

De nuevo, la situación cobraba un tono surrealista propio de drama de ciencia ficción. El comisario jefe exigiendo que finalizara la investigación del hijo del criminal que hablaba a través de él.

Rojo creía haberlo visto todo en la vida, pero esta no dejaba de sorprenderle.

—Imagino que está al tanto de lo que sucedió anoche.

Del Cano vaciló por un momento y Rojo encontró en su mirada a la presa que había tras los barrotes de la celda de la corrupción. Estaba atrapado, tenía miedo y, por haberlo deseado todo, ahora temía perder lo que siempre tuvo.

—¿Por qué ha tenido que ir hasta el fondo de este asunto? —preguntó intrigado. Tomó asiento y dio un trago a una taza de café fría y sucia que había sobre la mesa—. Le advertí que lo dejara, que se estaba metiendo donde no le llamaban y usted erre que erre...

—Todo hubiese sido más sencillo si esta no fuera la comisaría de Al Capone.

—No le tolero que me hable así, Rojo —dijo señalándole con el índice. Estaba furioso, pero acorralado—. Puedo descolgar el teléfono y sancionarle. De hecho, si quisiera, podría hacer que le expulsaran del cuerpo de por vida y meterlo en la cárcel.

—¿Y por qué no lo hace, Del Cano?

—No me provoque.

—Esta mañana he recibido una llamada anónima pidiendo un intercambio por Gutiérrez.

—¿Gutiérrez?

—Anoche debieron de asaltarlo, después del tiroteo —explicó. Del Cano se quedó pasmado. Parecía no saber nada de ello. Rojo se preguntó si estaría fingiendo, pero su reacción era demasiado natural para controlarla. Tenía sentido. Lozano había hecho su trabajo con Lorenzo Escudero. El empresario necesitaba aliados más allá de la cúpula. Era su forma de extorsionar a unos y a otros cuando se rebelaban o se sentían arrepentidos. Razón de sobra para que, tras la marcha de Pomares, arrinconaran a los inspectores hasta obligarlos a renunciar—. ¿Está bien, comisario?

—Santo cielo... —dijo y se escondió entre sus brazos. Parecía abatido, hundido en sus propios errores y castigado por lo que había hecho. Rojo no creía en las segundas oportunidades, pero Del Cano

merecía la suya a cambio de un favor—. Esto tiene que parar, Rojo. Es una locura, un disparate. Ni siquiera sé cómo ha podido terminar así, ¿sabe lo que significa?

—Voy a matar a Lorenzo Escudero.

Su mirada se iluminó.

—¿Cómo dice?

—Usted me va a ayudar a terminar con Escudero.

—No puede hacer eso, ni aunque se lo permitiera... Tarde o temprano, alguien le investigaría.

—¿Habla en serio?, pensé que usted era especialista en eso.

—Rojo...

—Haré la entrega. Cederé al intercambio y mataré a Lorenzo Escudero con el arma que llevo en el cinto —insistió—. En el informe constará que todo formaba parte de una redada y que me vi forzado a abrir fuego. Después Gutiérrez y yo desapareceremos destinados a otra región.

—¿Y si sale mal?

—Me haré responsable, se lo prometo.

—¿Qué? Por Dios, no puedo hacer eso.

—Ya lo creo que puede.

Del Cano sopesó la respuesta.

—Lo que está planteando no es factible, por muchas razones —dijo angustiada—. Primero, no sobrevivirá. Tenga eso claro. En el momento que intente algo, se desharán de usted y de Gutiérrez sin pestañear. Puede que hayan tenido demasiada suerte hasta ahora... pero le aseguro que Escudero tendrá hombres esperando para tirar del gatillo. Después... si le permito hacer eso que pide, me veré envuelto en su plan de un modo u otro. Tarde o temprano sabrán que le di mi apoyo y seré el siguiente. Tengo una familia, ¿sabe?

—Suponiendo que esto no sale a la luz.

—Sería el fin. No merezco terminar así.

—Ni Gutiérrez tampoco. Esto se lo ha buscado usted solo... Puede seguir mendigando hasta que decidan, ya sea por arriba o por

abajo, deshacerse de usted o aprovechar el momento que le estoy planteando. ¿Acaso tiene una alternativa mejor?

—No, pero sigue siendo un plan descerebrado... En el mejor de los casos, irán a por usted de inmediato. Y cuando esto se haga público, me devorarán como pirañas... Nadie se atrevería a cometer tal locura.

—Sintiéndolo mucho, no tiene muchas opciones, señor comisario —respondió—. Le estoy dando una salida. Quizá sea un buen momento para tomar una excedencia...

—Mi respuesta es tajante. Lo siento, inspector.

Rojo se levantó y caminó hacia la puerta.

—Es usted un buen hombre, Del Cano —dijo poniendo la mano en el pomo—, pero la ambición le ha pasado factura. Es cierto eso de que incluso en los momentos más oscuros, siempre hay algo de luz. Lo importante es saber hacia dónde mirar... Ah, y no olvide que todos somos reemplazables.

—Si sale por esa puerta, tendré que detenerle.

—Entonces... hágalo.

Del Cano mantuvo la mirada en sus movimientos.

El inspector abandonó el despacho y cerró de un golpe.

Capítulo 21

La máquina terminó de echar el café sobre el vaso de plástico. Rojo sintió una sombra tras su espalda.

—¿Qué haces aquí?

—¡Tú! —gritó Rosa Laredo y se acercó a él con el brazo levantado a modo de protesta—. ¡Me robaste la grabadora!

—Tranquilízate. Estás montando una escena... —dijo apartándola de la zona común por donde transitaba el personal laboral—. ¿Te has vuelto loca? Te compraré una nueva, no te preocupes... Ahora, dime... ¿Qué estás haciendo aquí otra vez?

—He venido a retirar la denuncia, Rojo.

Su rostro se encogió.

Algo iba mal.

—No puedes hacer eso.

—Me han descubierto... Saben dónde trabajo. Tienes que protegerme, Rojo. Tengo mucho miedo.

—¿De qué estás hablando?

Ella se echó las manos a la cabeza. Estaba arrepentida.

—Te he mentado. No soy camarera, Rojo. Nunca lo he sido.

Lo que faltaba, pensó. Una farsa más para avivar las brasas.

—Ahora me dirás que eres periodista.

—¿Estás enfadado?

—¡Lo sabía! ¡Pues claro que lo estoy! ¿Por qué diablos no me lo has dicho antes?

Ella lo miró avergonzada.

—No me dejaste hacerlo. De todos modos, tampoco me habrías ayudado... La prensa tiene muy mala fama.

—En eso te doy la razón... Escúchame, Rosa, no puedes retirar la denuncia. Es todo lo que tengo ahora mismo.

El oficial agarró a la chica del brazo y la arrastró hasta su despacho. Estaba vacío. Rojo pensó que Miraflores habría salido para realizar alguna tarea.

Allí estarían a salvo de los fisgones aunque fuese por unos minutos.

—Haz lo que te pido, por favor. Te prometo que no te pasará nada, pero después tendrás que marcharte de esta ciudad.

Rosa negó con la cabeza. Las piernas le temblaban y el policía se dio cuenta de ello. Parecía frágil como una copa fina de espumoso. Deseó abrazarla, pero no quería mostrar sus intenciones.

—No, Rojo, no puedo hacer eso. Saben dónde vivo. Me han amenazado con matarme.

—Y vienes a mí para decirme que me das de lado pero quieres que te proteja. Teníamos un trato... ¿Quién te crees que eres? ¿Lady Di?

La puerta se abrió. El corazón del policía se aceleró y detuvo la madera con la mano.

—Siento interrumpir... —dijo Miraflores colándose por el espacio que había quedado entre el marco y los dedos del inspector—. Traigo malas noticias.

—¿Por qué nadie llama a la puerta en esta oficina?

El cadete miró a la periodista con sospecha.

—¿Qué hace ella aquí, inspector?

Rojo cruzó una mirada con Rosa Laredo y se frotó el mentón.

—La señorita Laredo quiere retirar la denuncia —dijo guardándole el secreto. Con él estaría a salvo, aunque no tenía por qué temer del cadete. Era inofensivo. Cerró la puerta y sugirió a los dos que se acercaran a él—. Esta noche, los matones de Escudero han secuestrado al inspector Gutiérrez... Quieren hacer un intercambio.

—Dios Santo... —dijo ella—. No puede ser cierto.

—Sí, sí que lo es.

—Inspector, acabo de salir del despacho del comisario Del Cano.

—¿Para qué?

La tensión se respiraba en el cuarto. Las noticias del cadete nunca eran de buen recibo.

—Siento decirle que a partir de ahora tendrá que funcionar sin mí... El comisario me ha puesto bajo las órdenes del subinspector Lozano. Al parecer, mis días en la calle han terminado y ahora me haré cargo del papeleo de la oficina.

—¿Es una broma, Miraflores? Porque no estoy de humor.

—En absoluto.

—¿Así que te has decidido? Lo sabía...

—No ha sido voluntario, señor. Pero no es todo lo que tengo que comunicarle... Creo que Del Cano va a suspenderle por desobediencia.

—¿Te lo ha dicho él mismo?

—No, pero lo he escuchado hablando por teléfono con Lozano cuando salía de su oficina.

—Eso es grave, ¿verdad, Rojo? —Preguntó la reportera.

Por un instante, la rabia se apoderó de su cuerpo. Caminó hacia el ordenador que había en el escritorio y deseó lanzar el monitor contra la pared hasta convertirlo en mil pedazos. Romper los objetos no servía de nada. Mejor era canalizar toda esa agresividad y materializarla en algo útil como, por ejemplo, el rescate de su compañero.

Si Miraflores hablaba en serio, la suspensión solo recortaba el tiempo restante. Pronto, pasaría de ser un oficial a un civil más y todo lo que hiciera por su cuenta sería considerado un delito.

—Bastante. Presiento que soy el cabeza de turco que buscaban.

—¿Qué significa eso?

—Que no tengo margen de acción —aclaró—. Dejar a mi compañero a manos de esos criminales, ponerme del lado de Del Cano y que sea lo que Dios quiera, o mandar al carajo a ese cobarde

mentecato y hacer la entrega para salvar a mi amigo. Gutiérrez ya habría tomado una decisión.

—Pero, ¿y la denuncia?

—Al cuerno con la denuncia, chica. Ambos sabemos que no la vas a poner. Tienes mucho que perder... Sin embargo, no te juzgo aunque, ahora que lo pienso, quizá haya algo que puedas hacer por mí a cambio.

—¿El qué? —Dijo con las pupilas abiertas.

Antes de proseguir, Rojo se volvió hacia Miraflores, que escuchaba atento y en silencio.

—¿Y tú qué, cadete? ¿Qué piensas hacer al respecto?

La pregunta le llegó por sorpresa.

—¿Me está obligando a desobedecer una orden, señor?

—¿Tú qué crees?

—Verá... No estoy seguro de cómo esto puede afectar a mi carrera, inspector. Yo solo quiero hacer las cosas bien, ¿sabe?

—Entiendo... —dijo Rojo y asintió con la cabeza. Tras unos segundos de silencio, volvió a pronunciarse—. Está bien, no quiero presionarte, Miraflores... pero ahora debes largarte de aquí.

—Pero...

—Será mejor que desaparezcas.

Sin respuesta y afligido, el joven policía se guardó las palabras en el interior de sus entrañas y salió de aquel despacho para siempre.

Sin él y sin Gutiérrez, las paredes del cuarto se hacían más lejanas para el policía.

Observó la ventana y encontró un cielo gris que acompañaba al tumultuoso día con el que cargaba. Entre las nubes se escondía un rayo de sol que buscaba abrirse hueco.

—¿Y bien?

—¿Hablabas en serio acerca de aquel dinero escondido?

Tímida, sonrió al inspector. Dentro o no de la legalidad, le alegró que el inspector hubiera cambiado de opinión.

—Así es.

Miró al reloj y pensó en su hijo, todavía en la guardería.

La idea que le rondaba en la cabeza no era la más acertada para cerrar uno de los capítulos de su vida pero, dado que estaba a punto de tomar una decisión que cambiaría para siempre el rumbo de su carrera, decidió guiarse por el instinto, aquel que jamás le había reprochado nada.

—Necesito tu coche.

—¿Cómo sabes que tengo uno?

Rojo se acercó a la chica y la tomó por el hombro.

—Si quieres que nos llevemos bien, deja de tomarme por un imbécil. ¿Entendido?

—Pero es un Corsa azul, no es muy grande...

—Es suficiente —respondió el oficial, introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un juego de llaves en el que se encontraba la llave del vehículo—. Tranquila. Te lo devolveré de una pieza. Ahora, pongámonos en marcha.

Abandonaron en dos turnos sin llamar la atención del personal que se movía en diversas direcciones por la comisaría. A esas horas, aquel edificio era una olla a presión de ciudadanos descontentos con el orden, la ley, los documentos de identidad y todo aquello que tuviera que ver con la burocracia estatal.

La periodista esperaba al otro lado de la calle en el interior del vehículo con el motor encendido, a escasos metros del lugar donde habían incendiado el sedán del oficial.

Entró en el coche y ella puso la primera marcha.

Tenía el salpicadero ordenado, sin basura y se respiraba un fuerte olor a pino que mantenía el interior fresco y con un aroma agradable, lejos de la apestosa carrocería que recordaba de sus días al volante. En lo alto, junto a la guantera, una radio con reproductor de cintas incorporado sintonizaba las noticias de Radio Nacional de España. La locutora leía los teletipos regionales con voz monótona y sin vida.

—No me has dicho para quién trabajas —dijo el inspector rompiendo el hielo entre los dos. Después giró el dial para buscar una emisora en la que solo pusieran música. Estaba exhausto de escuchar sucesos—. ¿Televisión?

—No —dijo ella. Tenía la expresión tensa, como si le costara hablar de ello. Rojo conocía bien a los de su gremio, acostumbrados a avasallar a otros con sus interrogatorios inoportunos pero cohibidos cuando eran ellos a quienes apuntaban las preguntas—. Trabajo para el diario La Verdad.

—Tiene sentido.

—¿Has leído alguna vez un periódico?

«Alguna vez», pensó él.

—¿Qué importa eso? ¿Lo vas a usar como titular? Por cierto, cuéntame cómo terminaste de camarera.

Ella agitó la cabeza con desprecio al sentir que no le estaba tomando en serio.

—Estoy realizando una investigación sobre los clubes de alterne y las chicas que trabajan en ellos por toda la provincia. ¿Sabías que ninguno de ellos tienen licencia de club nocturno? Esos locales son más que un lugar en los que hombres casados descargan sus fantasías. Son la más pura representación de un infierno cercano, claro... para nosotras. La prostitución es un negocio que mueve demasiado dinero y esas chicas no solo están sometidas a realizarlo, sino que no pueden salir de él... Todavía no sé a dónde vamos, Rojo.

—Sigue por la alameda —dijo señalando con el índice—. Y tú quieres destruir el sistema con un simple reportaje a doble página.

—No seas cínico, es un asunto serio —reprochó—. Yo sé que poco puedo hacer denunciando la situación en la que viven. La ley no hace nada por protegerlas... Sin embargo, hace unas semanas cubrí la muerte de una chica que había aparecido muerta por sobredosis de heroína en la rambla del Turia. Se parecía a mi hermana... Me lo tomé como algo personal.

—¿Tienes una hermana?

Ella guardó silencio.

—Hace un año que se fue. Tenía veintidós años... El caballo se la llevó.

—¿También ejercía la prostitución?

La pregunta, sin tacto alguno, rebotó contra la armonía de la reportera.

—¡No! Por Dios... Laura siempre tuvo una vida muy feliz. Mis padres nos lo dieron todo. Supongo que dejé de prestarle atención cuando comencé a trabajar en el diario... Entonces ella se juntó con quien no debía.

—No seas tan dura contigo. Estamos aquí para sobrevivir, no para protegernos.

—Se nota que eres un macho en toda regla, ¿eh? —Contestó sarcástica—. Hay quien es más frágil, quien necesita del apoyo de los demás para seguir en pie. Somos personas, no animales. Laura era especial.

—Me suena esa historia. Ahora gira por allí —ordenó señalando otra calle. De pronto, el inspector se dio cuenta de que habían cruzado parte de la ciudad en escasos minutos. Cartagena se le había quedado pequeña, al menos, para esconderse en ella. La intuición no le fallaba y sus días entre esas calles llegaban a su fin. Que todo terminara tal y como pronosticaba, no era más que una cuestión de suerte, más que de fe—. ¿Qué la llevó al abismo? ¿Un desamor?

Rosa volvió a mirarlo con desaprobación. Creyó que el oficial no hacía más que bromear, pero para ella no tenía ninguna gracia.

—¿De verdad lo quieres saber? ¿O solo intentas hablar de algo?

—Relájate, anda. Me interesa la historia de tu hermana... —rectificó adoptando una postura más empática con ella—. A veces no logro expresar mis emociones, eso es todo... La madre de mi hijo está pasando por algo parecido.

—¿La madre? ¿Estás divorciado?

—No. Ni siquiera estoy casado. No entiendo por qué diablos hay que etiquetarlo todo...

—Como quieras —dijo ella y giró por una callejuela mientras Rojo seguía indicando con el dedo—. Laura sufría depresión desde los dieciocho. Como te he dicho, era una chica especial... muy bonita, pero también muy frágil... Quizá demasiado sensible para esta sociedad... Después de probar con terapeutas que no hacían más que sacarle el dinero a mis padres, decidió unirse a las reuniones grupales. Ya sabes, vas ahí, compartes tu problema, todos se abrazan...

—Pero hubo algo más que abrazos.

—Sí, no nos dimos cuenta al principio... Solo veíamos progreso... y cuando lo detectamos, fue demasiado tarde.

—¿Qué clase de psicópata se aprovecha de la enfermedad de otras personas para convertirlos en drogadictos?

Las palabras del oficial ofendieron a la chica.

—Laura no era una toxicómana, ¿vale? Ella nunca se había interesado por las drogas. No solo las drogaban, sino que también las obligaban a participar en... ya sabes, ritos sexuales.

—¿Orgías?

—La chica que apareció muerta por sobredosis de heroína conocía a mi hermana —dijo con seriedad—. Yo la había visto con ella. Como Laura, su vida se había convertido en un infierno... Hasta se vio obligada a ejercer la prostitución.

—¿Se vio? ¿Para costearse el vicio?

Rosa miró al policía con desprecio, como si lo que estaba contando no fuera tan difícil de comprender.

—Le obligaron, Rojo. Le robaron la identidad.

El relato de esa chica era demasiado familiar como para no darse cuenta de que, posiblemente, Elsa también conociera a la difunta hermana de la reportera.

Temeroso por enfrentarse a la verdad y ahogarse en ella, decidió cambiar de rumbo.

Si en un primer momento había pensado en recoger las pocas pertenencias que tenía en el apartamento antes de darse a la fuga,

ahora tenía claro cuál sería su plan. Tan solo esperó que algún día le perdonaran.

—Da la vuelta. Me he equivocado de dirección. La conversación me ha distraído.

Ella lo miró confundida.

—¿Estás bien?

—Una última pregunta. ¿Cómo dices que se llamaba ese grupo de terapia al que acudía tu hermana?

—Nunca lo olvidaré... Los hermanos del silencio... y el silencio se la llevó para siempre.

Una conversación, una vida. Eso fue todo lo que necesitó el policía a cambio del apoyo y el silencio de la reportera.

El oficial esperaba junto a las escaleras de la entrada principal del jardín infantil San Juan Bosco. El pequeño Felipe abandonaba el pasillo de la primera planta acompañado de la mano de su profesora. La mujer, tras saludar al oficial, le entregó al niño y se despidió regresando al aula.

El inspector agradeció el detalle con un gesto de mano. Allí era bien recibido. Ser hijo de un policía era sinónimo de orgullo. La pequeña criatura corrió hacia su padre bajo la atenta mirada de Rosa Laredo que esperaba al otro lado de la verja en el interior de su coche.

—¡Papá! —Exclamó agarrándose a la pierna.

Rojo siempre supo que su hijo entendía más de lo que podía comunicar a su edad. Por esa razón, mentirle no le traería más que problemas.

—Te prometí que regresaría y aquí estoy.

Rojo le abotonó el abrigo y le tendió una mano que el niño no tardó en agarrar con fuerza. Caminaron hasta la puerta, abandonaron el recinto y fue como salir de una prisión. Allí, Rosa esperaba nerviosa y expectante ante el momento que estaba a punto de vivir.

La periodista se bajó del coche para acurrucarse y acercarse al hijo del inspector. El niño la miró.

—¿Mamá? —Preguntó el pequeño Felipe contemplando los ojos negros de la reportera.

Ella sonrió sonrojada.

Debían darse prisa.

—No, mamá no, Felipe. Esta encantadora mujer se llama Rosa —dijo señalando a la periodista. La chica se rio—. Ella te va a llevar a ver a los abuelos porque papá tiene que terminar unas cosas en el trabajo.

—¿Abuelo?

—Es el cumpleaños del abuelo Ramón, ¿cómo te has olvidado? —Preguntó fingiendo sorpresa—. He hablado con tu profesora y me ha dado permiso para que vayas a darle una sorpresa. El abuelo está muy mayor y se pondrá muy feliz. Eres su favorito.

El niño se echó las manos a la boca. No entendía lo que su padre decía sobre el cumpleaños de su abuelo, pero no le importaba, estaba dispuesto a verle. La visita de su padre le había hecho muy feliz.

—¿Papi?

—Yo iré más tarde, hijo. No te separarás de la señorita Rosa hasta que llegues a casa de los abuelos, ¿entendido?

—Sí —dijo el niño con una sonrisa.

—Ahora, sube al coche. Os llevaré a la estación de trenes.

Felipe se acercó al vehículo y Rosa echó hacia delante el asiento del conductor para que el pequeño pasara.

—¿Y el coche, papá? —Preguntó.

Los niños y sus preguntas interminables, pensó el oficial. La reportera se rio. Por un momento, aquella era una escena entrañable capaz de parar los relojes para siempre.

—En el mecánico... aunque me temo que no tiene arreglo.

El tren con destino a Valencia se perdía en la distancia de la estación.

Rojo caminó hacia la cafetería y pensó en lo entretenida que estaría Rosa respondiendo a las preguntas incómodas de su hijo. Un poco de su propia medicina no le vendría mal.

Las directrices habían sido claras. Ya no había vuelta atrás, ni tampoco remordimientos por lo que estaba a punto de suceder en las siguientes horas. Lo que acababa de hacer no era lo más ético. Elsa ardería en cólera pero, para entonces, él se encontraría bien lejos.

¿Estaba siendo un cobarde?, se preguntó con cierta amargura.

La idea de que su madre terminara como la hermana de Rosa Laredo le ponía los pelos como escarpas. Si Elsa se quedaba con el niño, convertiría su infancia en un infierno. Ninguna criatura se merecía algo así.

Salió al exterior, buscó una cabina telefónica y se metió en ella. Echó una moneda de veinticinco pesetas en la ranura, buscó el papel donde había apuntado el número de aquella extraña voz y marcó.

—¿Sí? —Respondió el mismo hombre con el que había hablado.

—Dime un lugar y una hora y os entregaré a Escudero.

El hombre rio al otro lado del aparato.

—Muy bien, madero... —respondió y le dictó la dirección de unos almacenes en el polígono industrial que había a las afueras de la ciudad—. A las doce en punto, tú solo, como la Cenicienta... o convertiremos al gordo en puré de calabaza.

Capítulo 22

Rojo pasó el resto del día deambulando por la ciudad en busca de cobijo emocional. La última noche de Escudero entre rejas. Sin la denuncia de la periodista, las setenta y dos horas de custodia expirarían y el fiscal, sin cargos ni pruebas fiables, no tendría otra opción que dejarlo en la calle.

Por esa misma razón, el inspector había dado un paso al frente, aunque fuera consciente de que todo formase parte de una trampa para ser cazado por Del Cano y sus secuaces. Una venganza en toda regla.

«Si tan solo lo hubiese dejado pasar...», pensó.

Pero los hombres como él se movían por principios y no por intereses, a pesar de que esa no fuera siempre la mejor opción.

Aparcó el coche prestado en la calle Carlos III y regresó al domicilio por última vez. Nadie le echaría de menos en ese bloque. Durante su estancia, apenas se había relacionado con el resto de vecinos por aquello de que era un policía y necesitaba tomar todas las precauciones posibles para proteger la intimidad.

El apartamento estaba hecho un desastre, tal y como lo había dejado la última noche en la que había dormido allí. El olor a almizcle, producto de la suciedad que reinaba en la cocina y la falta de ventilación, comenzaba a ser desagradable. Una última inspección de despedida, pues allí no se le había perdido nada más.

Se dirigió al cuarto del pequeño y echó un vistazo entre los muebles. Agarró un conejo de peluche que él le había regalado y se lo guardó bajo el brazo.

Rojo sabía que en los peores momentos, las personas necesitaban aferrarse a algo, ya fuera a un Dios o a una persona de carne y hueso.

Felipe era demasiado pequeño para comprender aquello, pero eso no lo liberaba del dolor de la pérdida. Aquel conejo relleno de espuma le ayudaría a calmarse cuando el oficial no fuera capaz de hacerlo.

En el salón volvió a ver las fotografías que ocupaban los portarretratos de las baldas. En una de ellas, Elsa, Rojo y Felipe parecían una familia de verdad. Ella tenía el pelo rizado, cargado de tirabuzones. No eran naturales, pero las peluqueras eran capaces de conseguir aquello que estuviera de moda. Observó la foto y palpó el cristal con las yemas de los dedos. Un fuerte sentimiento de pérdida lo atravesó por dentro. No hacía mucho tiempo atrás, había sido feliz. Pero esa imagen era historia, así como su relación y el intento sin éxito de formar una familia.

De poco servía lamerse las heridas cuando el daño ya estaba hecho.

Se llevó la foto enmarcada y con ella tiró al suelo varias cintas de vídeo que había en la estantería.

—Joder... —murmuró molesto por el ruido.

Los estuches se habían abierto tras el impacto contra el suelo. Se agachó para recogerlas y se dio cuenta de algo sospechoso.

Las etiquetas de las cintas no pertenecían a sus fundas. Elsa las había ocultado allí por algún motivo, pero no tenía tiempo para conocer cuál, aunque puede que más tarde lo hiciera.

Cerró de un portazo, bajó los cinco pisos por las escaleras y dejó las cintas, el conejo y el portarretratos que se había llevado consigo en el interior del vehículo.

La calle gozaba de la actividad normal de un día laboral. El sol se había puesto y el húmedo frío se colaba de nuevo por el interior de su chaqueta de cuero. Comprobó la hora. Eran las ocho y media de la tarde y los coloridos tubos de neón del Dower's parpadeaban en la esquina.

Aunque detestara las despedidas, sabía que Félix se preocuparía por él si no volvía aparecer tras esa noche.

Formaba parte del código de honor que tenían. Sin apenas mencionar de qué hablaban las normas, uno se podía hacer a la idea de con quién trataba solo por la conversación.

El oficial era consciente de que no todos eran como él y que definir lo que era un hombre de verdad resultaba bastante ambiguo. Pero la naturaleza enseñaba en silencio, con más acciones que palabras, y pronto las personas, con mayor o menor éxito, comenzaban a intuir si podían confiar en alguien o no de su entorno, así como hacían los animales con un intenso olfateo.

El humo de los cigarrillos lo arrastró hasta la barra. Félix, de espaldas, se giró al preparar un café y encontró al oficial al otro lado del aluminio.

—Hombre, Rojo, dichosos los ojos...

—¿Qué hay, Félix? —Preguntó él. El oficial tampoco se esforzó en esconder sus intenciones. Aquel encuentro olía a despedida, a un adiós marcado. Ninguno de los dos sabía hasta cuándo. Puede que para siempre, si el infortunio se llevaba al policía horas más tarde.

Se clavaron la mirada entre el silencio interior, el ruido de las máquinas de juego y el bullicio de los clientes. El reloj se paró unos instantes, para después volver a mover las agujas.

—¿Qué te pongo?

—Un café —dijo el oficial. El dueño del bar sacó un botellín de cerveza Águila de la nevera, lo destapó y se lo puso junto a unas aceitunas.

—A estas horas, el café solo puede darte un infarto —contestó con una sonrisa y se echó el paño blanco sobre el hombro—. Pero solo una, ¿vale? Que luego se te calienta el morro...

Rojo dio un trago y observó el botellín de cristal.

—He venido a despedirme, Félix.

El propietario se giró alarmado.

—¿Has encontrado otro bar mejor? —Preguntó preocupado—. Escucha, Rojo. Si es por lo del otro día... Solo me preocupaba por ti.

—No, no me has entendido. Me marcho de la ciudad.

—Pero, ¿cuándo?

—Esta noche, Félix. Tan solo quería darte las gracias por todo.

—No, no entiendo nada...

—Es que no hay nada que entender. Mi situación ha llegado a un límite y es hora de solucionar ciertos problemas... Lo siento, carezco de tiempo para darte una explicación. Tan solo espero que lo entiendas y guardes un buen recuerdo de estos años.

—¿Qué pasa con tu familia? ¿También se irán contigo?

Rojo empujó la botella y la vació de un trago.

—El niño está bien.

Dejó el vidrio sobre la barra metálica y se levantó del taburete.

No fueron necesarias más palabras para entender que el policía jamás volvería por aquel bar, ni tampoco a cruzarse en la vida del empresario.

Félix era un hombre sabio y entendía que, por mucho que se pareciera a una amistad, un cliente jamás dejaba de ser alguien que estaba de paso.

Rojo había terminado su etapa y con él se llevaba un puñado de recuerdos que el propietario del bar guardaría en su retina.

El inspector caminó hasta la puerta y levantó el brazo a modo de despedida.

—Con Dios, Rojo, con Dios —murmuró Félix desde su trinchera viendo al policía desaparecer por la esquina de la puerta.

Bajo una farola, le pegó la última calada al cigarrillo apoyado en la puerta del Corsa. Una noche oscura, tranquila y despejada.

Con el cinto ajustado, sentía el metal de la Star 28 PK bajo la cazadora. La entrada de la comisaría estaba desierta. La actividad en su interior era casi inexistente. El reloj verde digital de la farmacia marcaba las once menos cuarto de la noche.

Si su pronóstico era acertado, no tendría demasiados problemas en sacar de allí a Escudero. De hecho, incluso contaría con

colaboración, aunque no estaba del todo seguro de esto último. Después de la última conversación con Del Cano, confiaba en que el comisario esperaría al momento adecuado para echarle el guante encima.

Lanzó la pava contra una reja de alcantarillado y se escuchó el chasquido de la brasa apagándose en el agua.

Estaba intranquilo, tenía sudores fríos y un mal presentimiento de esa noche, pero también sabía que dar un paso atrás sería peor.

Atravesó el pasillo que llevaba a su despacho, ahora silencioso y sin movimiento entre las paredes, para echar un simple vistazo por última vez y recordar que cualquier tiempo pasado había sido mejor. No tenía más intención que la de dejarle una nota al joven cadete. Cruzó la puerta, buscó en los cajones de su escritorio y finalmente dio con un bolígrafo.

Dispuesto a escribir unas últimas palabras, notó cómo el pulso le temblaba, impidiéndole mover la mano con suavidad. Debía relajarse.

De lo contrario, su habilidad con el gatillo de poco le serviría.

Unos pasos le sacaron del trance, obligándole a resguardarse en el escritorio. A esas horas, nadie estaba allí por error.

Las pisadas se acercaron al despacho. Se preguntó si irían a por él. Metió la mano en la chaqueta y empuñó el arma por lo que pudiera suceder.

Cuando se abrió la puerta del cuarto, encontró al cadete Miraflores vestido de paisano, con el pelo engominado hacia atrás y los cristales de las gafas impolutos.

—Me cago en la leche, Miraflores... —dijo recuperándose del susto—. ¿Qué se te ha perdido aquí?

El cadete cerró la puerta y se acercó al inspector con semblante serio.

—Lo mismo que a usted, oficial —dijo sin pestañear—. Me pidió que tomara una decisión y eso he hecho.

—¿Vas a detenerme? —Cuestionó Rojo con cierto desprecio.

—No, señor. De eso se encargarán otros. He venido a ayudarle a rescatar a Gutiérrez y a meter a ese Escudero en prisión de una vez por todas... Pese a todo, usted es el único que no está salpicado de mierda en esta comisaría.

—Agradezco tu camaradería, Miraflores. Debo reconocer que estoy sorprendido, pero... ¿Estás seguro de esto?

—Ya lo creo, señor.

Rojo frunció el ceño. No se iba a engañar, necesitaba refuerzos. Así que prefirió seguirle la corriente. Quizá le faltara experiencia, pero un policía solo aprendía en el terreno y no en los campos de tiro o leyendo manuales en un despacho. El cadete estaba en forma y era más inteligente que la mayoría de los que trabajaban allí.

—¿Tienes buena puntería?

—Mejor que la media de mis compañeros.

—Está bien, pero no te confíes. Las personas se mueven más rápido que los carteles... Supongo que ahora hay un pequeño cambio de planes.

—¿A qué se refiere?

Rojo decidió obviar la parte en la que entregaba a Escudero, recuperaba a su compañero y ambos desaparecían como si la entrega jamás hubiera existido. No era un plan demasiado ambicioso, pero no tenía alternativa y jugar a los héroes solo lo llevaría a la muerte.

—Nada, no importa. Tan solo debemos asegurarnos de que el inspector Gutiérrez sale con vida, ¿queda claro?

—Sí.

—Esa es la prioridad. Después nos encargaremos de Escudero, pero en ningún momento debe peligrar la integridad del inspector.

—Entendido.

—Miraflores...

—¿Sí, oficial?

—En caso de que se abriera fuego... dispara donde duela y no escatimes en munición. Ellos no lo harán.

El cadete recibió las palabras como una premonición.

—Sí, señor... —dijo y sacó una llave de hierro del bolsillo del pantalón. Era más grande lo normal, con varios dientes y alargada—. Esta es la llave de la celda de Escudero.

—Buen trabajo, Miraflores.

Rojo comprobó la hora. El momento se acercaba.

Puso la llave del vehículo sobre la mesa del escritorio y se la entregó al subordinado.

—Es un Opel Corsa. Está aparcado junto a los contenedores —dijo y le entregó la llave—. Ve calentando el motor mientras saco a ese cabrón a que le dé el aire.

Capítulo 23

Cada pisada iba acompañada de un eco infinito en la oscuridad de los calabozos de la comisaría. Tras bajar los peldaños que lo llevaban a las celdas, echó un vistazo por los alrededores y se sorprendió de que no hubiera nadie haciendo guardia.

Una casualidad, se dijo y esbozó una mueca en su cara que no supo identificar de qué era.

Con paso firme y tranquilo recortó la distancia que le separaba de los barrotes de la celda de Escudero.

Su última noche. Para él, para todos.

A escasos metros del preso, sintió su presencia tras el muro de hormigón, como si estuviera esperándole. Podía escuchar cómo llenaba los pulmones mientras aguardaba en la sombra.

El inspector se detuvo frente a él, separado únicamente por las barras de acero y comprobó que el mismo Rafael Escudero era quien estaba en el interior del habitáculo. Tal y como había previsto, tenía el rostro magullado y la nariz morada por los golpes que el oficial le había propinado.

Demasiada suerte para lo que había recibido.

—He oído que han retirado la denuncia. Eso me hace un hombre libre e inocente —dijo con las manos en alto.

Al inspector no le gustó la actitud del susodicho. Era altivo y se creía más inteligente que él.

—Todavía no, listillo. Aún faltan unas horas.

Rojo introdujo la llave y abrió la celda.

—¿Por qué lo hace, Rojo? —Preguntó—. Sé que en el fondo está ansioso por romperme la nariz de nuevo.

Su insolencia le sacaba de quicio.

—Podría matarte si quisiera, aquí y ahora mismo. No me hagas cambiar de opinión, indeseable.

—Pero no lo hará, conozco mis derechos...

Rojo lo agarró del cuello y lo arrastró contra la pared. Sus uñas se hundían en la garganta de Escudero. Este se resistía al dolor.

—Escúchame, cabronazo. ¡Cierra la boca o te haré callar para siempre!

Cuando lo liberó, Escudero soltó una fuerte arcada.

—¡Estás loco! No vas a salir vivo de esta...

Abandonaron el edificio con el cañón de la Star 28 PK a escasos centímetros de la espalda de Escudero.

Rojo le había advertido: si cometía una estupidez, no dudaría en llenarle la espalda de plomo.

La calle solitaria, la luz de la farola y el motor de un coche que murmuraba en la oscuridad. Cuando Miraflores atisbó las sombras del inspector y su acompañante, encendió los faros. Rojo movió el asiento del copiloto y empujó a Escudero contra la parte trasera.

—¡Con más cuidado! —Exclamó el hijo del empresario.

A diferencia de los dos agentes, que no ocultaban la tensión que abundaba en sus cuerpos, Escudero se comportaba como un niño consentido y despreocupado, sin darle demasiada importancia a lo que estaba sucediendo.

Rojo se colocó junto a él sin desviar la dirección del cañón de la pistola. Miraflores asintió con la cabeza, puso la marcha y aceleró con suavidad para tomar rumbo a su encuentro.

Escondidos en aquel diminuto coche italiano como tres forajidos, Rojo no le quitaba el ojo a Escudero, que miraba tranquilo por la

ventanilla el oscuro y desolado paisaje que conectaba las afueras de la ciudad de Cartagena con el polígono industrial Cabezo Beaza. Sabía a dónde se dirigían, Rojo lo pudo leer en su mirada.

Al frente, Miraflores sujetaba el volante con las dos manos y los brazos extendidos sin desviar la vista de la carretera. Estaba alterado, más de lo que hubiera imaginado jamás, pero debía guardar las apariencias. No quería decepcionar al inspector.

Después de varios minutos de viaje en silencio, Escudero decidió abrir la boca.

—Estará contento, ¿verdad, oficial? —Preguntó sin mirarle a los ojos y con las manos sobre las rodillas—. Todo esto, para nada...

—Sigue con el pico cerrado.

—¿Y este pardillo quién es?

Miraflores miró por el retrovisor.

—No me obligues a romperte los dientes. Tu padre tendrá que pagarte una dentadura postiza.

—¿Es su cachorro, Rojo? Ni que no supiera hablar...

—Te he dicho que basta.

—¿Sabe que de pequeño quería ser madero? —Dijo y sonrió con un aire de nostalgia—. Los polis como usted siempre han tenido mi respeto.

—Pues no se nota.

—No hay muchos que se tomen en serio su trabajo. Ya sabe... ¿Acaso cree que no me doy cuenta de los hilos que mueve mi padre? Toda mi vida ha sido así... Tenía razón quien dijo eso de que la libertad de uno termina donde empieza la del otro... Mi padre se ha encargado toda su vida de que no tuviera lugar la mía...

—Vaya, si ahora vas a ser un filósofo...

Por un ligero instante, el comentario distendió la incomodidad que se respiraba en el interior del sedán. No obstante, Escudero no reaccionó igual. Miró al cadete desafiante y después al inspector.

—No me toman en serio, ¿verdad?

Estaba furioso. Rojo había tocado la fibra oculta que cada persona llevaba en su interior, despertando sin razón aparente sus

fobias más dolorosas.

—Pues claro que no. No paras de decir bobadas.

—Eso cambiará muy pronto, inspector. Para usted, para mí, para todos —dijo y comenzó a sonreír con maldad. Por supuesto, Rojo sabía que era parte de su teatro y del déficit de atención con el que cargaba desde niño—. Seré más poderoso que mi padre... Los hombres como ustedes pagarán por su desprecio.

—Por supuesto.

—Estamos llegando —dijo Miraflores saliéndose por el desvío y entrando en una carretera de asfalto oscura por la que apenas se veía nada.

La entrada al polígono no era más que una vía estrecha de asfalto y doble sentido que llevaba a las inmediaciones de una gran explanada. Farolas altas que alumbraban luz amarilla y naves industriales cerradas a cal y canto en mitad de la noche.

Poco que hacer allí sin un propósito. El lugar ideal para un intercambio.

Miraflores condujo siguiendo las instrucciones del inspector, bordeando las fachadas de los almacenes de construcción con las luces apagadas.

Finalmente, el vehículo subió una pendiente y se detuvo en el callejón que separaba dos grandes naves que funcionaban como almacenes de materiales de construcción. Un Ford Sierra negro se escondía tras el tronco de olmo.

—Es aquí —dijo Rojo apuntando a Escudero.

—¿Está seguro, oficial?

Miró al rehén y este no esputó palabra.

—Como sea una trampa, serás el primero de los tres en pagar algo.

Con el inspector en cabeza, cruzaron la verja que separaba la propiedad de la calle y se adentraron en un oscuro almacén que olía a serrín y humedad. El eco de las pisadas le advirtió de que los

espacios eran demasiado grandes como para protegerse de una balacera. Para su sorpresa, el encuentro no se hizo esperar.

Las luces de la construcción se encendieron. En efecto, se encontraban en una de las entradas laterales.

Al fondo, una plataforma cruzaba de extremo a extremo. Era un gran almacén con un espacio vacío en el centro, dos plantas superiores y varias escaleras que se pegaban a los laterales de las ventanas y permitían el acceso a las oficinas.

Al otro lado del edificio, junto a la entrada principal por la que los camiones hacían la carga, Lorenzo Escudero, tieso y espinoso como un cactus, esperaba rodeado de cinco hombres. Tres de ellos de rostros desconocidos, probablemente matones a sueldo pero de confianza y que trabajaban para el empresario. El cuarto, un Gutiérrez deteriorado y agotado por la larga espera. Le habían sacudido lo suficiente como para dejarlo sin ganas de mantenerse en pie. Maniatado, un hombre lo sujetaba por la espalda encañonándolo con un arma. La figura de aquel tipo despertó la atención del cadete.

—Inspector, dígame que solo se parece a él...

El quinto hombre no era otro que el subinspector Lozano. Para Rojo no era de sorprender que estuviera entre los esbirros que formaban la sombra de Escudero, pero sí que tuviera la valentía de presentarse ante sus compañeros. Siempre había sido muy seguro de sí mismo.

Dando un barrido visual, Rojo descubrió que había otros tres en los pasillos superiores.

Estaban perdidos.

—Vaya, vaya... —dijo Escudero. Su voz se multiplicaba por el eco que formaba en las paredes dejando un vacío aterrador—. Le ha costado pero ha recapacitado... Me alegra que haya cambiado de opinión, oficial.

—Terminemos con esto rápido. Entrégueme al inspector y le daré a su hijo.

Escudero levantó una ceja en la distancia. Después rio.

—Es usted un bromista, Rojo, pero será al revés como lo haremos —dijo y su tono se volvió frío y autoritario—. Suelte al chico y le daremos a su hombre.

No podía confiar en él. El inspector sabía que una vez el chico en el otro lado, Escudero ordenaría abrir fuego a todo lo que se moviera. Estaba seguro de que Lozano sería el primero en traicionar a Gutiérrez por la espalda.

—Lo siento, no me convence.

—No es una opción —insistió el empresario—. Haga lo que le digo y ahórrase el disgusto.

—Venga, Rojo —dijo el subinspector en la distancia—. Entrega al chaval.

Gutiérrez se meneó unos segundos para escaquearse, pero no le sirvió de nada. Lozano agarró la pistola por el cañón y le soltó un fuerte golpe al policía con la culata. El inspector cayó de rodillas dolorido.

—Termina de una vez con esto —murmuró Rafael Escudero—. De un modo u otro, estáis muertos los tres. Aquí no existe escapatoria. Mi padre nunca pierde.

Un fuerte ruido de motores se acercaba desde el exterior.

Antes de reaccionar, los vehículos derrapaban alrededor del almacén.

—¡Policía!

Rojo identificó la voz del comisario jefe Del Cano y acto seguido se produjo un tiroteo que alcanzó a uno de los hombres que se encontraban en los pasillos superiores.

No pintaba nada bien. La confusión reinaba y aquello parecía una trampa de Del Cano para limpiárselos a todos de golpe.

Los hombres de Escudero dispararon contra el oficial y el cadete.

—¡Que no le pase nada a Rafael! —Gritó el padre.

El subinspector Lozano se llevó de allí a Gutiérrez y al viejo empresario. Rojo se colocó tras su rehén para utilizarlo como escudo humano y así obligar a que los disparos cesaran.

—¡Vamos, corre! —bramó el oficial a Miraflores.

El cadete sujetaba el arma y devolvía las balas a ciegas al frente mientras corría lateralmente. En el exterior, Del Cano y otros agentes se enzarzaban en un fuego abierto que no parecía tener fin.

Los tres subieron una escalera metálica que los llevó a la planta superior en la que se encontraban las oficinas.

—¿Qué está pasando, oficial? —preguntó el cadete abrumado. Escudero temblaba asustado todavía por los disparos y Rojo intentaba pensar con claridad.

—No lo sé, Miraflores. Yo tampoco entiendo nada —respondió de un modo directo. Quizá Del Cano hubiese cambiado de opinión. De cualquier manera, debía salvar a su compañero—. Saquemos a Gutiérrez de aquí, ¿entendido?

—Vamos a morir todos, joder... —dijo Escudero echándose las manos a la cara.

—No, imbécil —agregó Rojo—. Todos no.

El inspector vislumbró las sombras de Lozano, Escudero y Gutiérrez subiendo hacia la azotea por el otro lado. Ordenó a Miraflores que se hiciera cargo del hijo del empresario y siguieron el rastro de su compañero.

—Es ahí —dijo señalando con la pistola a una puerta tras rodear la última planta.

Después agarró a Escudero y lo llevó con él.

Los disparos continuaban bajo sus pies.

Se había movido viento y el cielo estaba cubierto de nubes grises.

—¡No disparéis, soy yo! —Exclamó Rafael alzando las manos. Rojo se protegía con un brazo mientras apuntaba al frente. Seis hombres enfrentados decidiendo su final.

Del Cano y el resto de policías no tardarían en entrar en escena.

Lorenzo Escudero se rascó la barba sin ápice de nerviosismo. En la otra mano sujetaba un Astra 680, un revólver chato propio de los policías que iban de paisano. Rojo conocía bien la pistola. La había

probado antes y supuso que la llevaría cargada, por lo que Escudero contaba con cinco balas en caso de que la situación empeorara.

Miraflores se protegía junto a la puerta con el arma apuntando a Lozano, el cual se cubría tras la enorme espalda de Gutiérrez.

Un descuido y la función se habría terminado para todos.

—¿No cree que ha ido demasiado lejos, inspector? —Preguntó Escudero al otro lado de la terraza. La noche fría se había envuelto en un viento helado que les congelaba el rostro—. Acabemos como la gente sensata.

—Entrégueme al inspector y le prometo que tendrá a su hijo.

Lorenzo Escudero sopesó la respuesta unos segundos antes de ordenar con un vistazo al subinspector que dejara libre a Gutiérrez.

El inspector, desorientado, caminó hacia el centro de la azotea bajo las miradas de los presentes y el resplandor del alumbrado amarillento de la calle.

Miraflores se dirigió a Rojo, que apretaba la mandíbula en busca de una salida. Sin más remedio que aceptar el intercambio, empujó al hijo del empresario unos metros. El momento era tan tenso que la descarga de un rayo hubiese rebotado contra ellos.

Gutiérrez se dirigió hacia el cadete y su compañero, pero Rojo mantuvo la vista puesta en el agente andaluz que apuntaba con saña a la cabeza del gordinflón.

De pronto, una imagen se cruzó por la mente de Rojo.

Las piernas le temblaron.

Allí, en lo alto de ese edificio, era donde realmente ocurría el mal sueño que lo desvelaba por las noches. A cámara lenta, vio cómo Escudero se reencontraba con su hijo en un fuerte abrazo. A la vez, el brazo de Lozano se estiraba apuntando al compañero liberado. Lo iba a matar.

Ávido, colocó la Star en horizontal y descargó dos balazos que atravesaron el pecho del subinspector. El arma de Lozano cayó al suelo y su cuerpo se desplazó hacia atrás hasta caer al vacío. Desconcertado, Gutiérrez se tiró al suelo rodando para ponerse a cubierto.

Una sensación de paz y satisfacción reinó durante un segundo por el cuerpo del oficial. Lo había logrado, todo había terminado, pero no estaba más que equivocado. Su sueño no había sido más que una proyección del subconsciente. Aprovechando la confusión, Rafael Escudero le arrebató el revólver a su padre y descargó tres de las cinco balas en el pecho de Miraflores. Como respuesta, Rojo volvió a tirar del gatillo, esa vez con precisión y rabia. El proyectil atravesó el entrecejo del hijo del empresario y su cabeza cayó sobre los brazos del padre.

Un tiro certero.

—¡Miraflores! —Gritó Gutiérrez que se abalanzó sobre el cadete para socorrerlo en su regazo. Era demasiado tarde. Los impactos le habían perforado el pecho y la sangre se apoderaba de su ropa—. ¡Aguanta, chico!

Lorenzo Escudero tenía el rostro manchado de lágrimas y en la cara de su hijo quedaba dibujada la última sonrisa de satisfacción por haberle quitado al policía su cachorro. Un fuerte vacío se apoderó de Rojo, incapaz de rematar al empresario de un disparo.

—¡Rafael! —Gritaba entre sollozos el millonario—. Mi pobre Rafael...

Con el pulso acelerado, contempló la escena que tenía a su alrededor: un baño de sangre innecesario y nada merecido para un joven cadete que aspiraba a ser un buen oficial.

Cargaría con esa culpa de por vida. El sueño era historia. Gutiérrez seguía vivo.

Cuando Del Cano irrumpió en la azotea acompañado de dos agentes, todo parecía haber terminado. Su expresión era un mosaico de horror y cansancio.

—Alto, Policía... —dijo y caminó entre los restos de sangre hasta Lorenzo Escudero. Nadie se apresuró a pedirle explicaciones, pues ninguno de los presentes querían escucharlas. Consciente de su posición de rey en el tablero, tomó aire antes de dar el mate y terminar con la partida—. Señor Escudero, queda detenido como responsable de la muerte de un policía...

Ofendido e indignado, Lorenzo Escudero arrugó el semblante ofendido por las palabras del comisario. Era él quién ahora vivía la pesadilla.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo, Del Cano? —Dijo con el cadáver de su hijo todavía en los brazos—. Eres repugnante.

—Tiene que acompañarme a la comisaría —respondió con voz neutra y distante, como si fuera un completo desconocido—. Puede llamar desde allí a su abogado.

Sin dar crédito de lo que estaban presenciando, Del Cano se acercó al inspector Rojo con la misma naturalidad y seriedad de un superior.

—Buen trabajo, Rojo —dijo sin excederse. Se giró hacia Gutiérrez y contempló el horror de Miraflores—. Pagaré por ello, créame... Les espero después en mi despacho. Me gustaría tener una conversación con ustedes dos.

Más agentes de la Policía irrumpieron en la terraza para hacerse cargo de la situación. Del Cano desapareció como una ráfaga de humo por las escaleras que llevaban al interior.

Capítulo 24

El lento amanecer era hermoso con la infinidad del Mediterráneo frente a ellos. Una bandera de España ondeaba desde lo alto de un mástil perezosa con la brisa del despertar. Un furgón del Ejército de Tierra cruzó el paseo por delante de las miradas de los oficiales.

—Un traslado —dijo Gutiérrez echando humo por la nariz—. Un jodido traslado.

No podía asimilarlo.

Después de todo, la proposición de Del Cano no era del todo mala para ellos. Silencio, una subida salarial y empezar de nuevo en otro destino. Estaban demasiado cansados para ponerse en su contra y destapar un escándalo como aquel solo les causaría más problemas de los que ya habían tenido. Un traslado exprés a la Comunidad Valenciana y un ascenso como Inspector Jefe de la Brigada de Homicidios de Alicante. Del Cano podía mover los hilos tras la exitosa operación que acababa de realizar y con Escudero entre rejas nadie le cuestionaría.

Para Gutiérrez el futuro era más incierto.

La idea del comisario jefe era separarlos por un tiempo, así que propuso enviarlo a Asturias. Allí estaría bien alimentado, tranquilo y ajeno a la delicada situación que sufría el País Vasco. Al mismo tiempo, no volvería a oír de él en una buena temporada. Gutiérrez aceptó sin rechistar.

—Menudo cabrón Del Cano... —dijo Rojo riéndose mientras le daba una calada al cigarrillo. El monumento a los Héroes de Cavite, una larga columna rodeada de palmeras, se elevaba por encima de

su cabeza—. Ha sabido darle la vuelta al asunto. Supongo que lo mejor es aceptar. Aquí ya no nos queda nada.

—Espero que el chico tenga un entierro digno.

—Hubiese sido un buen policía. Poseía madera... No tendría que haber muerto.

—Pero esas cosas pasan. El chaval evitó que nos trincharan...

—No era así como lo había visto.

—¿Qué quieres decir? ¿Otra vez eso de los sueños?

Rojo se dio cuenta de que estaba pensando en alto. Miró a su compañero con pesadumbre. Prefería ocultarle la verdad a explicarle que era él quien moría y no Miraflores.

—No importa. Debemos pasar página y largarnos de aquí. La vida es quien decide, no nosotros.

El compañero guardó silencio. No podía decir mucho. Al fin y al cabo, Rojo le había salvado la vida.

—Supongo que tienes razón —dijo meneando la cabeza. Quería expresarle algo, aunque no era muy bueno con las palabras—. Escucha, Rojo...

Un taconeo salió de la plaza y obligó al inspector a darse la vuelta. Era ella, tal y como habían acordado. Rosa Laredo se presentaba a las ocho en punto de la mañana en la plaza. Caminaba abrigada en un tres cuartos negros y las largas piernas protegidas por medias oscuras. La periodista, contenta, se acercó al oficial y dudó si besarle en los labios en presencia de su amigo, así que se decidió por un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Me he perdido algo? —Preguntó Gutiérrez—. Entiendo que hay algo de lo que tenemos que hablar.

Rojo miró a la periodista e hizo una mueca.

Capítulo 25

Rojo era un hombre de palabra y estaba dispuesto a cumplir su promesa antes de marcharse, aunque esta estuviera fuera de la ley.

Subidos en el Corsa y con ella al volante, los tres viajaron por la costa a la vez que el sol se abría hueco entre las nubes y golpeaba en el capó del vehículo.

Cuarenta minutos más tarde, llegaron a La Manga del Mar Menor para dar con el famoso apartamento donde Rafael Escudero había escondido el dinero de su padre. El trato era justo: un millón de pesetas para cada uno. Se repartirían el dinero entre los tres y después no volverían a verse. Rosa había aceptado, necesitaba el dinero, aunque le apenara no volver a saber del oficial. Los periodistas locales vivían permanentemente entre la miseria y la supervivencia, y aquel dinero jamás sería encontrado ya que Rafael Escudero se había llevado el secreto a la tumba.

Aparcaron el vehículo junto a una urbanización de viviendas de dos plantas y contemplaron una torre de apartamentos que subía hasta el cielo.

—Es aquí —dijo ella segura de sus palabras.

Con total naturalidad, forzaron la cerradura de la entrada y subieron hasta la cuarta planta por las escaleras. Gutiérrez hacía esfuerzos por respirar. Finalmente llegaron a una puerta de madera que lindaba con otros dos apartamentos. Rosa señaló la vivienda y Rojo dio una fuerte patada que la abrió de un golpe. A pesar del ruido que podía hacer, allí estaban a salvo. Apenas habían visto a una persona durante todo el camino.

La Manga era un pueblo fantasma que solo se llenaba en verano.

Como Rosa había descrito durante el viaje, el apartamento no era más que una tapadera para esconder dinero negro. Tenía el aspecto de seguir igual que el mismo día de su compra. No existían fotos familiares, ni maceteros, ni siquiera vajilla. Una mesa de comedor, una televisión con reproductor de vídeo, un sofá cama y un cuarto en el que había un colchón tirado.

Sobre la mesa, alguien había dejado unas latas de cerveza vacías. Gutiérrez se encendió un pitillo y los tres fueron hasta el dormitorio donde se encontraban las bolsas de deporte.

Como un arqueólogo a punto de descubrir una reliquia histórica, Rosa corrió la cremallera de una de las bolsas y sus ojos se iluminaron al encontrar fajos de billetes de diez mil pesetas.

—¿Qué harás con todo ese dinero? —Preguntó él apoyado de brazos cruzados en la puerta del coche.

A escasos metros, Gutiérrez esperaba en el interior de su Opel Kadett aparcado junto a un árbol.

—Déjame ir contigo, Rojo —dijo ella con tono seductor—. Iré donde vayas. Puedo encontrar un trabajo y juntos tenemos dinero suficiente para...

—Rosa, detente —dijo él mostrándole la palma de la mano—. Es una oferta irresistible, pero no es el mejor momento para mí.

Ella se abalanzó sobre él y le acarició el rostro.

—Cuidaremos el uno del otro, te lo aseguro.

—Lo siento.

La periodista aceptó la derrota y le entregó un último beso en los labios que supo a despedida.

—Te echaré de menos. —Preguntó pestañeando con dulzura—. Pero un pacto, es un pacto... Cuídate, inspector.

Decidida a separarse y regresar al interior del vehículo, Rojo la agarró de los dedos.

—Rosa.

—¿Sí? —Preguntó con el rostro iluminado.

—¿Puedes hacer algo por mí? Un último favor.

Intrigada, ladeó el rostro y se acercó de nuevo.

—¿De qué se trata esta vez?

—Prométeme que contarás algún día la verdad de tu hermana... Denúncialo sacando a la luz lo que esa gente hace. Las personas como tú pueden salvar a muchas familias.

Rosa Laredo entendió que Rojo buscaba algún tipo de venganza con el fin de salvar a la madre de su hijo. La misma venganza que durante mucho tiempo ella había perseguido y que, por esa misma razón, le había puesto en el camino del oficial.

Pero su trabajo ya no era el de meterse en líos.

Había comprendido que su hermana jamás volvería y que, en ciertas ocasiones, había que pasar página y entender que el infortunio podía estar a la vuelta de la esquina.

Nadie se libraba de él.

—Adiós, Rojo —dijo sin responder y se subió al coche. Arrancó el motor y se perdió por una de las calles que llevaban al Paseo Alfonso XIII.

Capítulo 26

Los adoquines hacían subir y bajar la suspensión del coche. El casco antiguo de la ciudad era un mestizaje de vecinos, hosteleros y drogadictos que se movían por las calles. Gutiérrez paró el coche en la esquina que unía la calle de San Nicolás con Miguel Soler, junto a la entrada de la concatedral de la Alicante. A la derecha y en lo alto de un portal colgaba el cartel de Pensión San Nicolás.

—Ya podrías haberte pagado un hotel como Dios manda... —dijo Gutiérrez al ver la fachada del viejo edificio—. ¿Estarás bien?

—Eso creo —dijo el inspector—. Mejor así, ¿verdad?

Gutiérrez se frotó la nariz.

—Sí... Odio las despedidas.

—No tiene por qué ser un adiós, hombre.

—Me da igual. No soporto estos momentos. Me producen sarna.

Rojo se rio. El viejo tenía todavía sentido del humor, a pesar de haber burlado a la muerte de nuevo.

—¿Qué vas a hacer ahora con el dinero?

El inspector reflexionó unos segundos y miró por la ventanilla.

—Si te digo la verdad, Rojo... Solo quiero llevar una vida normal, beber sidra, comer cachopo, pasear por Gijón, ver jugar al Sporting y escribir un libro. Voy a comprar un ordenador de esos.

—¿Escribir? ¿Un ordenador? Por favor, Gutiérrez...

—Que sí, hombre. Siempre he tenido el deseo de escribir un libro y es el momento de ponerme con la informática... Una novela, ¿sabes? Como esas del oeste de Keith Luger. No tiene que ser tan difícil y a mí me sobra la inspiración.

—En efecto, estarás entretenido... Mándame un ejemplar cuando la publiques.

—Lo haré, que no te quepa la menor duda... —dijo. Rojo le dio una palmada en el hombro y abrió la puerta—. ¿Subirás a verme? Algún día, digo...

—Por supuesto. Adiós, amigo.

—Que Dios te ampare, Rojo.

Sin más dilación y antes de que la tristeza reinara entre ambos, Gutiérrez puso en marcha el coche y se perdió por una de las callejuelas de la capital alicantina.

Sus caminos se separaban en la distancia, aunque ninguno de los dos imaginaba que se unirían pronto.

Rojo cogió la bolsa de deporte donde guardaba el dinero y sus escasas pertenencias y entró en la pensión.

Capítulo 27

Un nuevo futuro se abría ante él. Apoyado sobre el cabezal de la cama de aquella humilde pensión, escuchaba los gemidos de una pareja que fornicaba pasionalmente en la habitación contigua. El ruido del deseo le traía los mejores recuerdos a la cabeza. Momentos con Elsa que no se volverían a repetir. Había cerrado un episodio de la peor manera posible, pero lo había cerrado. El capítulo de una historia que no volvería a leer. Se preguntó qué habría sido de ella tras abandonarla, no se sentía orgulloso de sus acciones, pero había momentos en la existencia de una persona en los que el destino obligaba a decidir y no siempre el remedio era el más adecuado.

Un sentimiento de culpa lo atravesó. Después pensó en esa periodista en su respuesta y le decepcionó que prefiriera alejarse de esa historia.

Dudó que volviera a saber de ella, al menos, de un modo sensato.

Algún día, su hijo tendría que lidiar con aquello, al igual que el padre. Entonces empezaría un largo camino de perdón hacia los dos.

Agotado, miró con optimismo la poca luz que entraba por la ventana. Estaba oscureciendo. La ciudad de Alicante le resultaba atractiva y desconocida. Poco a poco, reharía su vida. Estaba seguro de que recibiría el apoyo de sus padres para hacerse cargo de Felipe hasta que la estabilidad, si es que esta existía, volviera a su vida. Tenía tiempo y muchos planes por delante. Era el momento de empezar a vivir de nuevo. Buscó el tabaco en su chaqueta y se dio cuenta de que ya no le quedaban cigarrillos. Una señal, pensó, para

no volver a los viejos hábitos. Decidió no volver a fumar ni beber por una temporada.

El molesto ruido de los vecinos le obligó a encender la televisión. Nunca había sido muy devoto de pasar las horas frente a la pantalla pero, dado que la habitación no tenía radio, no le quedó alternativa para camuflar los berridos.

Una fuerte presión se manifestó en la boca del estómago cuando sintonizó la cadena pública. En el telediario de la noche, la presentadora informaba de un grave accidente provocado en una vivienda de la ciudad de Cartagena. La noticia ocupó medio minuto del noticiario. No tardó en reconocer las imágenes de la calle desde la que un reportero contaba lo sucedido. Escombros, humo y caos. Un aparente escape de gas en la cocina había explotado las paredes de la quinta planta de un bloque de apartamentos, cobrándose dos muertes y cinco heridos.

Deseó con todas sus fuerzas que su hijo no estuviera viendo la televisión en ese momento.

Tal y como relataba el periodista, la Policía solo había encontrado los cadáveres de un matrimonio de jubilados. Ni rastro de ella.

Elsa había perdido el control.

Apagó la televisión con un mal sabor de boca y se preguntó por qué lo habría hecho. La respuesta era clara y estaba dentro de él. Conectó la imagen del apartamento derruido con la bolsa de equipaje. Sacó la cinta que se había llevado y la introdujo en el reproductor que había bajo la pantalla. Estaba nervioso, el sudor frío se apoderaba lentamente de él. La curiosidad le corroía por dentro.

Tomó el mando a distancia, rebobinó la cinta y le dio al botón de reproducir.

Las primeras imágenes eran de un seminario en la que una mujer se dirigía a una multitud de oyentes que actuaban hipnotizados, con el mismo rostro que Elsa tenía cuando veía la televisión, asintiendo y repitiendo lo que la conferenciante les decía. Estaba grabado de forma casera por alguien que sostenía una cámara al fondo de la sala. El sonido era pobre y la imagen no del todo nítida. La mujer

hablaba de la espiritualidad del ser humano, del uso de los estupefacientes como fuerza para encontrar la iluminación, de los viejos patrones que la sociedad había impuesto en las personas para convertirlas en esclavas de los poderes superiores. Todos parecían estar de acuerdo con sus palabras, las cuales aliñaba con gritos a los que se sumaba la masa.

Se hacía llamar a sí misma Violeta, aunque Rojo sabía que no era más que un seudónimo. Era atractiva, sabía venderse bien sonriendo y demostrando que sabía de lo que hablaba y, sobre todo, conocía los métodos de comunicación que se empleaban para convencer a las masas. Todos los vendedores de humo lo hacían.

Aburrido de la charla metafísica, decidió pasar la cinta hacia delante.

Los cortes se superponían, como si alguien hubiese grabado encima de los fragmentos anteriores. La inquietud se volvió más desagradable cuando reconoció a Elsa en una habitación, desnuda y con un grupo de hombres y mujeres que la acompañaban también en cueros. Tras un ritual en el que un hombre fingía darles el beneplácito, empezó una orgía sexual caótica propia de una jauría de animales desesperados.

Tanto los hombres como las mujeres practicaban el coito entre ellos sin distinción alguna de género o preferencia. La cena que había tomado horas antes se le volvió pesada en el estómago. Las imágenes eran demasiado duras para ser reales. Lejos de parecer una película pornográfica, las sensaciones se acercaban a un espectáculo macabro.

Desesperado, corrió la cinta hasta el final, con la esperanza de dejar atrás esos fotogramas que le impedirían dormir durante años.

En los últimos minutos de la película, los miembros desnudos aparecían sentados y acurrucados en posición fetal alrededor del cuarto. El pastor que les había dado la aprobación, ahora les tomaba el pulso tocándoles el brazo.

Elsa apareció de nuevo. Era otra mujer, muy parecida a la que había visto en casa algunas veces, fuera de sí, totalmente absorbida

por los narcóticos.

Apagó la televisión y se dio cuenta de que los vecinos de al lado habían terminado su sesión de ejercicio físico.

Saltó de la cama, corrió al balcón y abrió las ventanas. Después vomitó en el suelo.

Esa gente había destrozado, no solo su vida, sino también la de Elsa. Aquel no era un grupo de terapia, tampoco una nueva religión y todavía menos una secta. Habían creado una fábrica de muertos vivientes a su merced, dispuestos a hacer lo que les dictaran. Y como Elsa, lo más probable es que todas esas personas que aparecían con ella en las imágenes hubieran sufrido el mismo trato.

Siempre supo que ella era una buena mujer. Por desgracia, esos tipejos se la habían arrebatado y ahora en ella solo quedaba un ser vivo y ansioso pero sin alma.

A partir de ese momento, Elsa estaba muerta para el oficial.

Volvió a pensar en las palabras de Laredo. Puede que ella pasara página, pero Rojo no podía quedarse quieto.

Toda persona llevaba una cruzada en la vida. La suya sería aquella.

Apoyado en el balcón, la claridad se apoderó de su mente y se comprometió a no cesar hasta terminar con cada uno de ellos.



PABLO POVEDA (Cartagena, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de más de doce libros, incluyendo *La Isla del Silencio*, *El Profesor* o *Don*. Vive en Alicante donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

«Periodista licenciado que pisó un diario para preguntar dónde estaba el aseo, toqué en una banda de pop, grabé un siete pulgadas y un puñado de canciones. Salí en MTV, revistas y diarios, me hice fotos con famosos y dormí en habitaciones de hoteles con sábanas limpias. Recorrí parte de Europa, me congelé en el Mar Báltico y dejé la vida convencional para perseguir mi sueño de escritor».